

VALPARAÍSO GOLPEADO

Crónicas porteñas del Golpe de Estado

Tito Tricot / Tokichen Tricot (compiladores)

María Elena Díaz, Patricio Díaz, Patricia Sáez, Ricardo Tobar, Luis Vildósola



Valparaíso golpeado
Crónicas porteñas del Golpe de Estado
(memorias y crónicas)



Santiago de Chile, 2013

Valparaíso golpeado

Crónicas porteñas del Golpe de Estado

Tito Tricot, Tokichen Tricot (compiladores)

María Elena Díaz, Patricio Díaz, Patricia Sáez,
Ricardo Tobar, Luis Vildósola.

© Tito Tricot

1ª edición: septiembre 2013

Ceibo Ediciones

Teléfono: 2502 0782

www.ceiboproducciones.cl

Edición:

Tito Tricot, Tokichen Tricot

Corrección de estilo:

Úrsula Mella, Fernando Moreno

Diseño: Eugenia Prado B.

Santiago - Chile

I.S.B.N: 978-956-9071-42-3

Impreso por Productora Andros Ltda.



CEIBO
ediciones

Santiago de Chile, 2013

Dedicatoria

Valparaíso cuelga en el aire como estrella de mar. Dicen los marineros antiguos que desde el océano sorprendían a sus mujeres enredadas en las rocas de la costanera con algún amante furtivo. Furiosos graznaban que sólo ellos podían tener un amor en cada puerto. Cuentan también que antes no mataban ni torturaban ni violaban mujeres inermes como lo hicieron después los cobardes oficiales y marineros de la Armada de Chile.

Por un breve instante el puerto pareció suspenderse en la niebla, las lágrimas turbaron su garganta y sublevaron sus huesos en una tormenta de fuego. Le acribillaron sus sueños con un balazo por la espalda, pero los porteños y porteñas se levantaron, se organizaron, resistieron y lucharon contra un enemigo feroz e implacable. Lucha cultural, política, ideológica y armada contra la dictadura y por la libertad. Este libro está dedicado a esos combatientes, a los caídos y a todos los que prosiguen hoy bregando por enfrentar a otro enemigo: el modelo neoliberal y una seuda-democracia que reprime a los movimientos sociales.

Para que Valparaíso siga colgando en el aire como estrella de mar, estas palabras germinadas en el terror dictatorial, pero fraguadas en la esperanza de un puerto porteño por los siglos de los siglos.

*Valparaíso
Septiembre 2013*

Agradecimientos

A Valparaíso que escribió con su memoria este libro.

A Pilar Diez y Francisca Russell

por su invaluable investigación;

a Fernando Moreno y Úrsula Mella por corregir lo incorregible;

a Eugenia por su incommensurable paciencia;

a Rocío Reyes y Karen Punaro por sus fotografías;

al viento de Playa Ancha.

Nuestro profundo repudio

A las Fuerzas Armadas, especialmente a la Armada de Chile,

a los diarios El Mercurio y La Estrella de Valparaíso,

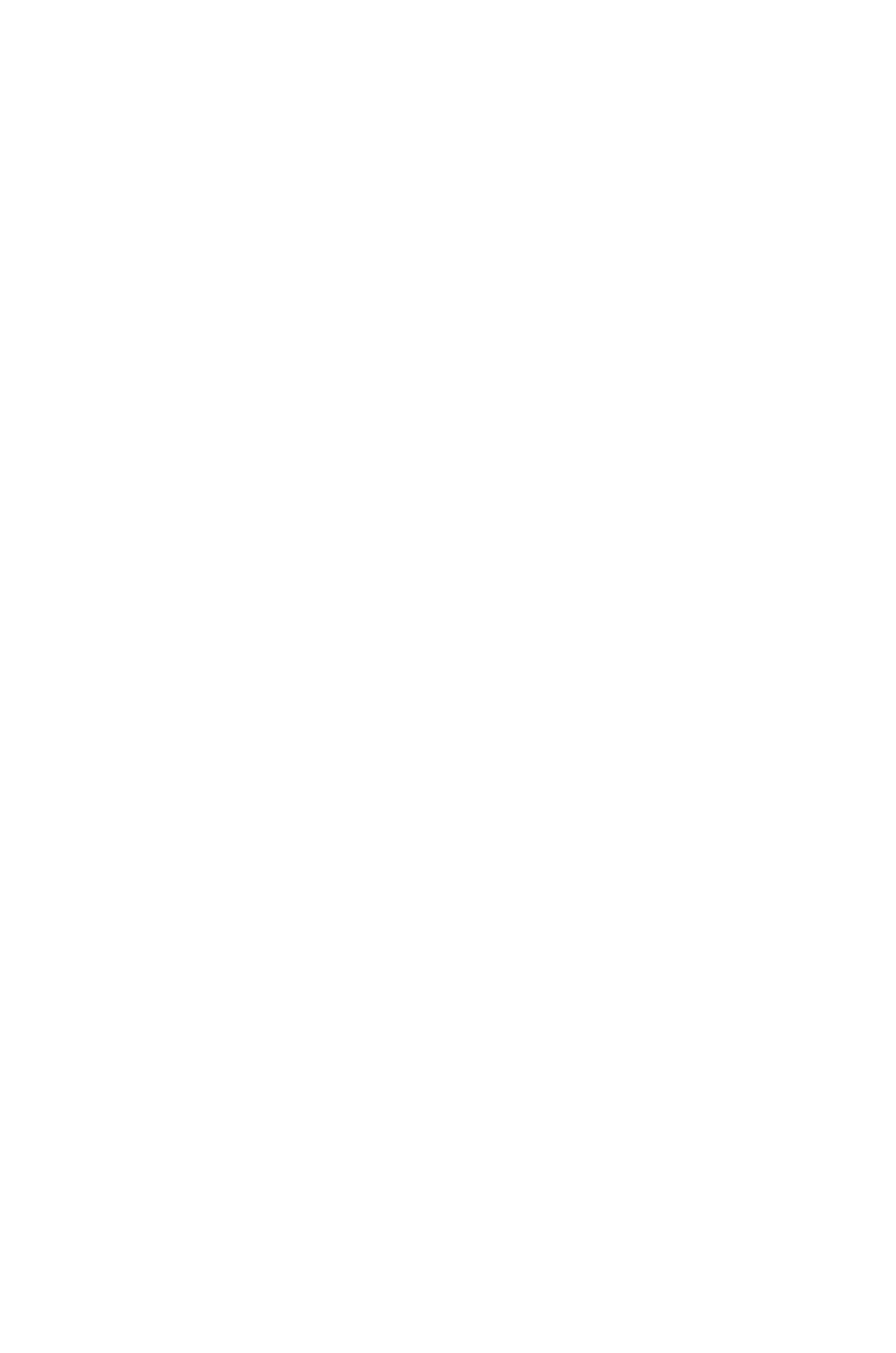
a todos los que organizaron y llevaron a cabo el derrocamiento del

gobierno de Salvador Allende.

A los que, a fuerza de privatizaciones,

nos están arrebatando el mar, las plazas,

los barrios antiguos y los cerros.



Igor Goicovic
Prólogo



En general, todas las personas que hoy día en Chile tienen 50 años y más, recuerdan con mucho detalle dónde estaban y qué hacían el 11 de septiembre de 1973. No obstante, los acontecimientos posteriores que marcan el ciclo de instalación y luego de institucionalización de la dictadura militar y del modelo económico de mercado, son recordados de manera más difusa y, en la mayoría de los casos, con cierta dosis de edulcoración. De esta manera, las fiestas de toque a toque son rememoradas como “entretenidas”; se celebra la llegada de la televisión a color y junto con ello los primeros empletamientos en la TV abierta; se congratulan por la ampliación de la capacidad de consumo, y junto con ella la de endeudamiento; y se felicitan porque se hizo realidad el sueño de la casa propia, aunque para algunos operó más bien como pesadilla.

Esta memoria segmentada (como sostiene Joel Candau), se convierte en refugio. Se articula como una suerte de “necesidad del olvido” que conduce de manera expedita a la amnesia colectiva. No es que no recordemos, es que recordamos sólo aquello que no nos pone en conflicto con nuestro presente. Olvidamos, entonces, que el golpe de estado se impuso a sangre y fuego. Miles de chilenos fueron asesinados, otros tantos hechos desaparecer, y cientos de miles fueron torturados, encarcelados o enviados al exilio (“algo habrán hecho”). Y los cientos e incluso miles de responsables de estos hechos (de capitán a paje), han logrado evadir la responsabilidad que les compete. Sólo un puñado de los más significativos o execrables, purgan penas de presidio (en cárceles vip) por los crímenes cometidos: “Justicia en la medida de lo posible” o (autocrítica de por medio), incapacidad de aplicar justicia.

De la misma manera, nos escamotearon la memoria de las conquistas alcanzadas por los trabajadores y el pueblo después de 100 años de luchas obreras. Derechos económicos y sociales que colocaban a Chile, a comienzos del gobierno de la Unidad Popular, en los lugares de avanzada en América Latina, en materia de protección a los trabajadores, control de estatal de las riquezas básicas, incremento de las coberturas educacionales y, crecientes niveles de acceso a la salud. Fueron estas conquistas y avances de la clase trabajadora las que llevaron a los grupos económicos (Luksic, Angelini, Piñera, Matte, etc.) y a las organizaciones gremiales en las cuales se aglutinaban (SOFOFA, SONAMI, SNA, Cámara Chilena de la Construcción, Confederación de la Producción y el Comercio, etc.), a dismantelar el Estado de Bienestar, y a diseñar y edificar las denominadas “modernizaciones económicas”, al amparo del autoritarismo y la represión. Hoy día los patronos pretenden hacernos creer que la reestructuración del capitalismo operó en paralelo a las violaciones a los derechos humanos. No es efectivo. Para que se llevaran a cabo dichas transformaciones (apertura de la economía a los mercados externos, nuevo Código del Trabajo, modificación del estatuto de la inversión extranjera, etc.), era imprescindible des-

articular a la clase obrera y al movimiento popular y liquidar a las vanguardias políticas de izquierda.

Efectivamente, al hacer una revisión del listado de personas asesinadas por la dictadura en la fase de instalación del régimen (ver informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, 1991), se puede constatar que la mayoría de ellas eran dirigentes de base: dirigentes sindicales, dirigentes poblacionales, dirigentes campesinos, dirigentes estudiantiles, responsables políticos de comités locales y regionales. Se trataba (y en gran medida se logró) de aniquilar a aquellas personas que vertebraban la relación entre el movimiento social y la organización política, a objeto de impedir la constitución de cualquier foco de resistencia o de reorganización del campo popular. Los empresarios, en consecuencia, no fueron ajenos a las violaciones a los derechos humanos; las respaldaron ampliamente (es más, las celebraban con champagne), ya que allanaban el camino a la instalación del nuevo modelo económico.

También se pretende instalar un manto de olvido respecto del rol que jugaron las organizaciones y dirigentes políticos del período. La responsabilidad de la derecha en las acciones de terrorismo y agitación que marcaron la lucha de clases entre 1970 y 1973; y las maniobras desestabilizadoras de la Democracia Cristiana y de sus principales dirigentes (Eduardo Frei, Patricio Aylwin y Andrés Zaldívar). Como también se pretende que aceptemos que los otros juveniles exponentes de la dictadura, en ministerios, subsecretarías, servicios, gobernaciones y municipios, como Patricio Melero (ex alcalde en Pudahuel), Jovino Novoa (ex subsecretario general de Gobierno), Juan Antonio Coloma (ex miembro del Consejo de Estado) y Alberto Cardemil (ex subsecretario del Interior), sean hoy día adalides de la democracia. A ellos les correspondió, también, un rol clave en la administración del gobierno dictatorial y en el ejercicio de la represión.

Del mismo modo se encubre a quienes concurren con su apoyo ideológico y profesional a la dictadura. Juristas, como Enrique Ortúzar Escobar y Jaime Guzmán Errázuriz, que diseñaron el

entramado institucional (la Constitución Política de 1980), sobre el cual ha descansado la represión, la exclusión y la explotación durante estas últimas tres décadas. Historiadores, como Gonzalo Vial, que construyeron una imagen de los derrotados (*El libro blanco*) que sirvió de soporte al encarnizamiento sobre sus cuerpos. Jueces, en los diferentes escalafones de los tribunales, como Enrique Urrutia Manzano e Israel Bórquez Montero, que se destacaron en la denegación de justicia a los perseguidos. Periodistas, como Julio López Blanco, Claudio Sánchez, Jorge Hans, Esteban Montero, Manfredo Mayol y Ricardo Coya, que participaron en maniobras de encubrimiento de los crímenes cometidos por los agentes de la Dictadura.

Pero frente a esta memoria fragmentaria se levanta, como señala Cristina Godoy, la subversión del recuerdo. Aquella que, precisamente, se encuentra contenida en los siete capítulos de este libro. Aquella que no sólo se niega a olvidar, sino que convierte el recuerdo en herramienta de aprendizaje, identidad y lucha. A través de estas crónicas no sólo se pretende constatar el horror o reconocer la derrota. Se intenta, también, revitalizar (volver a la vida), a través del recuerdo, los sueños, las experiencias y los combates pasados. Y sus autores lo hacen desde Valparaíso; desde la costa, el plan y los cerros. Recreando lugares y momentos, personas y monstruos, victorias y derrotas, aciertos y errores. Pero no es el recuerdo que cristaliza en una imagen fija (fotográfica); es el recuerdo en movimiento; aquél que da cuenta de los procesos pasados, de los protagonismos asumidos y de las tareas pendientes. Nos trasladan al Valparaíso de los años '60, viviendo la euforia de la expansión industrial, el ascenso de la lucha política y (para mi pesar y felicidad de mi padre) la alegría porteña por la segunda estrella obtenida por Santiago Wanderers en un campeonato oficial. Estos testimonios nos develan, también, el crispamiento político que se comienza a vivir a partir de 1970, en el marco de la llegada al poder de la Unidad Popular y el inicio del proceso de construcción del socialismo “con empanadas y vino tinto” (para algunos, con demasiado vino tinto). Un proceso que tensiona al máximo a la Armada, cuya oficialidad

se coloca (mayoritariamente), a la cabeza de las conspiraciones que desembocan en el golpe de estado.

Efectivamente, el golpe partió en Valparaíso. Partió de la mano de la operación UNITAS y del control político militar que la Armada y los regimientos Maipo y Coraceros impusieron en la ciudad y la provincia. Desde la madrugada del “Once” los milicos y cosacos (infantes de marina) tomaron el control de las vías de acceso al puerto, de las instalaciones portuarias, medios de comunicación, universidades y allanaron violentamente las sedes sindicales y de los partidos políticos de izquierda. Sobre las 09.00 horas el control sobre la zona era prácticamente total. A partir de ese momento, la Academia de Guerra Naval, los regimientos locales, la base aeronaval de El Belloito, el estadio Playa Ancha, el buque escuela Esmeralda, y los barcos de la Compañía Sudamericana de Vapores, “Lebu” y “Maipo”, se convirtieron en centros de reclusión y tortura. Por ellos transitaban miles de prisioneros políticos: sindicalistas, militantes de izquierda, autoridades de la Unidad Popular, sacerdotes, pobladores y estudiantes. Algunos de ellos, como Jaime Aldoney, *Yantong Juantock* y el sacerdote Miguel Woodward, fueron torturados hasta su muerte. Pero junto a esta imagen marcada por el horror y la derrota, emerge uno de los primeros episodios de resistencia armada en dictadura: el ataque sobre el molo de abrigo, el Regimiento Maipo, la Escuela Naval y algunos cuarteles de carabineros, por parte de un grupo de militantes del MIR y del Partido Socialista, al atardecer del día 14 de septiembre de 1973.

La organización social y política revolucionaria no se extinguió en el Puerto. Nuevos cuadros se sumaron a fines de las décadas de 1970 y comienzos de la década de 1980 a las luchas populares, levantando centros culturales, organizaciones sindicales, estudiantiles y poblacionales y desplegando formar ofensivas de accionar político militar. Cuadros como Mauricio Arenas Bejas, Carmen Gloria Larenas, Nelson *Zuki* Garrido Vargas y Nibaldo Alfaro Subiabre, destacaron en ese proceso y contribuyeron con sus vidas al rearme del campo popular.

Estas crónicas son, en síntesis, testimonios que nos interpelan, nos convocan, nos exigen. Es necesario recordar, para combatir el olvido (y junto con ello las falacias de la Historia oficial), pero también para observar en qué punto de la trayectoria histórica de las luchas populares quedamos suspendidos. Y desde ahí reanudar y reconstruir el andar. Y hacerlo, de nuevo, en el Puerto, en sus ascensores, en sus bares, en sus troles, en sus quebradas, calles y plazas.

Hoy día, nuevas generaciones de revolucionarios, aquellos que han permanecido en insurrección permanente desde el 2006 a la fecha, se reconocen portadores y continuadores de esas luchas populares. De aquéllas que iniciara Luis Emilio Recabarren a fines del siglo XIX y que continuaran Salvador Allende, Clotario Blest y Miguel Enríquez. Son herederos de la épica antidictatorial; aquélla de las barricadas, la organización miliciana y el control territorial. Por ello levantan las imágenes y el ejemplo de los hermanos Vergara Toledo, de Mauricio Maigret y Aracely Romo. Pero también se identifican con el grito rebelde y subversivo de aquéllos que combatieron los pactos espurios y las transiciones excluyentes, como Marco Ariel Antoniletti, Fabián López Luque y Norma Vergara Cáceres. Nuevas generaciones que aspiran a revisar, reconstruir y actualizar el proyecto de emancipación económico, social y político del mundo popular; que se articulan en organizaciones sociales y políticas que demandan mayores niveles de participación y democracia interna; y que despliegan voluntad, valentía y versatilidad en el combate cotidiano.

Igor Goicovic Donoso



Tokichen Tricot
El golpe en Valparaíso y a Valparaíso

La mañana del martes 11 de septiembre de 1973, las calles de Valparaíso amanecieron copadas por las Fuerzas Armadas. Aquella mañana, otoñal aún, los militares, la derecha y la Democracia Cristiana intentaron acabar de golpe con un Chile y un Valparaíso que se construían con la participación activa y desde los sueños de muchos.

El nombre lo define con certeza: fue un golpe, asestado con vehemencia, imponiendo un modelo de país y ciudad que, en su generalidad, persiste obstinado. Mediante eufemismos y maquillajes se ha pretendido limpiar de máculas la herencia de la dictadura. No fue régimen militar, sino dictadura, no hubo apremios ilegítimos, y, aunque se intente aparentar lo contrario, no fue un pronunciamiento militar, fue un golpe de estado que engendró —desde los tiempos de la conspiración— terrorismo de estado. La violencia del golpe estremeció a Valparaíso, fue más que un temblor, de esos que en medio de la noche te despiertan desconcertado, tratando de distinguir entre sueños y realidad. Lo mismo acaeció en el umbral de la primavera, aunque se sabía que venía, se pensaba, tal vez, en un río tormentoso que pasaría rápido con su carga de piedras. Pero fue mucho más que eso: fue una tormenta de piedras, de miedo, de terror, que no habíamos vivido antes, aunque sí había sucedido muchas veces en la historia de nuestro país. Sin embargo, para nosotros aquello se veía como algo lejano y, por lo mismo, difícil de palpar. Ahora hurgábamos en la espesura de la noche, procurando

desentrañar el misterio de lo que nos estaba pasando: los tempranos asesinatos, las increíbles ejecuciones, los gritos, las torturas, los militares recorriendo victoriosos la ciudad. Porque habían vencido, quizá momentáneamente, pero habían vencido, derrocando inmisericordemente al gobierno de la Unidad Popular. Allí comenzó a cambiar Valparaíso, a fuerza de puro golpe.

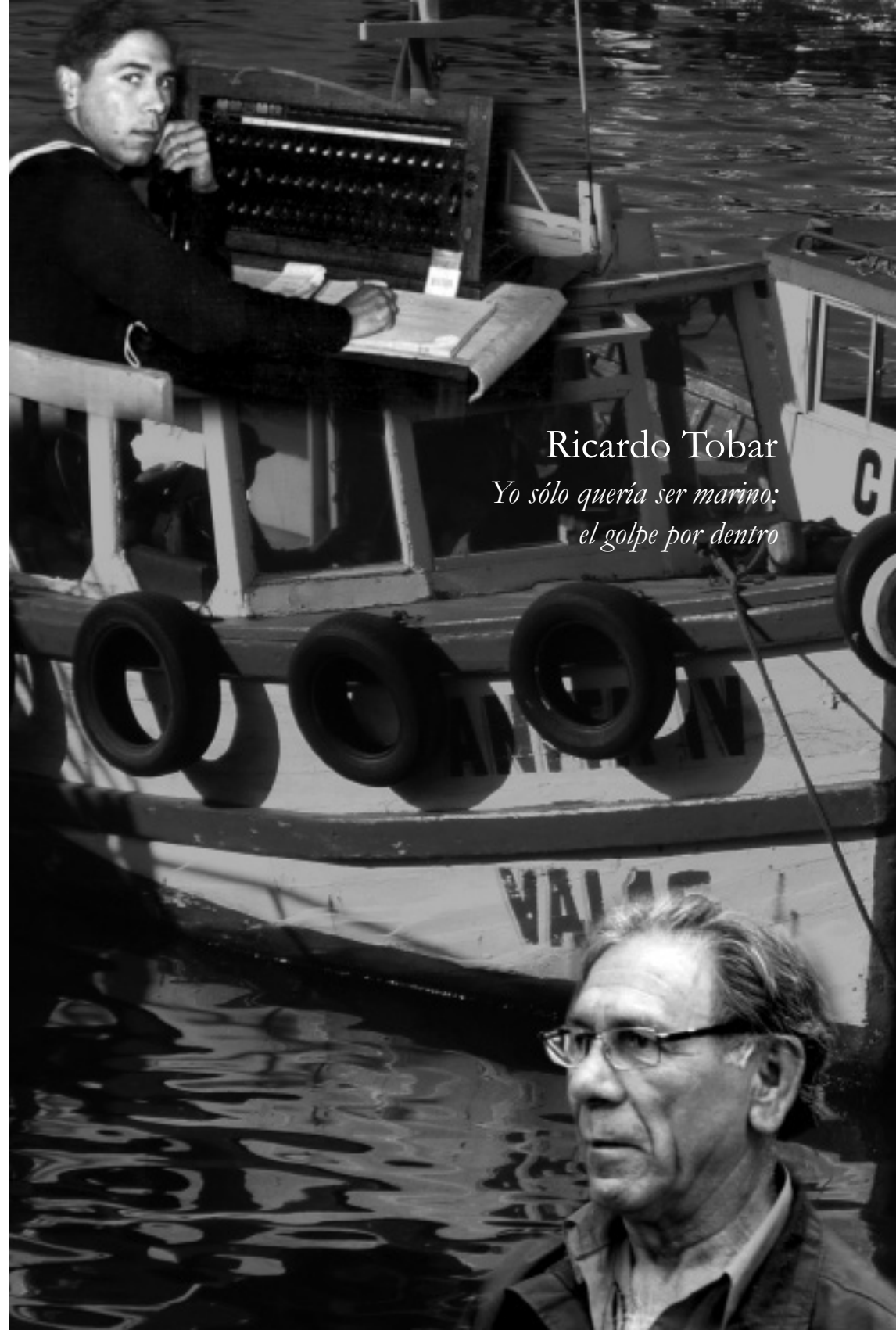
Y fue artero el golpe, un golpe bajo, un golpe cobarde por la espalda. Y todo empezó en esta simple ciudad enclavada en los cerros, al lado de un mar tan antiguo como las gaviotas que se posan en las rocas y también en los techos de calamina de las casas desperdigadas por las alturas. Desde estos improvisados atalayas, el puerto observaba atónito a estos nuevos corsarios que saqueaban y mataban con placer, como matan ellos, por encargo de otros. Así lo hizo el inglés Francis Drake, quien en el siglo XVI despojó a Valparaíso, entonces tan sólo un villorrio, de todas sus riquezas. Fue por encargo de la corona inglesa. Cuatro siglos después, era por encargo del imperialismo norteamericano

Ni los campanarios pudieron tañer sus penas por lo que estaba sucediendo, estaban pasmados, mudos de temor. Como muchos de nosotros, que corríamos de un lado a otro en la esperanza de encontrarnos con los compañeros, los amigos, los vecinos. Hallarlos vivos. Y esta sería una constante durante toda la dictadura: hallarlos vivos, porque si bien es cierto que la ciudad había cambiado adquiriendo un tenebroso color azul marino, la resistencia comenzó desde el inicio, salvando vidas, escondiendo gente, protegiéndose. Así surgieron los diferentes comités de Derechos Humanos y las incipientes organizaciones de familiares de detenidos y ejecutados. Asimismo, la solidaridad en las poblaciones, en los barrios, en los cerros y en el plan. En medio de la represión, emergió la nobleza porteña, aunque también la vileza de muchos que denunciaron a sus vecinos, a sus parientes, a sus amigos. En algunos casos, era venganza política, en otros, simplemente, una venganza personal por algún amor perdido. Pero la bajeza y el odio asomaron como nunca en un puerto añoso y

acostumbrado más a peleas en bares de mala muerte que a una guerra total. Guerra que, de alguna manera, en nuestra ciudad sigue de manifiesto y que sus ciudadanos enfrentan cada día, muchas veces sin saberlo, la violencia de la cual fue objeto. El expolio del hermoso edificio de la Intendencia por parte de la Armada, el cual nunca fue devuelto; los centros de tortura que aún vigilan amenazantes desde el cerro Playa Ancha la bahía de Valparaíso; las familias separadas por el exilio, o incluso la conformación de la ciudad que ha visto cómo se ha impuesto un modelo de desarrollo que le es ajeno a su idiosincrasia y del cual, por supuesto, no se ha sido partícipe.

A diferencia de gran parte de publicaciones que probablemente surgirán en el contexto de las cuatro décadas desde el golpe militar, este libro no pretende un análisis político, histórico o sociológico. No es una tesis académica, muy por el contrario, lo que se pretende es plasmar, mediante los distintos textos que conforman este libro, la subjetividad de lo que representó y representa aún el golpe y la dictadura militar para un reducido conjunto de porteños. Simplemente, se busca mostrar, a través de crónicas elaboradas en primera persona, el modo cómo, desde distintas perspectivas y momentos, debieron llevar a cabo sus vidas, experimentando las consecuencias de vivir bajo una dictadura criminal. Evidenciar cómo entre los cerros y el mar se gestó el golpe, pero también la resistencia. No solo aquella embrionaria de quienes ofrendaron sus vidas en la lucha contra la dictadura desde los primeros días, sino, además, aquella de los miles de porteños que anónimamente se negaban a cantar la estrofa del himno nacional que hacía referencia a los militares, que hacían sonar sus cucharas en los comedores estudiantiles como argentada protesta o que entonaban el cántico de “y va a caer” al son de las olas de la playa Torpederas. Desde la narración testimonial, se intenta visibilizar el derrotero de la ciudad, el impacto del golpe en la gente, en el puerto, en la vida cotidiana, en el esparcimiento y en las sensibilidades de cada uno, entre muchos otros ámbitos. En suma, cómo se ha visto afectada la ciudad desde el período pre-golpe y con posterioridad al mismo.

Valparaíso es hermoso y encanta con sus escaleras, colores y adoquines; sin embargo, la vida a todo ello se la entregamos nosotros, los porteños, quienes transitamos por sus callejuelas, morimos en sus cerros, compramos en sus kioscos y nos escondemos entre sus pasajes para beber cerveza o amar a escondidas. Por eso somos también los porteños quienes debemos recordar la ciudad y su historia, no solamente para hacer frente a la construcción de un relato histórico aséptico y privado de subjetividad, sino para que, además, este breve despliegue de memoria nos permita pensar en un Valparaíso erigido de manera colectiva por sus ciudadanos, no impuesto por militares o dictaminado de manera centralizada por una peculiar democracia que excluye a la mayoría del pueblo chileno. Por el contrario, así como lo revelan las crónicas y testimonios de este libro, para que sus ciudadanos sean actores, partícipes activos de la vida de su ciudad. Que el golpe en Valparaíso y a Valparaíso dé paso a un taller de reparación de sueños trizados, donde porteños y porteñas podamos acariciarlos, jaspearlos de arcoíris y echarlos a volar nuevamente hacia el horizonte oceánico.



Ricardo Tobar

*Yo sólo quería ser marino:
el golpe por dentro*

Un día de agosto de 2012, en una marcha de estudiantes, se acerca un chico de 16 ó 18 años y me pregunta: “¿Ud. fue de los marinos que estuvieron presos?”. “Por supuesto” le dije, y fue en ese momento cuando recordé que había entrado a la Marina (en febrero de 1964) con casi 15 años (que cumplí 6 meses después, habiendo hecho el juramente de servir fielmente a mi patria). No recuerdo cuántas cosas le dije al muchacho, solo algo como “¡Piénsalo muy bien o hazte asesorar!”. Y no recuerdo más, porque empezó mi mente a llenarse de pensamientos de todo aquello que se vive como uniformado.

Entrar a la Marina fue motivado, en primer lugar, por el hecho de que había personal que iba a los liceos a dar charlas de motivación acerca de cómo podía cambiar nuestras vidas, aprendiendo especialidades que se emplearían en funciones náuticas y civiles, que le serviríamos a la patria en casos de guerra. Pero el motivo más importante para mí era ayudar en lo económico a mi padre, que se sacaba el pellejo para educarnos, ya que éramos varios hermanos y hermanas (en total siete) a los que debía alimentar y educar, y apenas le alcanzaba su sueldo; y la marina me proporcionaría un ingreso que ayudaría a solventar gastos, además de obtener una especialidad pro-

fesional. Mis padres se oponían, sin embargo cedieron a mi petición. Lo primero que experimenté fue aquella notificación que me decía: “Ud., aprendiz (así llamaban a los que estábamos en la Escuela de Grumetes; hoy son llamados grumetes, y grumete fue mi primer grado en servicio activo en la marina), integrará el curso acelerado (hasta ese año el servicio inicial era de dos), vale decir, estará en servicio activo al cumplir el primer año por sus méritos personales, académicos y militares”. Creo que mi alegría fue absoluta por haber alcanzado lo que deseaba: estar en las filas de la Marina. Este hecho sucedió después de tres o cuatro meses de haber entrado, habiendo recibido una instrucción militar rigurosa. Más tarde, era rutina militar y de estudios, que eran pinceladas de cada especialidad que se impartía en la Armada, y que al finalizar dependiendo del resultado de aquello, éramos seleccionados para ir al curso que finalmente hicimos; en mi caso, mecánico electrónico control de fuego (CF), siglas de la especialidad. (A la llegada a la Escuela de Armamentos en Las Salinas como Mro. 2º (Mar), aún sin especialidad en diciembre de 1965, para cursar CF).

Un año de navegación, dos de estudios, luego traslados (cortos períodos de tiempo), escuela de especialidades nuevamente y me quedo casi estancado (en la planta de la escuela), cumpliendo diferentes funciones; por supuesto, conociendo a muchos otros uniformados, como también haciendo amigos (hasta el día de hoy), todos jóvenes que llegaban a estudiar su especialidad y luego se iban, así mismo con el personal más antiguo. También empiezan mis contradicciones referente a cómo debía acatar las órdenes emanadas desde el superior directo, más antiguos que yo hasta los oficiales. Como ejemplo, diré una: “Si alguien que entra a la repartición que no sea militar y lo ve sospechoso, dispare primero y después pregunta qué quiere”. Aquello me dejó pasmado, ¿y si mataba a esa persona?, “Él se lo buscó” fue la respuesta que recibí al preguntar a un oficial que daba cátedra de cómo servir mejor en la Marina. Le repliqué que por qué no se hacía al revés esa pregunta, o se arrestaba para saber por qué lo había hecho de forma clandestina. Su respuesta fue

simplemente “él se lo buscó”, y que era la forma correcta de proceder. Vaya explicación que me dio. Y esta respuesta me retrotrae a mis inicios en la Escuela de Grumetes. Cuando recibimos las armas en el juramento (un fusil Stayer de 1912), ésta nos fue entregada por el Ministro de Defensa de la época, Juan de Dios Carmona, del presidente Eduardo Frei Montalva; quien me dijo, al llegar a mi lado: “Aprendiz, su fusil, el que necesitará cuando requiramos sus servicios para defender a la patria”. Con esta ceremonia, se cumplía la obligación de haber hecho mi servicio militar. Dicho sea de paso, esta arma hoy se vende en EE.UU. a quien quiera comprarla y tenerla de reliquia en sus hogares (un amigo que las conoce ya la compró y la tiene en su casa). El ministro entregaba dicha arma en reemplazo de los padres que no podían asistir a la ceremonia. Lo que era mi caso, por vivir en Viña del Mar y porque mis padres y familiares no podían ir, por falta de dinero y estar muy lejos de la isla Quiriquina, en Talcahuano.

Empiezan a correr los años y también los sucesos nacionales que son de gran relevancia y que involucraron en mí pensamientos contrarios a los que se comentaban a viva voz en esa repartición por oficiales, y que el personal, gente de mar, no podíamos rebatir o debatir para expresar alguna opinión contraria; simplemente, teníamos que escuchar, porque según ellos, tenían la razón.

Recordando estos acontecimientos que viví siendo uniformado, se me viene a la memoria un hecho que tuvo repercusión mundial. Estando en la Escuela de Grumetes, me enteré por el relato de un primo que hizo su servicio militar en la ciudad de Iquique y que terminaba a fines del año 1963, que no se pudo reintegrar a su vida cotidiana inmediatamente después de terminar su período de instrucción por el hecho que había sucedido en EE.UU., la muerte del presidente J. F. Kennedy, en noviembre de 1963. Como consecuencia del acontecimiento, mi primo debió quedarse, porque tenía que recibir a sus compañeros que ya se habían retirado a sus hogares, los que eran de diferentes partes del país e iban en camiones rumbo al terminal de trenes para tomar viajes a sus casas. Como recorda-

rán, dije que ingresé a la edad de casi 15 años, pero este suceso lo recordé cuando juraba, porque se le arengó a mi primo que no podían licenciarse aún porque en Chile se “levantarían los comunistas por el ‘enojo’ que se produjo para ellos que fueran perseguidos en USA al ser asesinado el presidente Kennedy, y que en este país había miles de ellos”, por lo que deberían defender cualquier situación que se produjera a consecuencia de los mismos.

Esto me hizo reflexionar, en esa ceremonia, en el tremendo dilema en que me había metido, ya que si bien tenía tan solo 14 años, esa noticia fue un fuerte impacto mundial, —en casa, mis padres lo comentaban junto a sus amigos—, sobre todo para aquellos chiquillos que como yo, no sabían aún discernir sobre estos eventos tan impactantes. Cuando crecí, entendí lo sucedido. Solo quiero hacer notar el hecho del comportamiento de una rama de las Fuerzas Armadas, en el caso de mi primo, el Ejército, que tenía ese comportamiento discriminatorio.

No puedo dejar de mencionar que estando en la Escuela de Armamentos y siendo encargado de la ODS (Oficina de distribución de órdenes y señales), recibí un mensaje que decía que el transporte Angamos necesitaba personal y se le pedía a las reparticiones de tierra si lo podían enviar en calidad de comisión (prestados), porque el buque requería de uniformados para cumplir algunos requerimientos de suma urgencia (con fecha 13 de agosto de 1967), por lo que le solicité al comandante de la repartición (era mi jefe directo y yo quería navegar) si podía ser yo quien fuera en esa comisión, a lo que me contestó al día siguiente diciendo: “Afirmativa su petición, pero se regresa a ésta concluida la misión”.

Al confirmar mi nombre a la nueva repartición (el 14 de agosto), debí embarcarme esa misma noche, porque el zarpe era de madrugada; zarpe que no se realizó debido a una falla que presentó el transporte, pero esa misma mañana, creo que a las 09:00, me buscaban para informarme que un hermano (menor que yo, soy el mayor de todos) se había caído al mar y que estaba desaparecido (él no era marino). Por supuesto, el comandante del buque de inmediato me

ordenó dirigirme al lugar de la tragedia, no sin antes decirme que le informara apenas llegara al lugar lo que estaba sucediendo, cosa que hice de inmediato. Él dispuso de los elementos necesarios para iniciar un rescate marítimo, en el que, al igual que la primera zona naval, pusieron personal para dicho evento (buzos tácticos); hasta el mismo Angamos zarpó a la altura de lo sucedido, buque que en la tarde de ese día (15 de agosto) zarpó rumbo a Juan Fernández... Para ese viaje, se me ordenó quedar en tierra, debía encontrar a mi hermano (lo que pasó con mi hermano es para contarlo en otra ocasión). Luego de la llegada del transporte Angamos —un mes después—, me reintegré a la dotación, para continuar los viajes que realizó dicho buque por el sur de Chile. Mi regreso a la Escuela de Armamentos se originó por el hecho de que muchos éramos de Viña del Mar y que algunos eran de este barrio, Población Gómez Carreño, que estaba en llamas por el gran incendio ocurrido el 26 de enero de 1968. Lo más grave de este episodio es que el fuego casi llegó a los polvorines que tenía la Armada en los faldeos del cerro, que estaba en Las Salinas. Yo vivía en otro sector de Viña.

Este trozo de mi vida hace resaltar que existe al interior de esta institución algo de humanidad, que no todo es negro, lo que no quiere decir que sea nobleza; dependerá de quien está al mando en ese momento. Pero este episodio me recuerda que en el año 1965 —año en que sucedieron varios lamentables hechos, y los recuerdo muy bien, era mi primer buque en el que estaba como personal permanente (grumete) y cosa curiosa, el 15 de agosto, día del desaparecimiento de mi hermano, pero de 1965— se hundía el escampavía Janequeo; el temporal al sur de Chile lo hizo sucumbir al ir a rescate del patrullero Leucotón, que se había varado en la llamada Caleta Lleuco en bahía San Pedro, a la cuadra (altura) de Osorno. Los restos del Leucotón permanecen enterrados entre la arena y el mar de la zona de Manque-mapu, en la costa de Purranque. Luego de ir en rescate, en el Crucero O’Higgins, de los restos del personal que pereció en el naufragio —55 personas—, se cumple dicha acción, dejando partes de los restos en el puerto de Talcahuano.

Con posterioridad, en 1999, en el Congreso se tramita el traslado de los restos, de Concepción a la Isla Quiriquina, para ser sepultadas las víctimas en la Escuela de Grumetes, en un mausoleo, con el fin de que las nuevas generaciones se “empaparan” de cómo tener el arrojo y entregarlo en pro del buen nombre que la Marina y otras instituciones de las Fuerzas Armadas quieren del personal gente de mar.

Al dejar los restos del hundimiento en Talcahuano, el crucero continúa viaje a Valparaíso y, antes de arribar, se recibe la orden de virar al Sur por un nuevo hecho acaecido en Laguna del Desierto: la muerte de un funcionario de Carabineros por efectivos de gendarmería Argentina, el Tte. Merino, en noviembre de 1965, en la frontera de Chile con ese país. Este suceso ocasionó una especie de estado de guerra, por el cual recibimos la orden, luego de fondear, de derribar cualquier avión que sobrevolara el sector. Dicho sea de paso, el buque no contaba con muchos víveres, porque no sabíamos el tiempo de permanencia en dicha incursión y el petrolero Montt, que tenía por misión llevarlos, había “chocado” con una roca, y había rasgado parte de su proa, por lo que esos alimentos no llegaron.

Estos sucesos, aparte de muchos otros, tienen la relevancia, no de los hechos, sino del comportamiento de la oficialidad con el personal gente de mar (“el perraje”, según la descripción despectiva de ellos, los oficiales). Y que se refieren a la “obediencia ciega”, a esa que muchos miembros del “perraje” cumplen como una forma de adoración, inclinando la cabeza, sin pensar siquiera que algunas de esas órdenes son absurdas, y en las que muchos de estos sirvientes aprovechan para ser fieles a quienes los solicitan; por ejemplo, de camarotero, nombre que se da en las filas al mozo personal de algún oficial que lo requiera, y que acepta hacer tareas culinarias a dicho requirente, por lo que los demás despectivamente los llaman, lo que en la definición *chilensis* podría ser “chupamedias”, “mamón”, o quizás “arrastrado”. Éstos se dan en todos los ámbitos, ya sea en el familiar, en el del trabajo o el de la vida social. La tarea del camarotero está definida en el libro de reglamentos P (del Personal) —especie de reglamento interno, a

grandes rasgos—, como tarea voluntaria, y siempre que al oficial le sea requerido, o el marinero acepte; artículo que está reglamentado en dicho libro del Personal gente de mar, con un pago por tal o cual labor a realizar de forma personal.

Esta adoración nace cuando a los oficiales se les define como “paleteados”, “derechos” “buena onda”, que se “apegan al perraje” o cuando hay algunos que son “adictos” a tal o cual oficial que les solucionó o consiguió alguna cosa que “el perraje” solicitó. De esta manera, surge entonces esa adoración ciega. Nunca escuché decir “ese oficial se destaca por sus méritos profesionales, o por su lealtad hacia el ‘perraje’”; y sin embargo, la lealtad hacia el oficial no tiene parangón, por ejemplo, ser salvados del mar en un naufragio —que después les cuesta reconocer (como en el caso del naufragio de 1965) en algún evento deportivo, o militar, o simplemente con otro par—. Con la lealtad se nace, sin mezquindad; herencia de nuestros padres, que teniendo educación reducida, tienen el mérito de saber dar los consejos necesarios junto a valores de obreros y de dueñas de casa. En mínimos casos existen estos oficiales, muy pocos, que se dan a su personal y que abogan por el nombre de su subalterno, pero la mayoría hace lo que sucedió en los años ‘70. Merino, por ejemplo, contralmirante, comandante de la primera zona naval, el que conspiró, desde ese cargo, primero contra su comandante en jefe, vicealmirante Montero, con cero lealtad —que es lo primero que se imparte como instrucción militar— y luego con su Generalísimo de las FFAA., el Dr. Salvador Allende Gossens, presidente constitucionalista legalmente elegido por el pueblo chileno. Como se puede ver, la “lealtad” es un requisito tan solo para el “perraje”, ya que es de tipo doctrinario.

Hoy, con la experiencia vivida, lo estudiado, lo asimilado en los días aciagos, puedo decir muchas cosas del período que viví como uniformado. Antes, ni pensar en hacerlo, menos estudiarlo ni analizarlo o hablar de temas relacionados con lo que pasaba en el mundo; tan solo lo institucional, ya que como uniformado de tropa, o gente de mar —“el perraje”—, sabíamos que estaba vedado discutir los sucesos

de fuera de la institución ante oficiales. Solo ellos lo podían hacer, aunque los de menor grado o rango lo hacían en forma de estudio (en la Escuela Naval), hasta que sus ascensos a grados superiores se los permitía, dejando una puerta abierta para que sí lo hicieran entre ellos.

La inquietud de ahondar en las políticas que usa la verticalidad del mando de las Fuerzas Armadas me lleva a decir que Estados Unidos utiliza, para países del tercer mundo, una estrategia de poder con “avisos”, como el del presidente L. Johnson, cuando arengó lo que el presidente Frei Montalva anunció con la Ley de la Reforma Agraria: “...que él no entendía la revolución en libertad”, o que Nixon no aceptaría lo que el pueblo chileno había aceptado al elegir al Dr. Salvador Allende como presidente en elecciones democráticas “...como la vía pacífica al socialismo...”. Únicos intentos serios hechos por Chile en contra de los intereses del imperialismo. Y que, ante estos hechos, las FFAA. chilenas mantuvieron una alerta general para prevenir “un alzamiento del poder popular”.

Con la llegada del año 1969, las noticias daban cuenta de que el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) realizaba trabajos sociales en poblaciones, lo cual me interesó al saber que aquellos eran voluntarios y que ayudaban fundamentalmente a los campesinos y al pueblo Mapuche de forma solidaria. De tal manera, mi simpatía aumentó y empecé mi investigación sobre esta organización, pero los hechos que empezaron a ocurrir en el país nos pusieron en alerta, puesto que seguíamos practicando antidisturbios (contra-insurgencia); ejercicios para repeler “turbas”.

La mirada hacia la política indicaba que la carrera presidencial de Salvador Allende llegaba a su término, todos lo daban como ganador y es así como el cuatro de septiembre de 1970 gana las elecciones presidenciales, convirtiéndose en el reemplazante de Eduardo Frei. Con esto, empieza el descontento de la oficialidad, que realiza toda clase de mofas respecto a su postulado político. Sin embargo, el personal gente de mar celebramos su ascensión al poder, por el hecho de que entre sus medidas estábamos considerados para aumentar nuestros sueldos.

Las noticias no podían ser desatendidas, porque desde EE.UU. llegaba a todas luces el descontento generalizado de sus gobernantes contra el presidente electo en Chile, y los oficiales chilenos arengan su total desaprobación, haciendo “mandas” para que el Congreso Nacional no ratifique el mandato del pueblo, cuya aprobación se realiza el 27 de octubre de 1970, y se asume con propiedad el 4 de noviembre de 1970. Luego vendrían algunas de las grandes transformaciones en el camino hacia la independencia económica, como la nacionalización del cobre. También hacia la independencia política, es decir, sin la injerencia extranjera. Además, por supuesto, de generar las condiciones para que los trabajadores participaran del poder.

El año 1971 avanza con régimen más o menos de normalidad, ateniéndonos a lo militar, estudios y el deporte, que marcó en algunos de nosotros unos momentos de distracción, pero que se quebraría con los acontecimientos que cambiarían la tranquilidad que vivíamos como militares: el asesinato de un general, comandante en jefe del ejército, René Schneider, ocurrido el 22 de octubre de 1971. Sin embargo, las evidencias concretas y contundentes que emanaban desde Estados Unidos daban cuenta de que ellos no estaban involucrados en dicho atentado, pero el periódico *Washington Post* reprodujo conclusiones sobre las nuevas evidencias en este caso, como que la conversación grabada de Nixon y Kissinger se refiere lógicamente al asesinato de Schneider y deja en claro que fue una operación de la CIA. Henry Kissinger, mano derecha del presidente Nixon y encargado directo en la época de todas las operaciones secretas de EE.UU. para evitar que Salvador Allende asumiera la presidencia, sostiene que el asesinato de Schneider no fue obra de la CIA, sino de un grupo de civiles y militares que habría actuado en forma autónoma y que rompió sus vínculos operacionales con la CIA una semana antes.

En septiembre de 1970, el general Schneider había leído un comunicado en que daba cuenta la línea que debía seguir el Ejército y, en general, las FFAA., en el cual se indicaba que ellos acataban, res-

paldaban y respetaban la Constitución Política del Estado y que los militares serían obedientes a la Carta Fundamental, como también que el presidente de la República es el Generalísimo de las Fuerzas Armadas, al que apoyarían hasta las últimas consecuencias.

Esta declaración no gustó mucho a oficiales de la Armada, ya que para ellos no era posible que un general de ejército diera pautas acerca de cómo debían comportarse las Fuerzas Armadas. Y estas eran, en consecuencia, las discrepancias entre las ramas armadas, las mismas que nos enseñaron a acatar y cumplir las leyes vigentes en la Carta Fundamental, así como también “dar la vida si fuese necesario en defensa de la nación”. El compromiso que pedía el general estaba dirigido a las tropas y oficiales para que fueran obedientes al mandato de la Constitución, compromiso que oficiales de la armada veían con desgano: “cómo era posible que desde el Ejército se proclamara dicho ‘clamor’, si ellos sabían cómo debían comportarse”

Los que nos dábamos cuenta de estos comentarios poníamos una mayor atención, puesto que los dichos del general nos interpretaban y se apegaba a las mismas enseñanzas y reglamentos que recibíamos en nuestra instrucción. Desde ese momento, no podíamos hacer comentarios abiertos debido a este hecho, y esto nos sirvió para conocer a compañeros militares que simpatizaban con el presidente. Así, nuestras conversaciones en privado se sucedían más y más, porque veíamos reuniones de forma extraordinaria de oficiales y norteamericanos de la misión que radicaban en la Escuela de Armamentos, y que se sumaban otros de distintas reparticiones; se escuchaba decir “algo habría que hacer”, o “esto no puede ser, no podemos aceptar”; pero debíamos aceptar sus criterios, ellos “tenían razón”, aunque por dentro nos preguntáramos qué era lo que tramaban. Pensábamos, en un principio, que se trataría de un nuevo concepto que adoptarían para enseñarnos nuevas prácticas militares, como de las que ya éramos expertos: las de anti insurgencia. Con el correr de los días y meses, sus comentarios se tornaron antipre-

sidenciales, entre los que se especulaba que nos convertiríamos en una especie de Cuba y que nuestro país sufriría la desazón nunca antes imaginada.

Mis pensamientos no dejaban de decirme “sal de la marina, esto ya no es para tí” y surgían debido a que amigos de la familia y mis propios padres pensaban que Allende sería quien cambiaría sus vidas, que los hijos del obrero tendrían oportunidades de tener estudios acorde a sus capacidades, y que el trabajador no debería preocuparse ya de que sus sueldos fueran justos.

En cada ocasión que se salía a desfiles, las arengas de tener cuidado y estar preparados con los grupos terroristas que nos podrían atacar se hacían cada vez más agudas, porque sus odiosidades contra el mundo que era de izquierda eran muy altas; no se hacía distinción entre un comunista o un socialista, “todos son la misma cosa y de la misma calaña”. Teníamos que entenderlos, eran “oficiales” que venían de cunas de oro (ganaban y siguen ganando más que el personal de tropa y, además, tienen “apellidos”).

Mis clases continuaban hacia el año 1972, pero nuevamente un hecho totalmente en contra del gobierno de Salvador Allende conduce a la región y al país en su totalidad al caos alimentario nunca antes vivido: el paro de camiones en noviembre de 1972. Entre el 9 de octubre y el 5 de noviembre, se llevó a cabo en Chile el paro nacional más extenso y masivo del que la historia nacional tenga memoria. Acusaban al gobierno “por las medidas estatistas y los atropellos inconstitucionales que a la sazón realizaba reiteradamente el gobierno de Allende y de la Unidad Popular, y para los huelguistas esto era el camino a la libertad”.

Escribo esto debido a que mi participación marcó otra etapa de mi vida: creo que en estos momentos me apartó de la conciencia militar, ya que esta situación de ser custodio de quienes tienen acaparado los alimentos para acusar al gobierno del desabastecimiento que estaba sufriendo el país hizo cambiar mi proceder, pensando ya no como militar, sino con la conciencia social, abiertamente en

forma política. Y, a la vez, ver de qué forma podía ayudar a aplacar lo que le sucedía al gobierno de la UP liderado por Salvador Allende, observando cómo la población que no creía en el Gobierno salía a la calle a protestar por falta de alimentos y como a los marinos nos llamaban “gallinas”, tirándonos granos de maíz a nuestro paso. Sabía, además, que debía dejar la institución y que debía dedicarme de lleno al ámbito político. Todo esto, sin saber cómo desde ahí podría actuar.

Fui nombrado, al igual que varios de mis compañeros, a ser custodio de esa huelga de camiones con alimentos, en la que se escuchaba decir que había que matar a Allende para que el país pudiera cambiar. Vi a oficiales hablar con ellos y reírse. Lamento no haber escuchado sus conversaciones, pero era claro que estaban alegres con el movimiento huelguista, recibían de los camioneros sendos paquetes que lógicamente eran de alimentos, que no sé si los entregaban a título personal o eran llevados a la repartición. A nosotros nunca nos entregaron nada, mi jefe, el teniente Escobar, también se preguntaba por qué él no recibía nada, a lo cual le respondíamos que era por ser feo, y nos reíamos.

En una oportunidad, se nos informa que la policía de investigaciones de Viña del Mar llegaría a desalojar el movimiento y que debíamos estar atentos a las órdenes, en primer lugar ayudar a repeler, “¿a quién?”, y se nos replicaba: “esperen órdenes”. Luego, empezamos a oír disparos y se nos comunicó que era Carabineros impidiendo que la policía civil se acercara al campamento de camiones en huelga, hecho que duró muy poco y la policía se retiró. Pero también nos indicaron que nadie en ese campamento debía portar armas de fuego, los únicos con autorización de llevarlas éramos nosotros. Esa noche jugamos a los comandos (solo con tres personas), les quitamos todas las armas que tenían, pistolas de diferente origen, fusiles y rifles de todo tipo, a los que les doblamos sus cañones y amontonamos para que en la mañana vieran que habíamos cumplido órdenes; todo esto sin esperar lo que vino, un reto que casi nos llevó al libro de castigo por haber obrado sin órdenes, ya que

a quien dimos las novedades no había sido el que nos había dado esa instrucción... así nos dimos cuenta de que cada uno decía lo que quería. La siguiente noche, me dije “si no hay alimentos para la gente, para ustedes tampoco”, y empecé a romper las mangueras que comunicaban la red de frío para sus termos, causando que los alimentos perecibles se descompusieran: lácteos, carne, verduras, etc. Se dieron cuenta pasados los días, ya que los camiones con sus motores encendidos no indicaban nada anormal.

Otro de los hechos sucedía cuando me tocaba estar de guardia a la entrada del campamento, en donde pusieron una taquilla, y como era en la carretera que va hacia Concón, las personas adictas al paro dejaban cheques o dinero en efectivo; pero éstas no se bajaban a introducirlos por sí mismas, entonces, los rompía y lo que introducía eran pedazos de billetes o cheques. Nunca supe las cantidades por lo rápido que debía actuar, pero eran grandes sumas, las que utilizaban para mantener el paro. Nunca me pillaron, y los oficiales (ellos entregaban la famosa taquilla, pero nunca la revisaban) me veían o nos veían con malos ojos, digo ‘nos veían’ porque mis dos compañeros, Nelson y José, hacían lo mismo; estábamos de acuerdo en eso y en lo de las armas (Nelson Bravo y José Ojeda). Nelson (cabo 2º) era el más antiguo de los tres, después venía yo (Mro. 1º el año 72 y cabo 2º el 73) y luego José (Mro. 1º). Aclaro esto porque Nelson era el que tenía contacto con otras reparticiones y nos traía las noticias de ellas, relacionadas con lo que se pensaba hacer por la sospecha de que ya teníamos de una asonada de la Marina contra el gobierno —Nelson era del MIR— y que eran las conclusiones que sacábamos por la forma de proceder de la oficialidad y todas esas reuniones secretas que tenían con jefes y civiles, y de decirnos cómo se estaba comportando el gobierno con el país, lo que para nosotros se reducía a tres palabras: golpe de estado. Como marinero más antiguo, tenía la representación de los demás ante el comandante de la repartición en los días previos a una celebración (como la Pascua en diciembre) para expresar las necesidades o la preferencia de los productos que integrarían la “canasta” que se daba para esas fechas

(víveres, algún trago, pero nunca una prenda de ropa que fuera para vestir de civil; y a los casados les incluían algún artículo para sus esposas), lo que para mí siempre fue una aspiración. Ahora que era el representante, tenía la oportunidad de pedir, y lo que quería era que se incluyera algún pantalón, camisa o cualquier cosa que fuera para vestir de civil, a lo que se me contestaba: “Ustedes no pueden vestir de civil estando francos (estar libres), solo lo pueden hacer a no más de 100 metros a la redonda de sus casas”, y hasta ahí llegaban mis deseos, sobre otros que tenían y siguen teniendo, como el de rendir pleitesía al paso de un oficial, que en esas mismas reuniones pedía la de tapiar pasillos de comedores que servían de pasadizos para ellos mismos a sus cámaras (comedores) y que al paso de ellos debíamos levantarnos y rendirles. Aquellas pequeñas cosas marcaban mi sentir y me marcaban como rebelde, como cuando estaba encargado de poner música en horas de descanso, y yo solo utilizaba música de todos estos cantantes y grupos que se identificaban con Allende, como Víctor Jara, Quilapayún, etc. (discos que me robaron cuando sucedió el golpe). La instrucción contrainsurgencia para mí empezó a fines de diciembre.

Estas prácticas se sucedieron durante varios años, porque estaba claro que desde esos tiempos la oficialidad actuaba con una marcada diferencia con las personas que tenían pensamientos de izquierda. Estaba claro y a viva voz, sus enemigos eran quienes se decían comunistas. Esas manifestaciones las decían con mucho odio.

Hubo huelga de correos y hospitales en donde fui cartero, aseo y hasta ayudante (pasador de algodón en la maternidad del hospital Gustavo Fricke de Viña del Mar). Esto lo ocasionaron los trabajadores por los bajos salarios, y aquí los oficiales nos exigían actuar como si fuéramos profesionales de la salud.

Arreglas de que los comunistas se tomarían una escuela de la Armada eran anunciadas por la oficialidad y para ello, para estar preparados, tocaban un gong o pitos en la madrugada y todos debíamos vestirnos de combate, y hacer las formaciones anti-insurgencias, las que cuando se practicaban, se realizaban en calles públicas, para que

la población supiera que la Marina estaba siempre lista para cualquier evento que significara repeler algún enfrentamiento civil. Esto era común en las escuelas de la Armada, como en Las Salinas. Además, estas formaciones estaban disfrazadas de competencias deportivas, ya que de esta manera también eran vistas por quienes observaban, creando una incertidumbre de por qué se realizaban estos ejercicios, aduciendo además que sería el MIR quien atacaría.

En ese tiempo, existía una oficina de la armada norteamericana en la Escuela de Armamentos, la que era dotación permanente, y en ese lugar las reuniones se sucedían muy a menudo, cosa que antes no se originaba, dejando sospechas del motivo de esas “reuniones” entre ambas marinas, sospechas que se han ido explicando con el correr del tiempo. El siguiente año comenzó con una súper rutina de clases y de preparaciones militares, como dije, antidisturbios. Las clases fueron suspendidas en todas las escuelas, reiniciándose el mes de junio de forma repentina, ya que, de esta forma, los oficiales con jefaturas se reunían más a menudo que antes, en diferentes lugares de Valparaíso y Viña del Mar, como así también en regimientos del Ejército, principalmente en Coraceros de Viña del Mar. Pero nuestro norte era saber qué pensaban en las otras reparticiones respecto a lo que se escuchaba de los oficiales. A estas alturas, sabía con quién debía ser leal, y, por supuesto, conociendo lo que la ley dictaba, estaba claro que era con el gobierno de turno. Nuestro emisario, Nelson Bravo, nos informaba que había un grupo que quería tomarse los buques y atacar a los oficiales en sus viviendas; otros pensábamos que lo mejor era tomar prisioneros a los oficiales y encerrarlos en sus respectivos camarotes (en el caso de los buques) y en salas de clases en escuelas o en sus propias casas, dejándoles sin armas, las cuales requisaríamos y así, nos haríamos cargo de las salas de armamentos y armerías. Algunos queríamos actuar antes de que se iniciara el golpe, sin embargo, no había un acuerdo generalizado, pero sabíamos que debíamos oponernos a cualquier acción que fuera contra el Gobierno. Fue esto que llevó a tener reuniones con personeros del Congreso Nacional para informar nuestras sospechas,

por cierto que para estas reuniones solo irían algunos pocos, ya que las reuniones de oficiales de todas las ramas de las Fuerza Armadas conspiraban cada día más, y se hacía urgente que las autoridades políticas supieran qué estaban haciendo los oficiales de las distintas ramas. Para ello, también se les informó sobre los lugares donde se reunían y que investigaran, y todo esto debíamos hacerlo de forma clandestina para no ser descubiertos.

Fue así que llegados los meses de junio y julio las noticias nos empiezan a sorprender, se habían producido arrestos a marineros que estaban en la base aeronaval de Belloto, pero sin saber los motivos que los originaron; sin embargo, a nuestros oídos llegó el comentario de que se trataba de personal que estaba desconforme con el trato que recibían en esa base. El hecho que ocurrió dejó inconclusa la información que recibíamos, puesto que en Santiago ocurría un alzamiento que llamaron “Tanquetazo” o, algunos, el “Tancazo”. Un alzamiento militar en contra del gobierno de la Unidad Popular. Esto sucedió el 29 de junio de 1973, y su líder fue el Teniente Coronel Roberto Souper, del Regimiento Blindado N°2, quien fue derrotado por el ejército que, en esa época era comandado por el general Carlos Prats. Esta noticia acelera las reuniones con personeros del Congreso, para que informaran al presidente Allende que esto era un preámbulo de lo que se estaba denunciando. Pero pasa el mes, cuando el 29 de julio del 1973, el asesinato del edecán presidencial, perteneciente a la marina, el comandante Arturo Araya Peeters, hizo que a la tropa de la escuela en la que yo estaba se le informara que grupos terroristas habían cometido dicho delito y dejando o acallando lo que había sucedido en la base aeronaval. Esta noticia, que se le atribuía a grupos de ultra izquierda por parte de la oficialidad, quedó acallada por lo que decía la prensa oficial: que ese atentado lo había realizado un grupo de 32 integrantes de Patria y Libertad, grupo de ultraderechistas, cuyo fundador fue Pablo Rodríguez Grez; y que fueron detenidos y procesados por la fiscalía naval. No obstante, todos quedaron libres tras unos tirones de orejas, a excepción de uno de ellos que estaba fugado, Guillermo Claviere, y condenado a

tres años y un día como autor material del crimen. Pena que tampoco cumplió, ya que todos los conspiradores fueron indultados por Pinochet “por servicios prestados a la patria” y Guillermo Claviere, que nunca estuvo en la cárcel, fue indultado por Merino (en 1981).

Por esta fecha, mi lealtad se había definido y mi actuación ya no era pensar militarmente, sino pensar como ciudadano consciente y comprometido con el Gobierno que había sido elegido en los marcos legales establecidos en una constitución. Se le informa al presidente de la república, Salvador Allende, diciéndole que existen marineros que están organizados para una sublevación, a lo que el presidente anuncia que deben ser investigadas acuciosamente estas acusaciones —las que cree—. Y empiezan las detenciones, en las que el 6 y 7 de agosto de 1973 son llevados detenidos varios de los marineros que habían denunciado que los oficiales tramaban una asonada contra el gobierno, principalmente Toribio Merino. Ese mes continúan las detenciones. Hasta ese momento, conmigo aún no pasaba nada, sin embargo, al enterarnos (los de la Escuela de Armamentos) que habían detenido a varios de nuestros amigos, los fuimos a visitar a la cárcel donde, dicho sea de paso, nos relataron las formas en que los torturaron, lo que la prensa en esos días denunciaba (claramente la que no era derechista). Ellos decían que era mentira tal situación, y en esos momentos supimos la real dimensión de estos flagelos, pero, por otro lado, mis compañeros que estaban detenidos se comportaron como padres que cuidan a sus hijos al decirnos que nos alejáramos del presidio, porque podían detenernos ahí mismo. Recuerdo a los que nos lo dijeron: E. Zuñiga, J. Salazar, C. Espinoza, A. Salazar, J. Roldán, P. Lagos, y otros compañeros más, cuyos nombres no recuerdo ahora. Y así, rápidamente, nos fuimos.

Esto nos originó desazón (hasta hoy), porque las autoridades del Congreso y personeros de Gobierno no creían en nuestras denuncias, las que decían que se avecinaba un golpe de estado; a tal punto, que esta información llegó a oídos del Intendente de la época (el principal instigador fue Merino), Juan Orellana, interino, quien reemplazó a Carlos González Márquez. Luego, Allende le entrega

la Intendencia, también de forma interina, al abogado retirado del ejército, Hernán Concha Salas, y éste inicia sus funciones el 20 de julio. Esa misma tarde, se programa un cóctel de bienvenida al nuevo Intendente. Merino, el abogado Luis Vega, Emilio Contardo y el Ministro del Interior Carlos Briones asisten a él. En el evento, Merino acosa al ministro y a Vega, al decir: “hace 40 días no se han presentado las denuncias a los “marinos sediciosos”. A lo que Vega responde no poder hacerlo por motivos basados en hechos desconocidos.

Es tal la maniobra de Merino con las ansias de llevar adelante el golpe que le insiste a Vega que presione al Intendente para que este realice la acusación, cambiando, de esta forma, la tipificación del proceso a “Sedición y Motín”, para poder llevar ante la Corte Marcial de Valparaíso a los marineros “sediciosos” y así tener argumentos más contundentes para poder tomarse el poder del Gobierno con un golpe de estado. Los únicos que tienen el poder de cambiar la acusación son el Presidente, el Ministro del Interior o los Intendentes competentes (ley 12.927 de Seguridad del Estado), ya que la acusación de “incumplimientos de deberes militares” está en el Código de Justicia Militar, Art. 299, que aplica presidio militar menor en cualquiera de sus grados o con la pérdida del estado militar.

Luego, decidí visitar a un especialista en el Hospital Naval, un psiquiatra, al que le expliqué que no me sentía bien por el momento que pasábamos y que mi único interés era estudiar, pero habían suspendido las clases por todas las cosas que pasaban en el país. El médico, después de escucharme, me dio licencia médica hasta el 15 de septiembre, y aproveché para hacer mis cosas y viajar al Sur. Estaba preocupado, y eso me hizo regresar a la casa de mis padres, aunque también debía ir a la Escuela a solicitar la mensualidad, el pago del mes de agosto. El 10 de septiembre ingreso a la escuela para realizar el cobro de mi sueldo, a las 10:00, y me encuentro con Bravo, quien quería saber de la resolución de su petición de retiro de la institución (asunto que estaba firmado y solo debía esperar el día en que se concretaría). En el lugar también vi a Ojeda, el que empezaba la

petición para retirarse de la marina. A eso de las 11 de la mañana me despedí del oficial que era mi jefe directo, el Tte. 2° Escobar, quien me acompañó hasta la puerta principal diciéndome “nos vemos el 15” —sabía de mi permiso médico—. En las afueras de la escuela, me esperaban Bravo y Ojeda, querían saber lo que me había dicho el Tte. Y les conté, luego nos despedimos, pero antes nuestra conversación se derivó hacia los compañeros detenidos, porque seguíamos pensando que el 14 de septiembre se produciría la intervención de las Fuerzas Armadas contra el Gobierno (ya que las fechas fluctuaban en agosto, luego septiembre. No teníamos una fecha clave, pero estábamos seguros de que se produciría). Quedamos en reunirnos la tarde de ese día en casa de Bravo, ubicada en Quintero. Ojeda se fue con él y no a mi casa, donde estaba residiendo (ya que él era de Puerto Octay y poco y nada se veía con su familia). Así que me fui a la casa de mis padres y me cambié de ropas, de civil. A eso de las 18:00 me dirijo a Quintero, y lo que vi me inquietó: las calles de Viña del Mar estaban llenas de marinos e infantes de marina, atrincherados, con armamento pesado... Todo esto me puso en alerta, pero seguí el viaje, y al pasar por Las Salinas, la cosa estaba fea, se subieron al bus en el que viajaba varios uniformados. Uno de ellos pidió mi identificación; mostré mi tifa y el documento de mi licencia médica (nunca me separé de ella), y me dijo: “preséntese mañana, porque hay acuartelamiento grado uno”, a lo que contesté: “por supuesto, así me lo pidió el Tte. Escobar”. Eso nunca me lo dijo, yo sabía de inmediato lo que estaba ocurriendo. Camino a Quintero, todo estaba lleno de militares, yo solo quería llegar a mi destino y narrar lo que había visto. Esa noche no dormimos.

El 11, más o menos a las 05:00, escuchamos la Radio Magallanes, la que anunciaba lo que había visto camino a ese lugar. Pero también decían que las sospechas que denunciaban los uniformados (nosotros) eran ciertas, y leían la carta que mis compañeros torturados que ya habían sido detenidos le habían enviado al presidente Allende y a los trabajadores de Chile. En ella, los compañeros desmenten el bombardeo que supuestamente harían contra Viña del Mar

y Valparaíso y expresan haber buscado todos los medios posibles para comunicarles al pueblo y al Gobierno del golpe de estado que planificaba la oficialidad golpista de la Armada coludida con partidos políticos de derecha. Que sus jefes les explicaban que el gobierno marxista debía ser derrocado y limpiado el pueblo de sus dirigentes. Que la oficialidad golpista ejecutaría tenebrosos planes contra la clase trabajadora, y que ellos, marinos de tropa, también eran hijos del pueblo, por lo tanto, jamás harían fuego contra él. Que se les había flagelado y torturado criminalmente, y ofrecido cesar o dejarlos en libertad si es que cooperaban.

La existencia de esta carta la sabíamos, como también que algunos familiares se la habían hecho llegar al presidente. Por ello, cuando la escuchamos de esa emisora, no supimos cómo les había llegado para que ese día de madrugada la leyeran... Nos confirmó, además, que el golpe había empezado, aunque la asonada empezó a las 06:30 y que la orden partió desde Valparaíso, desde el edificio que hasta ese momento había sido la Intendencia. Mi desazón, tristeza y decepción de las autoridades que no escucharon las denuncias que habíamos hecho me produjo un profundo dolor, no por mí, sino por lo que le pasaría, en primer, lugar a mi familia y a la ciudadanía en general; ya que con el correr del día, se iba confirmando todo aquello que sucedería con las personas que pensaban diferente. Y que solo había uno de los dirigentes que nos había escuchado y creído de lo que pasaría, Miguel Henríquez, secretario general del MIR, y todo ese movimiento, que en los días de agosto marchaba por Valparaíso para que dejaran en libertad a quienes habían detenido, y denunciando las flagelaciones a que estaban siendo sometidos. Comunicaba ese mismo mes que estaban en condiciones de denunciar que a los detenidos y encerrados actualmente en la prisión naval “Silva Palma” de Valparaíso se sumaban varios marineros y trabajadores internados en el Hospital Naval de Talcahuano, a raíz de las lesiones sufridas en las torturas.

El caos era general en Quintero. Nosotros estábamos encerrados en casa de Bravo, quemando cuanto documento y libro compro-

metedor encontrábamos. Nelson tenía mucha literatura afín, escritos, etc. Parlamentábamos para saber qué hacer, y resolvimos salir, separadamente, en los momentos en que se podía, a ver cuál era la mejor salida de Quintero, dándonos cuenta de que todos los accesos estaban cubiertos por militares de caras pintarrajeadas (eran de la base aérea de la FACH). Nos quedamos en la casa a lo que fuera, no existía miedo, teníamos alguna esperanza con lo que cada uno tenía como argumento probatorio de nuestra ausencia, aunque sabíamos que no era una coincidencia el estar juntos.

Pasado tres días del fatídico 11, el viernes 14 a las 21:00, la ciudad se llenó del ruido de disparos, a diestra y siniestra, gritos de “¡No se muevan, alto o mueren, tírense al suelo, ahí cayó uno, mata a ese otro!”. Y nada de eso vimos, ni siquiera nos asomábamos a la ventana. Al día siguiente, Nelson salió a comprar pan, y a su regreso nos dice “el señor de la panadería dice que habían matado a 5 personas que estaban esperando movilización y que para él era el último día que vendería pan y otras cosas que tenía”. Fue el primer conocimiento de personas asesinadas. En la tarde de esa jornada del 15 de septiembre, veíamos pasar camiones repletos de personas, ¿hacia dónde iban? Ni idea. Pero al atardecer, todas las casas estaban tapando sus ventanas con frazadas... Esto era realizado por militares y, curiosamente, la casa de Nelson pasó por alto, cosa de la que nos dimos cuenta y lo comentamos. Fue el día en que nos abrazamos, pero sin alarmar a la esposa de Nelson, Ángela, ni a sus dos pequeños hijos.

El día siguiente, las 19:00, estando sentados esperando no se qué (cada uno de nosotros esperábamos alguna arremetida; Nelson, de esa ciudad, además, alumno del liceo de esa localidad; de alguna manera algo sabrían de él como integrante del movimiento revolucionario), sabíamos que nos andarían buscando de la Armada y que tarde o temprano llegarían a nosotros. Hasta que, luego de un fuerte ruido en la puerta y el perro que dejó de ladrar después de un balazo, entraron a la casa 6 militares a punta de fusil ametralladora

M16, con su bayoneta calada (puesta en el cañón), apuntándonos y sacándonos al patio en donde nos pararon con las manos en alto contra el muro. Nos pusieron a Ángela y sus dos pequeños, uno en brazos y el otro de la mano, yo, José y Nelson, mientras registraban la casa rompiendo lo que encontraban a su paso. Y encontraron el uniforme de Nelson y José, además de un afiche detrás de una puerta del Che Guevara. Mientras afuera, algunos de esos militares que se quedaron custodiándonos nos golpeaban con las culatas de esas armas, querían saber qué hacíamos. Y justo en ese momento, aparecen los que habían entrado a registrar, preguntando de quiénes eran los uniformes de la Marina que estaban ahí, a lo que mis amigos contestaron que eran de ellos. Por supuesto, a culatazos me preguntaron quién era yo, a lo que les di mi grado y procedencia, diciendo que también era de la Armada, pero que estaba con licencia médica. Que lo demostrara, me dijeron; saqué el documento que acreditaba tal condición y nunca más vi ese papel.

Al cabo de algunos minutos, los niños se pusieron a llorar. Nelson había sido “clavado” con un yatagán, y dio un grito terrible, y el alarido de dolor asustó a los niños, que empezaron a llorar. El oficial (Tte. de aviación Almarza) ordenó a uno de ellos que lo hiciera callar, y éste le lanzó un culatazo, sin contar que yo lo miraba, así es que me lancé sobre el niño para protegerlo y la reacción del militar fue invertir el arma y retirarla de inmediato, pero había puesto mis manos para aguantar el golpe y al retirar el arma, tajea mi dedo pulgar, y al apoyarse en mi mano, también la palma. Sangro bastante, y al pararme veo también sangrar a Nelson de su costado izquierdo... fueron momentos en los que solo quería desaparecer. Luego, nos trasladaron en un camión, pero no sin antes pasar por distintos lugares de los que sacaban a personas y las “tiraban sobre nuestro”. Creo que se llenó el camión, todos nos bajamos de él vendados los ojos (lo hicieron cuando nos sacaron de la casa). Nos llevaron al interior de esa base de la FACH, nos sacaron la venda y empezó el interrogatorio en forma separada. Mientras interrogaban a mis compañeros, a una persona militar que ahí estaba le pregunté cómo se llamaba el oficial

que me había llevado a esa oficina y me contestó “Tte. de aviación Almarza”. Así supe el nombre de ese oficial de cara negra al carbón con pintura de guerra que había hecho el allanamiento en casa de mi amigo. A las dos de la mañana, nos trasladan a la repartición de origen, la Escuela de Armamentos de Las Salinas. Nos recibe la guardia que en esos momentos estaba y llaman al Comandante, quien vivía al lado de la Escuela. Ordenan a que nos lleven al segundo piso, lugar de las salas de clases y mi primer sobresalto fue escuchar golpes y gritos de mujer... la estaban torturando. Fue entonces que por detrás nuestro nos toman y con algunas patadas, nos tiran al suelo, nos amarran y nos ponen capuchas. Ahí empieza lo que es sentir golpes de toda clase, patadas, culatazos, el teléfono (golpes de mano en las orejas), combos, etc. En la madrugada o quizás en la mañana temprano, soy conducido a la cancha de fútbol (conocía la escuela de memoria, estuve bastantes años ahí) y sabía dónde pisaba, veía mis zapatos y el suelo, estaba oscuro. En esa cancha, a un costado, existía un paredón de barro con paja, donde los oficiales practicaban tiro de pistola; me pararon delante de él y me informaron que me fusilarían. Sin embargo, me dieron a elegir que diera los nombres de todos los miembros de la escuela que estaban involucrados. Sin que dijera que era Bravo u Ojeda, contesté de inmediato “solo somos los tres, nadie más está en esto”, y me llegaban patadas y combos de quienes me sostenían de cada brazo; las preguntas se sucedían y me preguntaban si conocía a fulano o zutano, a lo que les contestaba que sí, y no me podía negar, ya que sabrían igual si era cierto o no, puesto que a muchos sí los conocía, habían estado en la escuela y con muchos fuimos seleccionados deportivos; por lo tanto, no les mentí, pero tampoco dije algún nombre que no había salido en alguna lista. A los golpes, mis gritos debieron escucharse en toda la región, sabía por el maestro de artes marciales que el grito da fuerza y mitiga dolores de golpes, y lo usé en todos los interrogatorios que me hicieron con golpes; “cagaste” fue lo que me dijeron, “hoy mueres como traidor a la patria, te fusilaremos y ahí al frente está el mar y te comerán los pescados”. En realidad, lo que sentí en ese momento fue un hilo

frío correr por mi espalda, pensé en mi familia, en mis amigos, en todo el mundo; estaba aterrado, pero fueron muy pocos segundos, porque sentí el tirón en mis brazos y dije: “solo no me voy, cada huecón que me tiene sujeto se irá conmigo”. Sentí la preparación de las armas y la voz de ese oficial que no supe quién era —yo estaba encapuchado—, y el tirón que realicé y la ráfaga que suena con eco aterrador por el silencio que había y que llega a mis oídos, sin dolor, sin angustia, sin conciencia. Solo recuerdo que me levantan del pelo, me tiran sobre una silla y me sacan la capucha. Detrás de un escritorio estaba el Capitán Cárdenas, jefe de estudios de la Escuela, haciéndome mil preguntas, diciéndome, además “Tobar, ¿acaso se cayó que está sangrando?”. Ese capitán había sido nombrado fiscal, pero se declaró incompetente. Habían pasado más o menos cinco o seis horas y hasta ese momento no me había dado cuenta de que mi espalda sangraba bastante; luego del interrogatorio, alguien me dice por detrás —nuevamente estoy encapuchado— “desde la cancha te trajeron a patadas y un marino te clavó un yatagán a cada lado de tu espalda”. Claro, en ese momento me llevaban al policlínico que existía en Las Salinas y me cosieron por ambos lados, debajo del omóplato, así nada más, y lo hizo un enfermero estando yo sentado en la camioneta, en la parte de atrás. Creo que a Nelson también lo llevaron, no estoy muy seguro, estaba muy adolorido, y dicho sea de paso, nunca nos pusieron juntos. Si dormí algo, no lo sé, solo recuerdo que estuve en el paredón.

Esa tarde, 18 de septiembre a las 18:00 nos trasladan en un bus de la Armada, encapuchados (como si no conociéramos el lugar de llegada) hasta el cuartel Silva Palma, la cárcel para uniformados de la Armada. Hasta antes del 11 de septiembre, ese lugar cumplía la función de mantener detenidos a los marinos que cumplían castigos de arresto con más de 30 días, porque con menos, se hacía en las reparticiones de origen. Llegados ahí, nos lanzan como sacos de papa sobre un camastro, a mí me lanzan sobre la cama de J. Salazar, el cual me reconoce, pero otros, recuerdo, que no conocíamos, gritaron “cuidado con éstos, no vayan a ser sapos”; pero de inmediato Salazar,

Zúñiga, y Espinoza, que nos reconocen, les dicen que tienen que ayudarnos, porque éramos de la Escuela de Armamentos. Sumamos algo así como ochenta o más, y a la postre fuimos 88 los que estuvimos presos. Muchos por falta de méritos fueron puestos en libertad (alrededor de 200 sumábamos en total, según los procesos).

El interrogatorio que me tocó, sin describir la tortura propinada, se basó en acusarme de que era un infiltrado del MIR (me lo decían por el póster que encontró la FACH en Quintero, del Che Guevara), pero que este movimiento nació el año 1965, y empecé mi carrera militar el 1964, por lo que era cómplice del plan Z, y hasta esos momentos nos acusaban de que nosotros lo habíamos planeado, que estaba en la Marina para preparar guerrilleros, que queríamos matar a los oficiales, que nos tomaríamos los buques para bombardear Valparaíso, Viña del Mar y casas de los oficiales... y un sinnúmero de falsas acusaciones, a las que me negaba rotundamente. En cada pregunta, los golpes de diferentes formas caían sobre mí, provocando dolores intensos, y por cada negativa que daba, ellos me decían que me condenarían a muerte, porque estábamos en tiempo de guerra, que matarían a mi familia si no cooperaba (a mis padres ya les habían informado que había sido fusilado cuando ellos me buscaron). Estas y otras interrogaciones las realizaban en la Fiscalía Naval, y ahí además usaban las torturas psicológicas como las descritas. Cuando nos trasladaban desde el Silva Palma a la Fiscalía, me llevaban encadenado, lo hacían entre los pantalones, y me decían lo que se les ocurriera con tal que les dijera quiénes más estaban involucrados; a cada interrogatorio nos llevaban separadamente y a cada uno le preguntaban por el otro. Estuve en el cuartel hasta el día que me hicieron Consejo de Guerra (caratulado A-14), el 24 de octubre de 1973, en donde me acusaron de “Deserción Calificada en tiempo de guerra” —¿cuál guerra?—. Nada pudieron probar, pruebas en mi contra fueron los registros de las calificaciones anuales, que no eran las originales, sino según se lee en el expediente, copias fieles de los originales, no dejaron que mi abogado comprobara dichos antecedentes, pedían para mí cinco años y un día, quedando finalmente

en tres años y un día de cárcel, al igual que a José Ojeda. A Nelson Bravo, porque estaba con su decreto de retiro aprobado, lo dejaron en libertad desde ese día, y recuerdo que todos quienes lo conocíamos le pedimos que saliera del país de inmediato. Y lo que su padre hizo con él fue llevarlo a Argentina (en 1978 regresó, era patriota y con el llamado de Pinochet, que creyó, fue detenido en Concepción. Esa es otra historia).

El paso por Silva Palma, de dos y medio meses, se hizo largo, lleno de incertidumbres. A pesar de haber sido condenado a tres años y un día, la tortura psicológica continuaba, había personal que se encargaba de ello. Sin embargo, el apoyo recibido por mis compañeros fue un tremendo alivio, e igualmente lo hacía cuando hablaba a compañeros más jóvenes que yo; mutuamente nos la arreglábamos para darnos ánimo y mucha solidaridad. Vimos llegar a muchas y muchos detenidos que iban a ser interrogados, los encerraban en una especie de celdas de no más de metro y medio en donde permanecían parados, y a veces debí llevar algún alimento, mandado por nuestros custodios. Y pudimos cruzar solo algunas sílabas, no nos dejaban hablar, solo señas cuando poníamos algún cigarrillo, un fósforo y un pedazo de raspador en su interior (el plátano era perfecto para eso).

La llegada a la cárcel fue llegar a un mundo totalmente desconocido, encontrarse con cientos de personas que habían pasado lo mismo que me tocó soportar, torturados de diferentes formas, personas que habían sido encarceladas en buques mercantes, en la Esmeralda, en centros de torturas que se habían habilitado para los efectos, jóvenes estudiantes, personeros del Congreso Nacional, gentes comunes que por el solo hecho de pensar diferente habían sido detenidos y castigados con las más atroces de las torturas, sin diferencias de edades, ancianos, hombres de negocios, etc. Todos separados de los otros presos, nos hicieron ocupar el tercer piso de la cárcel, tercera galería, y desde la segunda a la primera eran solo reos por delitos comunes; aunque el patio (cancha) era un espacio común al que accedíamos con algunos temores de encontrarnos con

estos reos, de los que se nos decía que eran peligrosos; sin embargo, aprendimos a sobrellevar esos peligros sin hacer nada más que entender sus motivos y ganarnos su confianza, para así obtener el respeto que aisladamente, a veces, ellos nos faltaban. Éramos todos para todos, en caso de algún problema.

Relacionarme con los demás presos políticos fue extraordinario, todos de diferentes pensamientos y posiciones sociales, que sin hacer distinciones fueron enormes aportes. Pasó lo mismo con mis compañeros que estaban separados de los civiles, en una especie de teatro que existía en la cárcel, al costado de una mini cancha que había; el reencuentro fue muy emotivo, algunos lloramos, nos abrazamos y contábamos nuestras experiencias pasadas, las que fueron originadas por los mismos compañeros de armas, encargados de tenernos detenidos y que en algunos casos, hasta nos interrogaban. La solidaridad estaba a flor de esas pieles que ya estaban casi aclimatadas en esa cárcel. El compañerismo con algunos de ellos ya se había plasmado cuando aún éramos uniformados, con los demás, que conocí ahí, empezaron a florecer nuevas y ricas amistades, ya que cada uno ponía de lo suyo para que así sucediera. Cada uno de nosotros puso de sí para consolidar el compromiso adquirido en defensa del país cuando denunciábamos que las Fuerzas Armadas darían un golpe militar. ¿Quiénes fueron desleales con el gobierno que había sido elegido por el pueblo? Cada uno de ellos, los golpistas, se ufanaba de haber “limpiado a las FF.AA. de traidores”, sin embargo, sabíamos que eso era lo contrario, que nuestro proceder fue apegado a las normas dictadas en las leyes, que respetábamos la Constitución que regía en esos momentos, leyes y normas que nos habían enseñado cuando ingresábamos a las filas de la institución. Nunca se nos dijo que nos enseñaban para propiciar un golpe de estado, en ningún reglamento sale eso y ellos contravinieron dicho mandato de la ley.

Aún en el año 1973, noviembre y diciembre, fuimos trasladados en camiones, encapuchados y amarrados cual saco de papas, hasta

Colliguay (hasta el momento en que se nos trasladaba, no sabíamos nuestro destino), un campo de prisioneros de guerra y presos políticos. Algunos de mis compañeros habían sido sacados con antelación de la cárcel hacia ese destino, habían ido a construir dicho campo, levantando alambradas y medias aguas como celdas de encierro. Le pusieron varios nombres: Operación X, Isla Melinka o Isla Riesco, esto con el fin de desorientar a familiares que preguntaban por nosotros. El panorama que vimos al quitarnos la capucha fue desolador: alambres de púa alrededor, cerros inhóspitos, suelo gredoso y seco, el sol quemando con furia, y una voz que daba miedo al escucharla, el Tte.2° González. El encargado de ese campo fue, primeramente, el sargento infante de marina Aguayo, el que con un grupo de marineros detenidos, construyeron el lugar; luego, quedó a cargo el Tte. 2° (OM) González, para quedar, posteriormente, el suboficial (IM) Arancibia, que decía “que ahí se haría lo que él mandase, que no estábamos de vacaciones, que tendríamos un régimen más que militar y si obedecíamos nadie saldría lastimado”. Empecé a imaginar lo peor.

Y otra vez conocimos nuevas personas, también de diferentes partes, diferentes oficios, estudiantes, congresistas, alcaldes, regidores, trabajadores, obreros, etc., etc. Siendo cada uno de ellos un padre, un hermano, un amigo, un profesor, que ponía su voluntad para atender a los que llegábamos a ese campo, prestando todas sus capacidades para hacernos sentir bien.

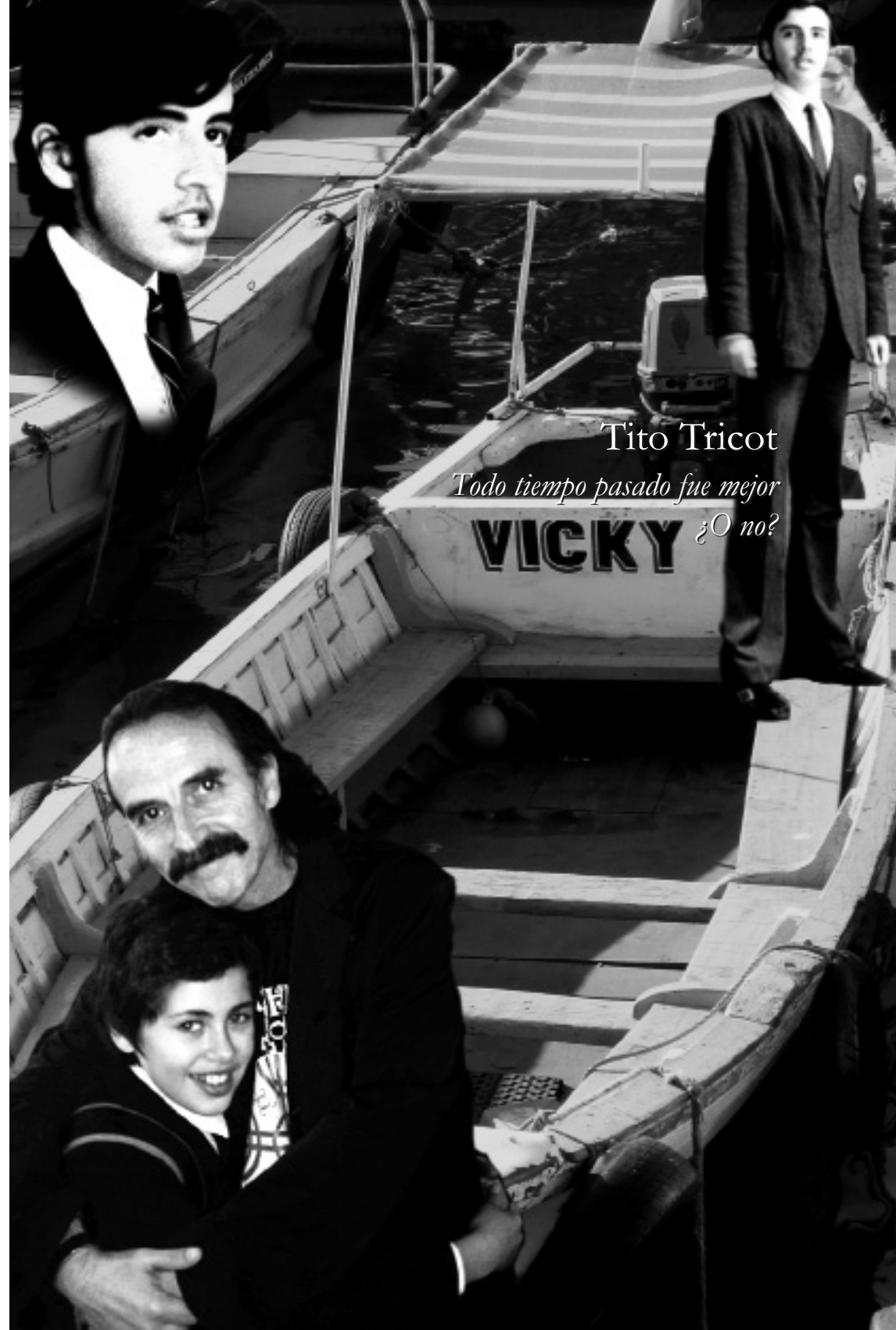
Los talentos afloraron, los deportes se sucedían, como también las amenazas por parte de quienes nos vigilaban; la tortura psicológica la aplicaban en todo momento, nos hacían cantar la canción nacional con aquella estrofa que los golpistas impusieron agregar, la debíamos cantar en la mañana y al ocultarse el sol por la tarde, nos hicieron cavar un pozo en suelo gredoso para tener agua (porque nos entregaban un vaso para beber y este pozo serviría para obtener algo más). Sin embargo, era agua llena de lodo, y servía para sumergir a alguno por razones de antojo o castigo.

Por momentos, el miedo se hacía sentir, sobre todo cuando me sacaron de ese campo, me amarraron y me pusieron una capucha. En realidad, fue a un grupo de los que estábamos ahí, nos embarcaron en un camión y sentimos los mismos saltos que daba el camión por aquellos cerros sin caminos, el tiempo parecía no pasar, y después de mucho tiempo, la suavidad se sentía y hasta el olor a mar llegaba a mi nariz, aunque nada veíamos. Al fin llegamos a destino, un bosque a la derecha y a la izquierda unas casas tipo A, y alguien gritó, cuando le fue sacada la capucha “son las casas de veraneo que construyó el compañero Allende para los trabajadores... estamos en Ritoque”. Lo hicieron callar, nos sacaron las amarras y nos ordenaron seguir a quien oficiaba de jefe: “deben sacar esos materiales que vienen en ese camión...”. Era madera y mucho alambre de púa, clavos y herramientas, todo para cercar dicho campamento de veraneo, el que luego de algunos días se convirtió en campo de prisioneros políticos. Después de la descarga de dicho material, retornamos a Colliguay, habíamos salido a eso de las 10:00 y nuestra llegada fue a las 19:00. No participamos en alambrear dicho lugar. Cada episodio vivido fue una situación de incertidumbre, no se sabía nada de nuestra situación, se vivía el día sin saber qué pasaría, ya que algunas noches se escuchaban disparos y luego nos decían que eran terroristas que trataban de atacar ese campamento... Nunca escuchamos o vimos personas que no fueran uniformados.

Con la llegada del gobierno de Salvador Allende se debate acerca de las reformas necesarias en la Marina, y circulan informalmente comentarios acerca del trato y los derechos a pesar de mantener algún pensamiento diferente. Algunas de las demandas fueron: rancho único, suspensión del uniforme y de saludos militares obligatorios fuera del trabajo, absoluta libertad de lectura y regulación de los allanamientos a los cajones personales, participación de la tropa en la evaluación de personal, facilidades para proseguir estudios dentro o fuera de la Marina, fin del maltrato y los castigos absurdos, derecho de asociación y sindicalización, derecho a voto y fusión de la Escuela Naval y de la Escuela de Grumetes en una Escuela Náutica,

donde los mejores accedan al mando. Pasadas todas las experiencias relatadas, dejando el regreso a la cárcel de lado, siempre anhelé pertenecer a las FF.AA., sobre todo en la Marina de guerra; sin embargo, lo anhelaba pensando en una institución democrática, en la que se eligieran a los mejores para ser quienes dirigieran o dirijan las FF.AA., en donde cada persona demostrara hasta dónde podría llegar, escalara hasta lo más alto con sus capacidades y talentos, y no en forma vertical, como hoy se hace. Deberían ser los mejores y para eso debería existir una sola escuela desde la cual se graduaran aquellos que así lo demostraren.

El pasado reciente ha mostrado la forma como se han comportado los oficiales, no tan solo con el personal existente dentro de las filas, sino con una ciudadanía que sufrió con el golpe de estado; tienen como consigna haber nacido con la patria, pero han dejado al personal subalterno en despoblado por ser de clase media hacia abajo. La oficialidad nace de los apellidos, o porque alguno es descendiente de algún personaje de la historia de este país, o simplemente por heredar apellidos de ingleses, franceses, alemanes, etc., y que tienen las condiciones para pagar los altos aranceles para poder pertenecer a dicha elite. Yo sólo quería ser marino, pero en la Armada no hay democracia y por eso se dio el golpe.



Las sombras de la noche ocultaban otra noche, más espesa, más oscura, cuando de repente un comando de la CNI irrumpió violentamente ante mi inexistente asombro, porque sabía que algún día iba a suceder. Resistí como pude —sin considerar ni un segundo las claras posibilidades de la muerte—, pero eran demasiados. Salieron de la casa, de los arbustos, de otras sombras. Ya inmovilizado, boca abajo, respirando agitado sobre el angosto trecho de cemento, un agente se para detrás de mí, pone la pistola en mi nuca y me dice: “Tengo la bala pasada, si te *moví*, te mato”. Fue en septiembre de 1987. Catorce años antes, otro septiembre, en Valparaíso, un suboficial de la Armada le ordena a un marino apuntarme con el fusil en la espalda y le grita: “Si se mueve, mávalo”. Dos momentos terribles congelados en el aire; un vuelo rasante que te seca la garganta y te estremece entero, aunque intentes mantener la calma. En Santiago de noche, en Valparaíso de día, pero en cada ciudad la misma violencia, el mismo desprecio por la vida. Era el 11 de septiembre, un mes extraño, de luces y sombras, de alegrías y sinsabores en la historia de nuestro país, incluso antes de que fuera Chile.

Y es que también hubo el once de septiembre mapuche. Cuando la noche era calma como tantas otras, a lo lejos resplandecían millares de estrellas que se reflejaban desafiantes en los yelmos del conquistador hispano. Estos reían socarronamente mientras contaban las monedas del día, agradeciendo a Dios por esta tierra generosa que les había dado sin preguntarle al mapuche, porque eran simplemente indios. Pero el indio tenía sus propios dioses, más dignos, más valientes y tan antiguos que eran sabios y astutos. Y esa noche, agazapados entre la incipiente garúa y los arboles de su milenaria dignidad, un millar de mapuches atacó la recién fundada ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, allí, a los pies del río Mapocho. Y los españoles lloraron sobre sus riquezas, mientras los mapuches incendiaban la ciudad incrustada sin permiso sobre su tierra. Fue el once de septiembre de 1541 en la madrugada cuando Michimalonko, Alcana y Trangolonko lideraron el levantamiento contra aquellos hombres extraños venidos de ultramar que soñaban con oro cuando el mapuche pensaba en libertad. Entonces todo cambió para siempre. Como la vida tranquila de Valparaíso cuando el golpe lo golpeó de cerro a mar, le estremeció hasta los huesos, le oscureció la mirada, le clavó la muerte en la espalda. Y los porteños estupefactos y los porteños llorando y los porteños sonriendo y los porteños divididos aquel martes fatal. Yo saliendo de mi casa en Playa Ancha, armado con un revólver calibre 22, pensando que solo podía enfrentar a las Fuerzas Armadas de Chile. Ingenuamente, por cierto, pero orgulloso de ser un comunista que iba a ofrendar su vida en la defensa del gobierno de Salvador Allende. Es más, absolutamente confiado de nuestro triunfo, hasta que en la reja de entrada al edificio se congregó un grupo de vecinos que demostraba su alegría aplaudiendo a los camiones repletos de militares que descendían raudos por la empinada calle que comenzaba en la avenida Playa Ancha, descendía por General Del Canto y terminaba en Camilo Henríquez, antes de caer sin pausa por la subida El Membrillo. Puro cerro, puro puerto, donde se enseñoreaba ahora el fascismo y yo sin poder comprender la actitud de aquellos vecinos —gente común y corriente—. Enton-

ces, les gritaba: “¿Qué están haciendo, que no se dan cuenta que esto es el fascismo?!” Su respuesta fue continuar aplaudiendo e izar la bandera mientras entonaban la canción nacional. Al llegar a la estrofa “o el asilo contra la opresión”, yo y un amigo tan joven como yo, rugíamos al unísono, con rabia y desafiantes: “¡revolución!”. Un vecino se acercó para enfrentarme y lo golpeé y lo pateé, no sé cómo ni dónde, sólo recuerdo que cesó el alboroto y se acabó la canción nacional. De inmediato corrió desde el otro lado de la calle un grupo de marinos de la Escuela de Sanidad Naval, trasladándome hasta la instalación; me obligaron a poner las manos sobre el muro. Fue ahí cuando me amenazaron con matarme si me movía. Pasó un tiempo, quizás cuánto, antes de que me subieran violentamente a una ambulancia y me tendieran en el piso del vehículo para llevarme al estadio Playa Ancha. El mismo estadio donde había ido tantas veces a ver los partidos del Wanderers, en las tardes, en las noches, a ver a aquellos hombres intocables, ídolos que nos hacían soñar que alguna vez seríamos jugadores de fútbol y, por supuesto, seleccionados nacionales. Los conocía bien, porque de niño viví a pasos de la sede del club cuando estaba en la calle Lira, en pleno centro de Valparaíso. Con mis amigos lo visitábamos con la esperanza de cruzarnos con algunos de los jugadores, y casi siempre teníamos suerte. Una tarde nos sonrió amable, o al menos así creímos, Juan Olivares, inolvidable arquero del Wanderers del que casi nadie se acuerda. Era pequeño, taciturno y vestía siempre de severo negro y con un gorro de jinete de carrera de caballos. Nadie pensaba que podía ser arquero, pues era demasiado breve para tanto espacio entre los tres palos, pero él volaba como ninguno, y dejaba atónitos a los incrédulos. Él, que llegó a ser portero de la Selección Chilena, nos sonrió mientras subía, alado, las alabastradas escalas del club. Pero en Wanderers se escondían muchos e inesperados misterios. Uno de ellos fue Pedro Haroldo de Barros, un jugador brasileño que llegó al equipo desde algún ignoto lugar, al menos desconocido para mí. Un tío periodista deportivo que trabajaba en el desaparecido diario *La Unión*, me llevaba al fútbol y a las veladas boxeriles de los sábados

por la noche en el Fortín Prat. En esas noches de fútbol, donde en la caseta de los periodistas y relatores se servía Coca-Cola con malicia para el frío, empecé a escuchar los primeros rumores sobre Haroldo de Barros. No entendía muy bien de qué se trataba, aunque me llamaba la atención que los comentarios siempre fueran acompañados de risas cómplices. No fue hasta bastante tiempo después que mi tío Enrique, que en realidad no era tío, me contó que Haroldo era famoso por tener un pene gigante de negro y, además, negro. Ante mi escepticismo, que era más bien curiosidad, me dijo: “Ven, te voy a mostrar”. No tuve tiempo de asentir o disentir, me condujo al camarín norte del estadio donde se encontraban los jugadores del primer equipo preparándose para el partido. Allí, tendido en una camilla y cubierto con una toalla blanca se hallaba el brasileño. El tío le dijo como si nada: “Pedro, venimos a ver si es verdad o no lo que cuentan por ahí”. El negro lo miró entre extrañado y complacido, se removió la toalla y se rió con toda su alba dentadura exclamando: “¿Qué crees tú?”. El tío Enrique miró al colosal animal, bajó la mirada, me miró a mí y murmuró algo así como: “Mejor nos vamos”.

A ese estadio me llevó la ambulancia. Al descender del vehículo flanqueado por marinos, vi a cientos de hombres, obreros con sus cascos, estudiantes, qué sé yo, mucha gente. Al ingresar por la puerta principal, pude ver que a todos los forzaban a subir por las escalinatas y desaparecer en la cancha. Eran trabajadores de la KPD, fábrica de construcción de departamentos donada por la Unión Soviética al Gobierno Popular y que se encontraba ubicada en El Belloto. También estaban los obreros de los astilleros Las Habas, sita relativamente cerca, en plena avenida Altamirano. Mucha gente, más asombrados que temerosos, más expectantes que aterrados, creo. Porque nunca hablé con nadie, es que al llegar al estadio un oficial le preguntó a la patrulla que me traía de dónde venía, qué quién era; al darse cuenta que no venía de ninguna fábrica, sede de partido, radio o universidad, ordenó a los marinos dejarme en el rellano de una escalinata lateral. Al parecer, el oficial se desconcertó conmigo, con mi esmirriada figura, mi juventud, mi inusual procedencia, mi

arribo en ambulancia. O simplemente fue demasiado para él pensar qué hacer con alguien tan insignificante, cuando tenía el estadio ya atiborrado de marxistas subversivos. Para ser franco, yo tampoco sabía qué hacer empinado en ese atalaya privilegiado, observando los centenares de personas que entraban por la reja central entre trastazos y gritos, para ser arreados hacia la cancha de fútbol. De repente, apareció al mando de una patrulla de cadetes un amigo alférez, armado con un fusil para la guerra. Me quedó mirando asombrado y me preguntó: “¿Y tú qué haces aquí?”. No supe qué decirle, sólo me encogí de hombros y farfullé un no sé. Me atisbó un segundo y se fue corriendo con su tropa de soldaditos. Ni una palabra de pesar, ni un “lo siento”, ni siquiera una sonrisa triste de solidaridad. Nada. Él, mi amigo, mi vecino, cómplice de mil noches, de fiestas, de pololas. Él, Patricio Gajardo, mi vecino, a quien le cuidaba su polola ante sus celos enfermizos. Y era linda ella, “demasiado para tí” le dije muchas veces. Demasiado. Se enojaba, pero éramos amigos, de uniforme o sin él, de cadete o de civil. Por eso nunca imaginé por un momento que él sería parte de esta guerra absurda, que aparecería de la nada vestido para matar. Que no hiciera nada por mí, que se alejara entre fusiles y bayonetas y me abandonara a mi suerte. Él, mi amigo que posteriormente fue agente de la DINA y de la CNI, quizá a cuántos compañeros torturó o asesinó, quizá a cuántas mujeres violó o asesinó. Hoy trabaja en Perú como consultor internacional en administración logística a empresas. Creo que cuando se escabulló tranquilamente sin ayudarme, fue ese el instante preciso en que tomé conciencia de que esto era en serio, que nada nunca volvería a ser igual, que en las alturas de Playa Ancha, donde el viento es amo y señor, se detuvo el tiempo, y el viento se convirtió dócilmente en una masa gelatinosa que aplastaba los hombros y las esperanzas. Era como un muro invisible contra el cual uno se estrellaba una y otra vez tratando de despertar de aquella pesadilla. Y uno tratando de escapar, y el infernal ruido del helicóptero sobrevolando tus sueños cercenados de golpe, de golpe militar. De pronto, más gritos y órdenes y “a este comunista mándenlo pa’ ca”, y más

bramidos, mientras me arrastraban al camarín norte del estadio, el mismo donde había estado con el tío Enrique. Pero no estaba el brasileño, ni los jugadores, ni el clásico olor a ungüento mentolado, sino que sólo alaridos, sangre, quejidos. Me tiraron a las duchas, a pararme con las manos en la nuca en el agua apozada. Pero ni el frío ni la incomodidad me preocupaban, mi horror era escuchar los gritos destemplados de aquellos jóvenes con sus manos atadas a la espalda con alambre de púa. Tenían pintado con sangre en sus frentes las letras PM. Después me enteré que eso significaba que estaban destinados a morir. Los oficiales de la Armada torturaban con ahínco, gozaban haciéndolo, se habían inventado una guerra a su medida: con un enemigo desarmado y fácil de doblegar. La guerra ideal en medio de un torbellino de olores, manos, pies, dientes, agua, sangre, piel, gritos. Si alguien me hubiese preguntado en ese momento por Salvador Allende, no habría sabido qué decir; y por las armas que teníamos, menos. Entonces, seguramente la tortura y “¿dónde están las armas?”. Y uno sin saber nada y preguntándome a mí mismo en total silencio ¿Y dónde mierda están las armas que el partido nos garantizó que tendríamos en el momento justo? Y este era el puto momento justo, y hace semanas era el momento justo, y hace meses era el momento justo, y hace años era el momento justo y la puta que lo parió. Pero todo pensado en silencio, callado, muy callado, intentando evocar cuentos antiguos, leyendas porteñas, veranos intensos, como cuando en Playa Ancha, el cerro de los vientos donde nada permanece en el mismo lugar por más de un segundo, no había una gota de brisa, tan sólo un hálito sofocante que quemaba las pestañas y adormecía el espíritu. Incluso en el cementerio local se oyeron susurros y sonidos de huesos viejos mientras las calaveras más osadas enrumbaban hacia la costanera en busca de un poco de aire. Un antiguo panteonero del lugar, conocido por su seriedad ante la vida y la muerte ajena, relató una noche de invierno a una amante ocasional que mientras se cobijaba bajo la sombra de un aroma vio cómo un muerto nuevo llevaba en sus hombros a un muerto antiguo en medio de una sonajera de huesos que lo desper-

tó de su modorra y le dio el susto de su vida. La verdad, le decía el panteonero a la incrédula muchacha, es que no supe qué hacer y solo me quedé mirándolos boquiabierto cuando escalaron el muro y se perdieron en la ladera del cerro. Sin embargo, luego de un rato, la curiosidad pudo más que el temor y el viejo marino, curtido por las eternas noches de invierno en altamar, se asomó al improvisado otero de la necrópolis de la ciudad para ver con sus propios ojos que todos los muertos del cementerio estaban tomando sol desnudos en el día más caliente de la historia de Valparaíso.

Pero se me seguían apareciendo las malditas armas, las promesas incumplidas, los levantamientos armados, los grupos de auto-defensa de las Juventudes Comunistas: la AD, misteriosa y secreta, con una pieza especial en el local del regional de la Juventud en Almirante Montt, en el corazón de la Plaza Aníbal Pinto. Nadie podía entrar en esa habitación, estaba categóricamente prohibido, aunque por la ocasional puerta entornada se avizoraban cascos, linchacos, palos, coligües y objetos desconocidos que después supimos eran trofeos de guerra. Lo supimos, porque en el torbellino que significó en el puerto todo el período pre-golpe militar, salíamos de safari después de las manifestaciones de la derecha. Ellos, el comando Rolando Matus, Patria y Libertad, el Partido Nacional y la Democracia Cristiana, estaban mejor armados, uniformados y entrenados por militares y, en el caso de Valparaíso, por oficiales de la Armada. Entonces, esperábamos que finalizaran sus manifestaciones en el centro de Valparaíso, realizadas habitualmente entre la plaza Victoria y el parque Italia, que durante el gobierno de Allende fue rebautizado como la Plaza del Pueblo. Ahí, cuando se dispersaban e iban quedando los rezagados, salíamos nosotros en pequeños grupos a cazar fachos. Los identificábamos fácilmente, caminaban alegres y confiados por la avenida Pedro Montt, se sentían seguros con sus uniformes, sus cascos y sus armas. Hasta que en un remedo de ataque guerrillero los atacábamos como un relámpago, los golpeábamos con toda la rabia del universo y salíamos corriendo con cualquier trofeo para aquel cuarto secreto, que ya no lo era tanto. Pero no hay duda de

que a esas alturas la confrontación era asimétrica: los partidarios del gobierno y la izquierda en general fragmentada y desorganizada, confiada en no sé qué y, por su parte, reaccionarios y enemigos de diferente signo, organizados, disciplinados, armados y financiados generosamente por empresarios y por el imperialismo norteamericano que había instalado su versión local de la Guerra Fría en nuestro país. Y nosotros, por orden del partido que nunca se equivoca, rayábamos los muros del puerto con la consigna: “¡No a la Guerra Civil!” Nunca lo entendí, porque mientras trazábamos aquellas letras gigantes en hermosos colores, la derecha pintaba: “¡Yakarta ya viene!”. Vi uno de esos rayados por primera vez en la calle Esmeralda, mientras caminaba en dirección al local de la Jota. Eran letras rojas, hechas a la rápida, supongo. Al llegar al regional pregunté a varios compañeros qué significaba Yakarta ya viene, porque desconocía lo que era Yakarta y menos aún qué mierda venía. Nadie sabía y, aparentemente, a nadie le importaba mucho, pero en algún momento supimos de qué se trataba. En Indonesia, en 1965, los militares en conjunción con el imperialismo norteamericano llevaron a cabo un golpe de Estado y masacraron a un millón de comunistas. Y nosotros éramos comunistas y decíamos no a la Guerra Civil, mientras ellos planificaban exterminarnos. Algo no cuajaba y, claro, no bastaba con que el gobierno de la Unidad Popular fuera el más justo del mundo y que Salvador Allende hubiese sido democráticamente elegido. Daba lo mismo, en Yakarta, Estados Unidos había puesto en práctica su estrategia contra-insurgente y en América Latina implementaba la Doctrina de la Seguridad Nacional, entrenando a oficiales de las Fuerzas Armadas del continente en la Escuela de las Américas, ubicada a la sazón en las bases militares estadounidenses en la zona del canal de Panamá. En síntesis, la Guerra Fría ardía en Chile y nosotros gritando no a la Guerra Civil como si alguien nos fuera a escuchar. Huelga decir que nadie nos escuchó y, ahora, detenido y humillado, golpeado por el golpe, comprendí, tardíamen-

te, por cierto, que los revolucionarios no deben vociferar “¡No a la Guerra Civil!” cuando Yakarta se te viene encima, te espía, te rodea, te torea y se ríe estruendosamente en tu cara por imbécil.

En esto cavilaba, muy rápidamente, porque presentía que el tiempo se me escapaba entre las manos, pues todavía no lograba aquilatar la real dimensión de lo que sucedía. No sabía qué hacer, no conjeturaba en escapar, ni en gritar, ni en llamar a nadie. Tampoco pasaba mi vida entera ante mis ojos como un sueño veloz y atroz, como dicen que les sucede a los que están por morir. No, era más bien una sensación de incredulidad, de pasmo, de pensar o querer pensar que pronto se acabaría todo. No pensaba en la muerte, sino en la mala suerte y la indignidad de haber llegado ahí sin tirar ni un tiro; nosotros, que tanto hablábamos de revolución y que cuando llegó el momento del enfrentamiento real, no teníamos con qué defendernos, ni menos atacar. O algo teníamos: un par de revólveres, un par de pistolas, unos fusiles antiguos que daban lástima y un fusil AK-47 chino que alguna vez vi no sé dónde. Y estaban los compañeros del Ejército rojo vernáculo que habían sido preparados en secreto por el partido desde los años sesenta y que esperaban la orden para asaltar al que fuera, donde fuera y como fuera. Lo único que sé es que para el tanquetazo de julio del 73, cuando los militares rodearon La Moneda en una asonada que fue un ensayo del golpe que vendría en serio solo 2 meses después, anduve de guardaespaldas de un dirigente público nuestro, armado nada más que de mi coraje juvenil y profunda vocación de sacrificio. A esas alturas, a pesar de que seguía absolutamente convencido de la justeza de nuestras políticas y de la invencibilidad de la revolución, ya había una ciudad fragmentada, herida por las divisiones y la polarización permanentes. No todo el mundo estaba con nosotros, como al principio, como cuando siendo aún un niño, recorría las calles del puerto encandilándome con los comités de la Unidad Popular que surgieron por todas partes para trabajar por la campaña de Allende. O después, cuando organizamos grupos de compañeros para luchar contra el

acaparamiento y el mercado negro que implementaba sin vergüenza alguna la oposición, que posteriormente supimos era planificado desde el mismo Estados Unidos como parte de una campaña de desestabilización, el pueblo nos rechazaba. Innúmeras veces participamos en acciones para abrir almacenes en Valparaíso, en Quilpué, en Viña, en Villa Alemana; sabíamos que el dueño juraba que no había provisiones, culpando al Gobierno de la situación. En las bodegas encontrábamos escondidos aceite, arroz, fideos, azúcar, té, café; en fin, todos los productos básicos de un hogar chileno. Trasladábamos las menestras a la parte delantera del almacén para que el dueño las vendiera, admitiendo a la gente que él era culpable, que les mentía, pero la gente —gente de a pie, chilenos y chilenas comunes y corrientes— nos gritaba, nos responsabilizaba de la situación. La campaña era eficiente, y a esto contribuían de manera determinante *El Mercurio* y *La Estrella de Valparaíso*, los cuales llevaban a cabo una sistemática y violenta campaña de descrédito y desprestigio del gobierno y de todas las autoridades locales; al igual que en el período de la campaña del terror en la previa elección presidencial, donde *El Mercurio* y otros medios de comunicación, además de Eduardo Frei y el partido Demócrata Cristiano recibieron más de dos millones de dólares de la época para evitar el triunfo de Allende, quien, en la anterior elección contra Carlos Ibáñez, había sido derrotado por tan solo 33 mil votos. Nada de extraño en realidad, si consideramos que Agustín Edwards era el principal hombre de la CIA y del imperialismo en Chile. Tanto así que viajó a Estados Unidos para reunirse personalmente con el presidente Richard Nixon, con Henry Kissinger y el director de la CIA, Richard Helms a pocas horas de la victoria de Allende para evitar que este fuera ratificado por el Congreso o, si fracasaba dicho plan, proceder al derrocamiento del gobierno lo antes posible. No era la primera vez que el diario desempeñaba un rol vital en aventuras reaccionarias; ya en el alzamiento contra el presidente Manuel Balmaceda en 1891, que culminó en una cruenta guerra civil, se alió con el lado insurrecto y apoyó y financió a la

Junta Militar, fundamentalmente naval, que se instaló en Iquique desafiando al gobierno. Era la defensa de las transnacionales del salitre y ahora, en los sesenta y setenta, de las transnacionales del cobre. Tal vez por eso era oficial de reserva de la Armada.

Ni mi viejo ni mi abuelo eran oficiales de reserva, pero ambos trabajaron en *El Mercurio de Valparaíso* casi toda su vida profesional. Los dos abogados y periodistas, mi padre, presidente nacional del Colegio de Periodistas en la época de Allende, nunca dijo nada, nunca una palabra de lo que hizo o no hizo a favor o en contra del Gobierno Popular, pero de izquierda no era. Momio de izquierda se autoproclamaba. Mi abuelo, un caballero antiguo que vivía en un chalet en la calle Valdés Vergara, a pasos del Parque Italia y del liceo Eduardo de la Barra, fue el único abuelo que conocí. El otro, Luis Novoa de La Fuente, profesor de castellano y de historia de la Escuela Naval, murió antes de que yo naciera, fulminado por un ataque al corazón. Injusto, pues aparte de haber escrito la primera Historia Naval de Chile que se utilizó por décadas en la escuela para formar a generaciones de cadetes, fue fundador de la biblioteca de la Universidad Santa María. Pero, por sobre todo, era medio loco sin darse cuenta, creo. Tengo la impresión de que presentía su temprana muerte y, por lo mismo, quería dejarle a su familia —entre ella, a mi madre— una fuente de sustento. Entonces, se le ocurrió criar conejos gigantes de Flandes para confeccionar guantes o gorros para las damas de la época. Fue un fracaso, porque al parecer no sabía que esos conejos; según los que saben, son principalmente productores de carne. Después se decidió a instalar una carpintería. Otro fracaso, porque el maestro vendía los muebles sin decirle nada a mi abuelo, quien aún confiaba en el ser humano. También intentó vender tomates en conserva, pero le estallaban todos los frascos. Otro descalabro. Finalmente, puso una carnicería en Playa Ancha donde vivía, en la calle San Pedro, en el centro comercial del cerro; contrató un chino para que atendiera el local. No sé qué sucedió, pero carne no vendió, y el chino se convirtió en experto en cortar las colas a los perros del barrio. Era un loco lindo y hoy lo saludo todos los días en

la pantalla de mi notebook, tengo su libro en mi biblioteca y también se vende por internet a \$44.999, como corresponde.

Mi otro abuelo era serio, pero profundamente tierno, almorzaba todos los días rigurosamente a la misma hora cuando el reloj cucú trinaba las doce en punto. Antes de eso, diariamente, cuando niños, nos pasaba a buscar sagradamente a las once en punto a la casa donde había vivido Allende y nos sacaba a pasear a la Plaza Victoria. Muchos años después, cuando ya era militante de las Juventudes Comunistas, descubrí, en esos escritorios fascinantes, con cubierta corrediza y llave, artículos de prensa que él había escrito. Eran furibundamente anticomunistas y no se condecían con la imagen que recordaba de aquel abuelo caballero: de Don Ernesto. Pero don Ernesto, al parecer también estaba en la lista de periodistas que trabajaba para la CIA. Esto habría sido durante la campaña del terror que intentaba impedir que Allende accediera al poder en 1964. Después, el Comité de los 40, creado especialmente en Estados Unidos para derrocar al gobierno de la Unidad Popular, en el marco del infame Plan FUBELT, realizó algo similar, desplegando el denominado Frente invisible, donde centenares de periodistas chilenos trabajaron para la CIA difuminando información falsa, realizando propaganda negra y distorsionando la realidad, generando condiciones propicias para un golpe de Estado. Todas estas actividades eran financiadas por las agencias norteamericanas de seguridad y, por supuesto, con la explícita autorización de la Casa Blanca. Lo hacían a través de múltiples triangulaciones de dinero para blanquear el origen de los fondos. En estas operaciones participaban la International Telegraph Company (ITT), la Bell Telephone Manufacturing Company, la Standard Electric Lorenz, la Braden Copper Company, entre muchas otras. Durante el Gobierno Popular se descubrieron documentos secretos de la ITT con una extensa lista de periodistas chilenos pagados con los mencionados fondos, antes y después de la elección de Allende. Entre ellos, aparentemente —porque él murió y nunca pude preguntarle para que lo confirmara o desmintiera como una falacia— estaba mi abuelo, que almorzaba diariamente a

las doce en punto. Y también Carlos Aracena, director de relaciones públicas de la multinacional minera Braden, casado con mi tía, es decir, mi tío político, pero de derecha. Yo era su sobrino político, pero de izquierda.

Mi abuelo Ernesto tenía otro secreto del que me enteré mucho tiempo después de haber estado allí sin saberlo. Mientras le construían su casa, vivió en un casona en la calle Edwards, cerca de la avenida Brasil y de Errázuriz, a cuyo costado se desplazaba aún el tren que unía Valparaíso con Santiago en apenas 5 horas. La serpiente de oro llamaban a la locomotora, que a duras penas ascendía las interminables cuestas para bajar luego al valle de Santiago. Por ahí vivía mi familia, ni más ni menos que en la casona de la Tía María, la tía más famosa del puerto.

Había que llegar temprano donde la tía María, porque los sábados Valparaíso se volvía loco y se volcaba hacia la felicidad total. No había mucho donde escoger en esos tiempos oscuros, donde las titilantes luces de los moteles y los lacerantes jacuzzi eran un sueño imposible. Era simplemente la tía de todos o algún hotelucho de mala muerte en los faldeos de los cerros en el barrio chino. O quizás, un cuarto musgoso entre los vericuetos de El Almendral, que era como otro puerto en el puerto, un barrio discriminado por sombrías razones desconocidas, pero tanto o más activo en las noches que cualquier vecindario de alcornia bohemia. Pero, claro, no estaba allí la tía María, la tía predilecta, el ángel de la guarda de los pecadores arrepentidos y de los que jamás se arrepintieron. Como yo, que nunca supe cómo llegamos aquella noche al umbral del único hotel parejero para gente sin el coraje de aventurarse en los oscuros recovecos del Valparaíso profundo. Subimos la añosa escalera y tocamos nerviosos la mampara para escuchar lo que ya sabíamos: “Lo siento, pero está todo ocupado hasta mañana”. Ninguna contemplación con mis desbocados testículos y sus juveniles hormonas, aunque sí una leve mirada compasiva de jilguero. Pero ningún pájaro aliviaría la insoportable tensión y, por cierto, la inmensa desilusión de no contar con la tía María, con sus cuartos oscuros y húmedos,

sus gruesas cortinas aristocráticas y el bidé incrustado en medio del orgasmo. Y, por supuesto, los desaforados golpes de la cetrina mujer pretoriana que no permitía ni un segundo más que las tres horas exactas que duraba el amor. No había escapatoria posible ante la atenta mirada y el reloj de precisión nuclear de aquella fémina amargada y melancólica —según los entendidos en cosas del amor— que deambulaba descalza por entre los corredores de la casona mientras el resto de los mortales sudaba bajo las pesadas frazadas de la tía. O encima de ellas, como la noche de julio en que tuvimos la mala ocurrencia de desoír el llamado perentorio de la mujer que anunciaba desde las sombras el término de la efímera felicidad. Nos miramos intensamente con la niña de ojos pardos y piel lechosa que había descendido silente el cerro bajo la lluvia. Sólo conocía su sonrisa y un nombre que no alcancé a descifrar entre los gritos, la risa y la música estridente de la única fiesta de ese sábado invernal. Era tímida y retraída, hasta que cerramos tras nuestro la puerta del cuarto del segundo piso de la tía. Ahí se transformó por completo, se despojó del grueso abrigo de gamuza que vestía y, para mi sorpresa, descubrí que estaba totalmente desnuda, a excepción de unas botas negras y altas que le rozaban el triángulo perfecto de su máspreciado tesoro. Me miró con tal decisión que no supe si alegrarme o salir arrancando ante aquella fiera que, claramente, a su tierna edad ya conocía de amores y desamores, a juzgar por la habilidad con la cual se desplazaba por la pieza en penumbras. Intenté balbucear un par de palabras, pero solo salieron de mis labios sonidos guturales, antiguos e inexplicables; era el terror ante lo desconocido, porque, a pesar de que no era la primera vez que visitaba a la tía María, era definitivamente el primer encuentro donde otra pagaba, encendía la luz, apagaba la luz, corría las cortinas y recibía los combinados completamente desnuda ante la mirada atónita de la encargada de turno.

Pero, aún así, mi temple de marino viejo y mi estoicidad mapuche lograron que no se notara el pavor ante la posibilidad cierta de no poder cumplir las precisas exigencias de la niña de ojos gatunos. Y no fueron pocas, por ello, cuando resonaron los golpes en la puerta

anunciando el inminente desalojo de la habitación, respiré con alivio al vislumbrar una salida digna a mi magro desempeño de macho herido. No obstante, cuando ella me susurró al oído que no deseaba irse, qué lástima, que estaba disfrutando como nunca antes, que pensaba que había tenido un breve orgasmo, que por qué no mandábamos a esa mujer a la mierda y nos tomábamos el cuarto hasta el próximo orgasmo, no lo pensé dos veces. Nos miramos intensamente y nos sumergimos en un túnel galáctico, profundo y negro, del cual no salimos hasta una hora después acezantes y agradecidos de no creer en dios y poder pecar sin culpa alguna. Mientras tanto, la guardiana del paraíso había convocado a sus demonios, e histérica y afónica gritaba y embestía la puerta al mismo tiempo, con una envidiable coordinación sinfónica. Cuando abrimos tranquilamente la puerta, la niña del abrigo de gamuza miró a la enardecida mujer tiernamente a los ojos, la besó quedamente en la boca y le dijo: “Gracias tía”.

Es que en la ciudad, a pesar del clima tensional que se respiraba, de los enfrentamientos constantes en los colegios, las fábricas, el puerto, los cerros, las universidades, los barrios, las calles, igual tratábamos de llevar una vida normal. Y normal era ir donde la tía María y agradecerle por favor concedido o visitar la *Caverna del Diablo*, una de las boites más conocidas del puerto, junto con el *American Bar* y el *Roland Bar*. Eran otros tiempos, claro, donde se podía caminar tranquilo por el barrio chino sin ser apuñalado arteralmente por la espalda, sino que de frente, como matan y mueren los guapos. Pero yo no pensaba en eso, sino que en el abrumador calor de la noche subterránea y en la morenaza del sur, de la cual tanto habían hablado mis amigos. Nunca se sabía cuánto de lo narrado al calor de una cerveza era verdad o mentira, porque en esa época, como en todas las épocas, los hombres recurrían a su fértil imaginación para exagerar sus conquistas, dibujar epopeyas fantásticas en las alcobas de las más fogosas damiselas de la ciudad y por cierto, dejar en claro que todas las mujeres se morían por ellos. Incluso las putas, que les juraban amor eterno en los treinta segundos que se demoraban

en alcanzar el cielo. Y se enamoraban perdidamente, evocando con ternura aquel efímero momento de pasión. Entonces volvían una y otra vez a la casa de sus amores clandestinos, sin decir una palabra, con un clavel en la mano izquierda y el corazón desbocado que solo lograba calmarse a medias con los gritos desenfrenados de aquella mujer que te decía al oído que no había nadie como tú, en serio. Pero algunas no decían nada, te miraban con lástima, se despojaban de sus ropas en un segundo, se tiraban sobre la cama con rabia, aburridas del ritual de sonreír sin ganas, y apuraban tus deseos sin piedad. Las menos disfrutaban de veras y transformaban ese instante fugaz en un placer inolvidable. Nosotros, amigos del barrio, del liceo, compañeros, íbamos a putas, pero también a las peñas donde disfrutábamos la música de Víctor Jara, Quilapayún, Violeta, Gitano Rodríguez, Payo Grondona, Patricio Manns, Rolando Alarcón, el conjunto porteño Tiempo Nuevo, entre tantos otros. La más conocida y que visitábamos más a menudo, era la peña de la Universidad de Chile, ahí en calle Blanco donde ahora hay edificios, un Blockbuster y un supermercado. Porque Valparaíso comenzó a cambiar antes de la dictadura, aunque intentáramos llevar una vida como cualquier joven de nuestra edad. Solo tres años después de que se fundara la peña de la Chile, se creó la Cofradía Náutica del Pacífico Austral, donde participaban golpistas de diferente signo, pero de igual peligrosidad: los almirantes José Toribio Merino y Patricio Carvajal; Sergio de Castro, Roberto Kelly, ministros de la dictadura; Hernán Cubillos, ex oficial naval, hijo de un comandante en jefe de la Armada, y también ministro. Por supuesto, también integraba la Cofradía Agustín Edwards, dueño de *El Mercurio* y legionario de Cristo. Esta organización semi-secreta jugó un rol fundamental en la conspiración contra Allende. Fue espacio de contacto entre conspiradores nacionales y extranjeros, particularmente oficiales de inteligencia naval norteamericanos que se habían establecido en Valparaíso para afinar los detalles del golpe. Ellos trabajaban en conjunto y organizadamente, mientras nosotros estábamos solamente armados con entusiasmo, ideales descomunales y una mirada prendida de estrellas

en el horizonte socialista. Pero, al final, es el modo más hermoso de estar armados, aunque ineficiente, porque nosotros sabíamos, todos sabíamos que el golpe venía; no sabíamos ni el día ni la hora ni cómo sería, pero lo sabíamos.

En eso pensaba, en nuestra abisal ingenuidad al subestimar al enemigo, al ignorar la historia, cuando fui devuelto a la realidad de un solo golpe-grito: fue un golpe gritado o un grito golpeado, fue como un golpe militar en pleno estadio. “Todos a la cancha”, creo que dijo alguien mientras corríamos con las manos en la nuca, tropezando en la escala hacia el campo de juego que ahora de juego nada tenía. Ahí, centenares de hombres tendidos boca abajo sobre el pasto también con las manos en la nuca. Nos obligan a tendernos en el pasto al lado de otros compañeros, a esperar quién sabe qué. Arriba, el helicóptero continuó con su infernal martilleo metálico. De tanto en tanto, un oficial naval nos pateaba las costillas de puro gusto. Cuando comienza a acabarse el día y asoman tenues lenguas de sombra en la cúpula del cielo, nos ordenan movernos y correr hacia camiones apostados en la pista de tartán. “¡Arriba!” ladran, “¡arriba!”. Y los prisioneros obedecíamos subiendo a los camiones; mi eterna mala suerte me confinó abajo, al primer rincón en el ángulo superior derecho del piso de madera. Cuando la superficie del camión se repletó de presos, comenzaron a subir encima de nosotros, pero de manera transversal, y luego otra capa de compañeros y otra y otra, mientras encima nuestro caminaban felices los marinos. Y yo desesperado sin poder respirar; y todos gritando “por favor no se muevan, no se muevan”, pero cada uno de nosotros estábamos en la angustiante búsqueda de un trozo de aire, un pedacito de vida. No soportaba el peso de tantos compañeros, estaba sofocado intentando respirar, cuando en esa cacería vital veo una exigua rendija ahí, bajo mis narices. Comencé a inhalar aquella vida que se me escapaba de los huesos. No habría más risa, ni juventud, ni compañera, ni universidad, menos aún hijos o nietos. Nada de besos, de noches furtivas. No habría nada. Sin embargo, no pensaba en eso, sólo en respirar, cuando escuche una voz que le ordena al

chofer: “¡Al Molo!”. Al escuchar eso, me volvió la sangre al cuerpo a borbotones: sabía perfectamente la distancia entre el estadio y el Molo, solamente era necesario mantener la calma, no perder ni por un segundo aquella hendidura mágica y seguir con los sentidos el recorrido del camión. Salimos del estadio, bajamos por Carvallo, escenario de tantas noches de amor juvenil, incluso con una bella mujer casada que por una desconocida razón quiso explorar un nuevo mundo conmigo que, con nada más 16 años, de nuevos mundos poco sabía. Llegamos hasta la avenida Altamirano, donde en los años sesenta se intentó revivir los carnavales de la primavera. Fue el gordito de la noche, un bohemio locutor que disfrutaba las fiestas y el puerto de su corazón. Doblamos a la derecha y proseguimos hacia el norte en dirección al Molo, eran escasos minutos hacia la salvación, aunque no sabía qué nos esperaba allí, pero por alguna razón pensaba que, quizá, viviríamos después de todo. Llegamos al Molo, pasado la playa San Mateo, que en ese tiempo no era la playa de ahora, que se repleta de veraneantes locales, una playa popular, sin argentinos, brasileños o gringos como en Viña. No, era un arsenal de arena donde hacían parte de su instrucción los infantes de marina. Entramos, y alguien ordena bajar, pero no tuve tiempo de respirar aliviado al librarme de todo ese peso humano sobre mí. A golpes y gritos nos obligan a tirarnos al suelo de cemento, otra vez boca abajo y las manos en la nuca a orillas del mar. Los alaridos, los compañeros ensangrentados, las órdenes, los insultos. Y nosotros con la cara pegada al cemento; podíamos ver perfectamente el mar, nos estremecía amenazante el olor a petróleo, a profundidad, a borrasca, a golpe militar. Un compañero a mi izquierda me susurra: “Nos van a tirar al mar”. Lo dijo tranquilamente, como un hecho inevitable, parecía resignado, dispuesto a morir en cualquier momento, pero en lugar de arrojarnos al Pacífico, nos fuerzan a pararnos y correr en dirección al faro, aunque fue breve la ignominiosa maratón, apenas unos metros, creo. A patadas nos obligan a subir a la escalera de un barco colmado de marinos. Yo, en mi corta vida, vi centenares de barcos entrando y saliendo del puerto, cargando o descargando

o, a veces, varados en la costa después de un temporal, pero tan solo una vez había subido a uno. Fue un barco ballenero del padre de un amigo con quien éramos vecinos y jugábamos fútbol juntos. En esa época, no nos preocupábamos de las ballenas, ni de extinciones ni de ecología; éramos totalmente ignorantes, o al menos yo lo era; por lo mismo, subir a ese barco intrigante fue una maravilla. Empero, en esta ocasión, no lo fue; al contrario, era una ascensión hacia la incertidumbre, quizá a la muerte, aunque sospechaba que si hasta ese momento no nos habían ejecutado, era probable que no lo hicieran. Especulaciones de aquél que quería sobrevivir, qué se yo, saber qué le había pasado al mar, que de la noche a la mañana se había transformado en una gigantesca sepultura de interminables oscuridades. Seguramente, los jureles, los congrios y las merluzas nadaban mar afuera intentando escapar de una cierta muerte luciferina en medio de los disparos, los ruidos extraños, maridos irreconocibles que no hace mucho desfilaban por las calles de Valparaíso, pululaban por entre los bares del barrio chino, que sonreían amistosos y vivían en los cerros o en el plan de la ciudad como cualquier vecino. Ahora la crueldad golpeaba sin compasión a los atribulados porteños. Los peores, los más sádicos y despiadados eran los oficiales de la Armada de Chile, la flemática, la británica, la inmaculada.

Yo tenía muchos amigos o conocidos cadetes, quienes eventualmente ascendieron a oficiales. Con ellos compartíamos un completo, una bebida, una cerveza tal vez. Íbamos al teatro Imperio o Victoria a ver películas de vaqueros, de romanos o de karate o kung fu, no sabíamos ni nos interesaba mucho la diferencia. Íbamos a fiestas en donde muchas chicas/lolas los preferían por sus uniformes, pero cuando iban de civil, la cosa cambiaba. Aunque digamos las cosas por su nombre: nunca he sido demasiado agraciado, o por lo menos es lo que siempre se susurraba en las tertulias estivales donde vagaban los extraviados del amor. Y eran muchos aquellos que soñaban con la noche en que espantarían para siempre todos sus fantasmas de macho entre los muslos de una virgen ardiente. En el intertanto, se masturbaban furiosamente, cada uno por su lado, convencidos

que, pasara lo que pasara, uno sería el último en descubrir los misterios de la piel ajena. Hasta que en una fiesta en el cerro Esperanza, apareció, envuelta en un manto de claveles rojos y un rosario de estrellas de mar, la morena más oscura de que se tenga memoria en el puerto. No miró a nadie ni dijo nada, tan sólo se desplazó silente, esquivando, grácil y precisa, las cervezas temblorosas en las virginales manos de machos asustados. Yo creí ver en su mirada gatuna una especie de aquella complicidad que sólo conocen los amantes de verdad. Pero no estuve seguro hasta que desperté de repente en el enorme cuarto de una casona de Playa Ancha, sumido en la oscuridad de su piel y estremecido hasta los huesos de sus estertores felinos, acuosos y cósmicos. O quizá eran los míos, que se hundían hasta las profundidades de la tierra, para resurgir en una explosión de estrellas fugaces, justo para ver cómo la morena se perdía para siempre en las alturas. Justicia divina, dicen. Por supuesto, nadie me creyó, de la misma manera que era imposible creer que esos cadetes ahora torturaban y mataban sin asco. Porque Valparaíso había cambiado, pero no tanto, pensaba yo, ingenuamente, a pesar de la efervescencia inicial, sobre todo en los sectores más pobres y amplios de eso que se denomina la clase media. Claro es que por primera vez los pobres pudieron comprar televisores Antü, hechos en Chile. Sin control remoto, por cierto, sino que de orgullosa perilla y debajo de ésta el escudo chileno, porque Salvador Allende quería un producto nacional y barato para que el pueblo pudiera tener acceso a la televisión. Pero también los porteños podían comprar lavadoras, refrigeradores que antes eran una aspiración imposible. Hasta taxi podían tomar si querían, de esos que obligaron a pintar de negro con una franja roja en el techo, desde la maleta hasta el capó. Raro fue, tal vez por eso duró poco la singular idea. Hoy hay miles de taxis y colectivos en la ciudad, mas en esa época, solamente existía una línea de colectivos que llevaba pasajeros desde la plaza Aníbal Pinto hacia los cerros Alegre y Concepción. En la parte baja de esos cerros, originalmente, residieron chilenos adinerados, británicos y alemanes. El primer ascensor del puerto, el Concepción, se construyó en 1883,

precisamente para que la aristocracia local no se cansara al subir a sus amplias y cómodas casonas de estilo europeo. Ahora no había tantos ricos, porque hace tiempo la mayoría se había trasladado a Viña o Santiago, pero igualmente tuvieron los primeros colectivos de la ciudad. La lucha de clases llegó también a los colectivos. En las eternas discusiones en el liceo Eduardo de la Barra, un rubiecito casi transparente, de derecha obviamente, golpeó arteralmente en la garganta a un compañero nuestro. No alcanzó a reaccionar y en ese mismo momento tocaron la campana de vuelta a clases, se terminó el recreo y el momio transparente se arrancó cobardemente. Roberto lo buscó a la salida de clases, no estaba en ninguna parte, pero él era valiente, era comunista. El paradero de los colectivos estaba ubicado a un costado del bar *El Cinzano*, directamente bajo la sede del regional de la Jota, en el segundo piso de una antigua casona. Una tarde de verano, estábamos Roberto y yo sentados en la cornisa del balcón, cuando de repente dice: “allá está ese conchesumadre” y sale corriendo escala abajo. Desde el balcón vi cuando se arrimó al colectivo, donde ya se encontraba sentado en el asiento de la ventana el traslúcido momio; Roberto le grita algo que no logré escuchar y lo golpea en pleno rostro lo más fuerte que pudo. El colectivo partió raudo con su carga humillada. Roberto era valiente, era comunista. Como la mayoría de los compañeros de nuestro curso que, si no lo eran, seguro eran del Frente de Estudiantes Revolucionario (FER), es decir, del MIR. O socialistas, no sé, pero había un solo compañero de derecha: el Mondaca. Todos los días llevaba *Tribuna*, diario anticomunista y anti-Unidad Popular que fue creado y financiado por la CIA como parte de su campaña sucia contra Allende. Mientras esperábamos a algún profesor o cuando alguno de ellos no iba, el Mondaca se acomodaba en su silla y en su banco a leer tranquilamente *Tribuna*. Nadie decía nada, pero silenciosamente algún compañero se desplazaba por abajo y le quemaba el diario que comenzaba a arder lentamente; el Mondaca nunca se percataba de inmediato, pero que se quemaba, se quemaba, mientras todos reían. Yo lo hacía para adentro, porque el Mondaca era mi amigo, desde cuarta prepa-

ratoria, cuando ingresamos juntos al Liceo. Era un momio inofensivo, hasta que una tarde, después del colegio, nos encontramos frente a frente con una manifestación facha: ahí estaba el Mondaca, con casco azul, uniforme y un coligüe entre sus manos; ya no era flaco, sino que se había transformado en un joven fornido, y nosotros, entre tanto quemar diarios, no nos habíamos dado cuenta. Era del comando Rolando Matus, grupo de choque y paramilitar de la derecha. El Mondaca se tomaba en serio la política. Nosotros también, aunque retrospectivamente uno no puede sino pensar que éramos un tanto incautos. Creíamos absolutamente en el partido, en el gobierno de la Unidad Popular, pero a veces discutíamos y peleábamos más con los compañeros miristas y socialistas que con los fachos. Cada uno pensaba que tenía la razón, mientras tanto la derecha y la Democracia Cristiana se unían para planificar el derrocamiento de Allende. CODE, Confederación Democrática, denominaron a la alianza anti-revolucionaria del Partido Nacional y la Democracia Cristiana que sirvió de instrumento golpista, de movilización sediciosa y electoral. De hecho, fue en Valparaíso en 1971 donde se estrenó de facto dicha coalición al realizarse una elección complementaria a diputado y llevar un candidato único, el demócratacristiano Oscar Marín. Marín triunfó, marcando un hito en la connivencia entre los nacionales y el PDC en el derrotero al golpe de estado. A esta conspiración, en nuestra ciudad se unieron innúmeros porteños, logrando realizar la oposición a la Unidad Popular multitudinarias marchas, generalmente en la avenida Pedro Montt, ex presidente de Chile quien, paradójica —o más bien coincidentemente— fue responsable de la matanza de millares de obreros salitreros y sus familias en 1907 en Iquique. En otras palabras, compartía con los manifestantes, o al menos con sus líderes, su desdén por los trabajadores. Si distingo a los porteños y porteñas de los dirigentes de la conspiración es que no me cabe ninguna duda que millares fueron engañados y manipulados por la derecha de la manera más deleznable: agrediendo inmisericordemente a sus familias mediante el desabastecimiento y el mercado negro y, por supuesto, culpando al go-

bierno. Era difícil encontrar comida, salvo que pagaras precios exorbitantes en el mercado negro. Más difícil aún, sino inútil, era explicarle a la gente que todo era maquiavélicamente planificado por la reacción y el imperialismo; a esas alturas, el desencanto con el gobierno era creciente y entonces, para complejizar aún más la situación y darle el tiro de gracia a Allende, se organizó la huelga de camioneros de octubre de 1972. Acá cerca fue, en Reñaca, donde se emplazó el campamento financiado generosamente por Estados Unidos y protegido clandestinamente por la Armada, cuyos oficiales entrenaban a los terroristas de Patria y Libertad y otros grupos de derecha. Entretanto, se hacía lo indecible por mantener un abastecimiento mínimo a la población, misión titánica en un país tan extenso como Chile y que dependía del transporte terrestre. Nosotros, con compañeros y compañeras, íbamos al muelle Barón a cargar camiones con sacos de harina que, para ser sincero, nunca pude levantarlos y sólo los arrastraba para que otros más fuertes los subieran al camión. Los dueños de esos camiones pertenecían al Mopare, una organización de pequeños empresarios del transporte de carga que, con algunos miles de choferes voluntarios, trataban de mantener algo de movimiento en las carreteras del país y algo de comida en los hogares chilenos. En una oportunidad, viajé como guardaespaldas montado sobre la carga de harina. Fuimos y volvimos de Quillota; no recuerdo detalles, tan solo el implacable viento golpeándome la cara mientras nos desplazábamos por el camino. No sé qué habría hecho si nos hubiesen atacado, como muchas veces lo hicieron mientras rayábamos los muros de la provincia. Yo era, como muchos otros, integrante de la Brigada Ramona Parra, que, a pesar de lo que dijeron —y siguen diciendo— por años la derecha y todos los anticomunistas, era una organización de propaganda y no una paramilitar. Ellos lo sabían muy bien y por eso nos disparaban cuando salíamos a pintar en las noches, hasta que nos cansamos y entonces salimos con la escolta del equipo de autodefensa de la Jota. Estábamos casi seguros con Renato Cárdenas, amigo, compañero, chilote de corazón, que pintamos el último mural de la BRP en Val-

paraíso. Tal vez nos equivoquemos, pero a lo mejor estamos en lo cierto y aquel mural que pintamos denunciando la intervención imperialista en la conspiración contra la Unidad Popular fue realmente el último. Lo hicimos más o menos tranquilamente una tarde de sol, porque fue en el extenso y blanco muro de la maestranza Las Habas, que estaba intervenida y en manos de sus trabajadores. Era extraño pintar de día y calmadamente, pues siempre lo hacíamos de noche y con extraordinaria rapidez; la primera vez que salí con la brigada estaba exultante, hicimos un rayado en la avenida Argentina, pero los increíblemente hábiles compañeros se demoraron tan poco en pintar, que antes de que me diera cuenta ya estábamos de vuelta en el camión y yo solo había alcanzado a dar uno o dos brochazos mal hechos. Con el tiempo, llegué a ser trazador, el que pintaba el contorno de las letras gigantes para que otros brigadistas pintaran las letras y el resto pintara el fondo. El trazador era el que primero saltaba del camión en movimiento y debía pintar con extrema rapidez para no ser alcanzado por los rellenadores y los fonderos, porque éstos no podían esperar parados en medio de la calle a que uno terminara. El mejor trazador que conocí fue Lautaro Díaz, yo aspiraba a ser como él, pero eso nunca sucedió. Hoy él es un conocido pintor y escultor que hubo de viajar a Europa, porque aquí en Chile no pudo subsistir como artista.

El último mural del puerto, pensamos, fue hecho a escasas dos cuadras del Molo de abrigo donde ya nos tenían en la cubierta del buque, nos quitaban los cinturones, los cordones de los zapatos, llaves, monedas, billetes, carné; nos golpeaban, a algunos les cortaban el pelo a bayonetazos, y vamos corriendo de nuevo. Llegamos a un lugar más oscuro que la negrura de la noche que hacía rato se había cernido sobre la ciudad. “¡Tírate!” me gritaron, yo miré hacia abajo, vi la altura de la bodega y pensé que hasta ahí había llegado todo, hasta que en la negrura divisé a cientos de rostros que miraban hacia arriba, en mi dirección y me decían: “por la escalera compañero”. Y bajé por la maldita escalera, encontrándome con decenas de rostros conocidos, compañeros de la Jota y del partido, que esperaban, al

igual que yo, saber qué mierda pasaría con nosotros. La única certeza era que estábamos irremediabilmente presos y sin ninguna gana de morirnos tan absurdamente. Las especulaciones eran múltiples: que nos fondearían en el mar, que nos tendrían detenidos sólo por un tiempo, que Allende estaba vivo, que las Fuerzas Armadas estaban divididas y que era sólo cosa de tiempo antes que recuperaríamos el poder. Otros, los más pesimistas, o quizás los más realistas, decían que no había caso, que esto iba para largo. Un compañero del FER, amigo y compañero del Liceo, me dijo en tono acongojado: “Esto va a ser igual que en Brasil, son cinco años por lo menos”. Yo no tenía idea lo que había pasado en Brasil, pero recuerdo claramente que le dije: “¡Ándate a la conchetumadre, hueón!”. Nunca más lo vi, pero debo reconocer que la historia, lamentablemente, le dio la razón. Así pasaron las horas y las conjeturas, sin comida, sin agua, sin palabras, solo incertidumbre. Como acaeció cuando se dio el tanquetazo, porque lo esperábamos, pero no lo visualizábamos de ese modo. La Jota nos ordenó ir a defender la Escuela de Derecho de la Chile, pues allí estaba la radio Valentín Letelier. Llegamos atestados de cadenas, linchacos, y otros compañeros tenían bombas molotov. La idea era subirnos al techo y desde ahí defender el edificio contra las tropas armadas hasta los dientes. Era demencial, quizás por eso es que el compañero encargado de la radio nos dijo con lágrimas en los ojos “esto se acabó, compañeros”, y desapareció por entre los cristales de la entrada. Finalmente, quedamos solo tres y, afortunadamente, nada pasó; de lo contrario, nuestra defensa hubiese durado tres minutos: uno por cada uno de nosotros. Recién habíamos ingresado a la universidad, a esa misma escuela, dividida, violentada por la confrontación de ideologías y la rigidez política. Existían Centros de Alumnos paralelos y agresiones permanentes. Yo sostenía discusiones de horas con democratacristianos, lo que congregaba a decenas de estudiantes en los pasillos; escuchaban para apoyar ruidosamente o aplaudir de tanto en tanto lo que cualquiera de nosotros decía. Uno de mis adversarios era Hernán Pinto, dirigente democratacristiano, el mismo que después llegaría a ser

alcalde de Valparaíso por tres períodos consecutivos. Él tomó parte en la confección de las listas negras que se usaron para expulsar a muchos alumnos de la Escuela y a otros muchos a ser buscados, detenidos y torturados, principalmente por el Servicio de Inteligencia Naval. El alcalde demócratacristiano de la democracia no era tan demócrata después de todo. Aunque, para ser justos, reconozco que en una ocasión, unos meses antes del golpe me advirtió, sin que se lo preguntase, que tuviera cuidado, que me andaban buscando. Es que en esos días habíamos destruido el escenario que los DC habían montado en la Plaza del Pueblo para una marcha que tendrían ese sábado en la tarde. Los militantes salieron corriendo desde una sede cercana y nosotros arrancando hacia la calle Colón con parte de la escenografía. Nos escondimos en la Escuela de Trabajo Social de la Chile e iniciamos una confrontación a pedradas que duró por horas. Por eso Pinto me advirtió que me cuidara. Y no lo vi más hasta que fue designado y luego elegido alcalde.

Yo también tenía experiencia en elecciones, aunque ninguna exitosa. En algún momento, más por mis habilidades para dibujar — muy sobreestimadas por lo demás— me asignaron a la Comisión regional de propaganda. Coincidentemente, en ese período convulsionado en todas las áreas de actividad social, se llevarían a cabo elecciones en todos los liceos de la ciudad, tanto de hombres como de mujeres. Me las arreglé para persuadir al compañero responsable de la comisión que me designara como coordinador general de la campaña en todos los liceos de niñas. Confieso que mi intención no era tanto desplegar mi talento como estrategia política, que no tenía por lo demás, sino que, más bien, relacionarme con cuantas compañeras fuera posible. Perdimos todos los centros de alumnos que todavía quedaban en nuestro control. Un fracaso total, aunque trabajamos bastante, pero a esas alturas una parte importante de los estudiantes secundarios nos habían dado vuelta la espalda. Me da vergüenza admitirlo, pero mis únicas victorias fueron dos guapas compañeras que se convirtieron en pololas o amigas sin ventaja, porque eso no se estilaba en mis tiempos. Una de ellas era pequeña

y delgada, pero con unos pechos que se le dibujaban bajo el verde Nilo de su blusa preferida. Una noche, en la quebrada del cerro, cuando la tenue luna de otoño asomaba como el heraldo de la felicidad total, después de meses, accedió a mostrar sus enormes pechos de amazona oceánica. Y lo hizo con tal destreza y velocidad que nada vi, excepto un destello lunar que deslumbró mi ansiedad, pero no logró calmar mis deseos de siglos. Ninguna súplica pudo más que su férrea determinación de hembra y jamás pude conocer esos pechos dulces y colosales, que anunciaban el cielo en las noches de lluvia. Pero no importaban ni el frío ni el calor, cada lunes volvíamos a las profundidades de la quebrada para algún día, con suerte, por descuido o por cansancio, perderme en la profundidad de su regazo. Nunca pude, porque los días se hicieron cada vez más vertiginosos, no eran los tiempos de las caricias, aunque por esos días conocí, a escondidas, a mi compañera de muchos años y madre de mis hijos mayores. Hermosa era. Pero las urgencias eran otras: los paros del comercio, las huelgas de estudiantes, de los camioneros, los enfrentamientos callejeros, las peleas en los barrios, en los cerros, el desabastecimiento, el mercado negro, los actos terroristas y sabotajes de Patria y Libertad. Un océano de negras nubes que amenazaba, asfixiaba y desorientaba al gobierno, a nosotros, a los sueños de millones que simplemente queríamos un Chile justo.

Aquel Chile justo que se desmoronaba de a poco, mientras transcurrían las horas y los días en la lóbrega bodega del buque Maipo que, obviamente, había sido ya hace tiempo facilitado por la Compañía Sudamericana de Vapores. Una vez más la complicidad entre los militares y la empresa privada, la cual, evidentemente, continuó durante todo el período dictatorial. Donde nunca estuvo claro quién detentaba el poder. Aunque, para ser exactos, ambos lo detentaban, lo que daba lo mismo, pues la represión y el terror existieron igual. Actualmente, sucede lo mismo, toda vez que la clase política puede estar en el gobierno, pero mandan los grandes grupos económicos. O ambos. Para nosotros, en ese momento, esas disquisiciones eran fútiles, solamente cavilábamos en torno a qué hacer. De pronto, al

tercer día, creo, ordenan subir en grupos de a diez prisioneros. Los compañeros suben la escalera, desaparecen en la cubierta y no vuelven más. Siguen subiendo los grupos y siguen sin volver. Pensamos lo peor: ahora sí que los están matando, que a nosotros también nos matarán; pero no queríamos morir sin defendernos, sin luchar. Los compañeros de la Juventud que nos encontrábamos ahí, que éramos probablemente unos veinte, decidimos proteger por sobre todo a Juan Orellana, secretario regional de la Jota. Resolvimos que cuando nos tocara el turno de subir, cinco de nosotros precederíamos a Juan y luego otros cuatro irían inmediatamente después. Al llegar a cubierta, evaluaríamos rápidamente la situación y actuaríamos en consecuencia, lo concreto es que no nos matarían sin pelear y que Juan tendría la posibilidad de escapar. Ilusorio y suicida, pero en nada de eso pensamos, éramos jóvenes: quince, dieciséis o veinte años. Juan debe haber sido el mayor, bordeando los treinta años. A Juan Orellana lo secuestró el Comando Conjunto tres años después, lo torturaron, lo ejecutaron en la Cuesta Barriga y lo enterraron clandestinamente. La última vez que lo vi fue cuando lo liberaron en el mismo grupo que a mí. Fue al cuarto día, porque no nos fusilaron ni nos lanzaron al mar el día anterior cuando nos obligaron subir la escalera: al llegar a la cubierta del buque no nos dispararon, sino que nos esperaba un plato de fideos o porotos, no sé, una mazamorra que apenas probamos, porque, además de ser incomible, prontamente nos ordenaron bajar a otra bodega, que al igual que la otra, estaba repleta de gente. Por eso no volvían los compañeros. Desde esa bodega salimos el día sábado en la mañana, bajamos desde el barco al Molo y caminamos el trayecto desde la nave hasta la salida en la avenida Altamirano. Iba junto a otro compañero, no nos dijimos nada hasta que nos despedimos a la salida con un breve “cuídate”. Nunca miramos para atrás, yo solo miré hacia adelante, hacia el cerro, hacia el mar buscando un Valparaíso que jamás sería el mismo. Es que el mar parecía haberse alborotado como nunca lo había hecho antes, las rocas temblaron de puro miedo, creo. Y la tierra se movió con tal fuerza que los barcos encallaron por si acaso; los cerros zarandearon sin piedad

sus calles y escaleras, y los porteños corrieron de un lado para otro rezando por sus vidas. Como sucedió en el terremoto de julio del '71 casi a la medianoche. Muertos, heridos y destrucción, ni la cúpula de la catedral de Valparaíso se salvó, aunque supongo que obispos y sacerdotes deben haber tenido la esperanza de estar protegidos por el mismo Dios. Yo no creo en Dios, por lo que poco me preocupó la iglesia, más me dolió la muerte de los porteños que se hallaban en la función nocturna del teatro Imperio y fallecieron aplastados. Al día siguiente, salimos numerosas brigadas de las Juventudes y partidos de la Unidad Popular a colaborar con los rescates y ayudar a las víctimas del sismo. Fue en medio de la lluvia, como aquella tarde que nos enfrentamos eternamente con grupos de choque de la derecha: en Colón, en Independencia, en Victoria, en la avenida Argentina. Ahí estaba la casa central de la Católica, que recurrentemente se la tomaban los fachos y otras tantas veces la retomábamos o, para ser honesto, la recuperaban otros compañeros y compañeras, porque yo siempre llegaba atrasado. Encontraba los escombros de la batalla y esperaba la próxima arremetida de la derecha para reivindicarme, pero nunca llegaban, entonces me iba y ahí aparecían los fachos, se tomaban la universidad y yo otra vez llegaba tarde. Pero siempre había lugar para la justicia, por tanta violencia de los que conspiraban en todos los ámbitos contra el Gobierno Popular, aunque —al igual que hoy— nos reprimía la policía. Hoy se llaman Fuerzas Especiales, en esa época se denominaban Grupo Móvil, pero golpeaban igual. No obstante, la peor forma de represión, en pleno gobierno de Allende, de nuestro gobierno, del gobierno del pueblo, sobrevino cuando se decretó la Ley de Control de Armas en 1972. Lo hizo el Parlamento, basado en una moción del senador demócratacristiano Juan de Dios Carmona; pero fue promulgada por el Gobierno, supuestamente para controlar a grupos armados. Sin embargo, los militares la utilizaron para, una vez más, reprimir al pueblo: allanando fábricas, sedes de partidos de izquierda y poblaciones. No es casualidad que después del golpe, Carmona pasara a integrar el Consejo de Estado, órgano fantasma creado por Pinochet para otorgarle algún

viso de institucionalidad a la dictadura. En la entonces provincia de Valparaíso, se allanaron, entre otras fábricas del área social de la economía, ENADI, Empresa Nacional de Distribución de Petróleos y la Compañía Cervecerías Unidas, CCU, en Limache. Luego, como se hizo sistemáticamente en dictadura, se organizaban montajes para comunicar que se habían encontrado armas, dinamita, bombas molotov, gran cantidad de municiones. Era el preludio del Plan Zeta, siniestra maniobra de inteligencia inventada por los militares para justificar el golpe y la obsecuente represión contra el pueblo. Los marxistas, es decir, todos nosotros, habíamos supuestamente elaborado un plan para exterminar a toda la oficialidad de las Fuerzas Armadas y a sus familias. En la zona, en los días y semanas posteriores al golpe, los diarios *El Mercurio* y *La Estrella de Valparaíso* publicaban titulares y artículos que denunciaban el supuesto Plan. Simultáneamente, delataban a numerosos compañeros acusándolos de ser responsables de la ejecución de la maquinación marxista. Muchos fueron asesinados producto de estas mentiras inventadas por la prensa reaccionaria, por los militares y directamente por asesores norteamericanos.

Pero no había ningún Plan, excepto el de la conspiración, que se engendró en todo Chile, y particularmente en Valparaíso, con la dirección de la Armada y Estados Unidos desde antes de la llegada de Allende al poder. La violencia, la desestabilización económica y la presión política se intensificaron en 1972. Mientras esto acontecía, ese mismo año, nosotros realizamos el Séptimo Congreso de las Juventudes Comunistas. La clausura del Congreso se hizo en Santiago, en el Estadio Nacional, donde éramos miles los “jotosos” que abarrotamos el estadio. Desde Valparaíso, después de llevar a cabo múltiples reuniones (locales, comunales y regionales), viajamos a la capital. Lo hicimos en tren, luciendo orgullosos nuestras camisas amaranto sabiendo, o más bien creyendo, que todo el país sentía lo mismo, que todos estaban con la Unidad Popular, con Salvador Allende. El presidente estuvo ese día de ardiente sol en el Estadio, justo frente a la delegación de Valparaíso. Él en la tribuna oficial y nosotros en la tribuna Andes, él hablando y nosotros escuchando y aplaudiendo. No

lo divisaba bien y seguro que Allende jamás nos vio o se enteró que un vasto contingente de porteños, limachinos, quilpueíños, villalemaninos, caleranos, viñamarinos, quillotanos, entre otros oriundos de estos lares, constituíamos una gigantesca algarada púrpura. Una miríada de jóvenes que vendíamos *El Siglo* los domingos, que hacíamos trabajos voluntarios, que asistíamos a escuelas de cuadros, que estudiábamos, que trabajábamos, que nos enfrentábamos con los Rolando Matus y con los Patria y Libertad cuando había que hacerlo. Éramos jóvenes comunes y corrientes que reíamos, bailábamos, devorábamos completos, hacíamos el amor cuando podíamos o nos dejaban; que paseábamos por la costanera cuando aún se podía transitar libremente por el puerto, cuando el mar era nuestro y no de los marinos. Antes que el Maipo surcara desde el Puerto a Pisagua en la tarde del día en que fui dejado en libertad. Allá, en el campo de concentración instalado por el Ejército, fueron torturados y vejados los prisioneros trasladados desde acá. Entre ellos estaba Renato Cárdenas, el mismo del último mural, y el padre de mi compañera de ese entonces, dirigente sindical y también comunista, a quien nunca conocí, pero supe de sus sufrimientos. En todo caso, en medio del dolor y sin saberlo, tuve mi propia venganza anticipada, porque antes del golpe sostuve un intenso romance con una mujer hermosa, sola y casada con marino mercante. No era oficial de la Armada, pero igual cuenta como una suerte de revancha contra la especie marina. Fue durante la Unidad Popular, y bastaba que zarpara el buque para que subiera el cerro, en muchas oportunidades sorteando charcos y perros. Isabel era cuidada, por lo que rigurosamente dejaba una señal indicando que estaba sola y que su marido navegaba algún rincón del océano pensando en ella. La puerta, como siempre, estaba entreabierta y la lluvia había formado una turbia poza de agua en el pórtico, aunque ni toda el agua del mundo me detendría cuando me hallaba en el umbral de la dicha. Aunque debo confesar que mi conciencia me estorbaba de tanto en tanto, especialmente cuando ella usaba unas botas de cuero que se las había comprado su errante esposo en una fugaz recalada del barco en Montevideo. Esas botas removían mis entrañas, porque no es posible

que uno gaste la mitad del sueldo en la mujer que lo engaña apenas zarpa el buque. Aun así, Isabel y yo leíamos sagradamente la sección “Bitácora” que tenía el diario *La Estrella*, para conocer cada recalada del buque, cada ola, cada nudo marino, para precisar sin equívoco el número mágico de orgasmos que nos restaban de este nuevo periplo oceánico. Pero yo era un amante puertas afuera, porque ella siempre volvía a su marino esposo.

Exigua venganza anticipada, inútil venganza, un poco como lo fue el alzamiento del día 14 de septiembre en Valparaíso. Muchos dudan que haya existido aquel enfrentamiento entre los militares y los militantes y simpatizantes de la Unidad Popular: que no es verdad, que fue un montaje, que, a lo más, fueron un par de disparos impotentes de algún comunista furioso; que los marinos y militares se asustaron tanto que se dispararon entre ellos por horas. Independientemente de lo que digan, ese viernes sí hubo enfrentamiento, desigual, pero de una inmensa dignidad por parte de un grupo de compañeros comunistas, socialistas, miristas, mapucistas y meros simpatizantes que intentaron defender al gobierno de Allende. Fue en la tarde del viernes, mal organizado tal vez, porque en esos días todo era caos, pero da lo mismo, ellos estuvieron ahí, con coraje, con decisión. Estuvieron. Conozco compañeros que combatieron esa tarde y noche, aunque nunca más vi a ninguno de ellos, sé que enfrentaron a los militares, marinos y carabineros. Nunca más los vi, nunca más supe de ellos, sólo recuerdo la sonrisa cómplice de un compañero del partido cuando nos cruzamos fugazmente en la calle Condell, ahí, en la pirámide, a pasos de la subida Ecuador. Unas cuadras más allá me encuentro por casualidad con un compañero que me increpa duramente porque el partido le mintió y me ordena que le entregue las armas que se les había prometido. Sólo mascullé: “lo siento”, mientras me alejaba con rabia, aunque convencido que todo había valido la pena. Ojalá me hubiese encontrado con aquel compañero muchos años después, cuando sí teníamos armas. O esa noche cuando un agente se paró detrás de mí, puso la pistola en mi nuca y me dijo: “Tengo la bala pasada, si te *moví*, te mato”. Como 14 años antes, en Valparaíso.



Luis Vildósola
(compilador)

Eduardo Tapia
El vecino valiente de Achupallas, me dicen
Carta del sacerdote Alfredo Hudson
a Gonzalo Duarte, obispo de Valparaíso

Amigos, me piden que cuente quién soy, que diga cómo ha sido mi vida en Viña del Mar. Creo que eso puede ser muy largo, tengo 86 años y he visto pasar mucha agua bajo el puente. Me llamo Eduardo René Tapia¹, vivo aquí cerquita, en el paradero 5 de Achupallas, calle Manuel Guerrero. Soy un trabajador viñamarino que por muchos años luchó desde el sindicato para levantar la población donde hoy vivimos. Yo figuro entre los diez mil, que nos inscribimos para la compra del fundo Las Achupallas, en 1950. ¡No sé qué más agregar!, la mayoría de ustedes ya me conoce... Pero, bueno, conversemos.

Ya soy un hombre mayor y tengo dificultades para moverme, por lo de mis caderas. Soy el que pide a ustedes que me escriban cartas por computador, el zapatero del cinco. Don Eduardo, me dicen algunos. Y mis cercanos, me dicen ‘compañero’ Tapia. Soy el que anda con muletas en la marcha.

Yo nací en Quillota, el año 1921, mis abuelos eran de la zona de Quillota. Ellos fueron campesinos del barrio El Boco, digamos de la zona de Manzanar y Callejuelas. Allá tenían que traer las cosas de

Material recopilado por Luis Vildósola y difundido como parte del quehacer del programa de Historia y Cultura Local, de Ekosol, y el centro cultural SURCO. En este programa han participado, niños/as, jóvenes y adultos, durante más de una década, en la localidad de Achupallas, Viña del Mar.

la ciudad a lomo de mula; primero en carreta y después en mula. Yo era hijo único y cuando murió mi madre, quedé prácticamente solo. A los siete años ya estaba viviendo en Viña del Mar. Me vine donde unas tías que vivían acá en Trece Norte, cerca del Coliseo. A la escuela fui poco. Ahora me doy cuenta que faltó estimulación porque yo no tenía mala cabeza, aprendía rápido. Fui a la escuela 75. De ahí me echaron y me fui a la escuela O'Higgins, donde está ahora la Secretaría de Educación. Llegué hasta cuarto preparatoria y con mucho sacrificio, porque antes, la gente no se preocupaba mucho de los estudios de los niños. Pero no era solo mi caso, eso era más bien lo común... Muchos niños no iban a la escuela porque sus padres los ocupaban para trabajar. Para mí, la escuela era buena, lo único no más que los profesores eran muy autoritarios, aunque, en esa época, toda la gente era así, había que tener demasiado respeto por los profesores, sino daban varillazos. Después empezaron los carabineros a obligar a que uno fuera a la escuela, porque mucha gente no iba, por trabajo, o por miedo a los profesores. Siendo niño alcancé a 'palomillar' también. Nos subíamos a los árboles que había cerca del estero y molestábamos, desde arriba, a las parejas 'jaibonas' que pasaban por el paseo de avenida Marina. Éramos parte de la patota que se subía al tren que pasaba por 5 Oriente, hacia el muelle, y sacaba azúcar rubia. Nosotros jugábamos harto a la pelota en las canchas que tenían las industrias en varias partes del plan de Viña del Mar, y que ahora ya no existen.

A mí me tocó ver el 'cohecho' que hacían los partidos políticos de los poderosos en ese tiempo. A la gente le daban un zapato antes de la votación y el voto 'marcado'. Y cuando salían, podían ir a buscar el otro zapato. También fui testigo, de la "Olla de los Pobres" que había en tres partes de la ciudad. Era chico cuando me tocó ver a las familias que llegaban en gran cantidad en los años '30 provenientes de las Salitreras del Norte que se cerraban. Yo vi como las señoras mataban los piojos de sus niños en la Plaza de Viña. Para muchos de nosotros la niñez se acabó pronto. A corta edad nos llegó la vida del trabajo, tenía 14 años cuando empecé a trabajar, en ese tiempo

no pedían muchas cosas. En algunas partes era que el niño fuera autorizado por los padres para trabajar, pero siempre daban trabajo. Yo entré a trabajar en la pavimentación, estaba muy niño y se reían de mí los demás trabajadores. Era muy pesado el trabajo para mí, y para cualquiera. Pavimentábamos las calles con carretilla. Después, entré en una fábrica de lanas, y, luego, en una industria de corchos, ahí detrás donde está el Teatro Oriente (llamado Premier después). Lo que yo les cuento debe haber sido por el año 38 (1938), casi al empezar el gobierno del Frente Popular (1939) con don Pedro Aguirre Cerda, como presidente de Chile.

En ese tiempo la juventud la vivía el joven en su época de trabajador. El apuro por entrar a trabajar, entre los que llegaban a 12 ó 13 años, era enorme. Imagínese que nosotros llegábamos a cambiar fechas del carné, porque a uno lo recibían en la fábrica con 15 años. Así fue como me convertí en un hombre. Muchos jóvenes nos veíamos obligados a salir de la casa, porque antes, nadie se quedaba en la casa, todos salían, aunque fuera a arrendar, pero salían. Eso era bastante común. La gente daba pensión en ese tiempo. Había otros que repartían comida en viandas para los trabajadores, mandaban a los niños a repartirlas, lo mismo que la leche. Recuerdo que al poco de entrar a trabajar; arrendé una pieza. Después hice el servicio militar, me fui a la Marina. Primero quería hacerlo y me gustaba, pero, después, terminé enoja'o con el Servicio. Es el lugar donde mejor pude darme cuenta de lo que eran las injusticias y los abusos en la vida. En la marina decían: "cumple la orden primero, y después reclama".

En mi época de juventud nos pasábamos metidos en unos lugares donde se iba a bailar. Claro que a las chiquillas casi no les daban permiso para salir. A las ocho de la noche tenían que estar de vuelta en su casa. Nosotros íbamos a un Centro, donde había un profesor de baile. Había también lugares de diversión. En calle San Antonio, que antes era calle Quillota, había unas Quintas de Recreo, bares y casas de remolienda, por ahí, en unos callejones. Había harto donde ir a bailar y donde divertirse. En ese tiempo, uno se lo pasaba metido en los negocios, se iba al teatro, a las carreras de caballo, al box.

Estaba el “Coliseo” en 13 Norte. Yo me iba a los salones de pool, a jugar brisca y así. Y también a jugar fútbol. La calle San Antonio era mi barrio: de 10 a 15 Norte, lo llamábamos el barrio de los artistas porque había cabaret y “casas de niñas”. Estaba el local de ‘los mataderos’, “La Viuda”, “Las Violetas”, “Doña Margarita”. En el pasaje Unión, estaba “El Garrido”. Se notaba que el obrero ganaba su plata. Viña del Mar en ese tiempo, hablo del ’30 y del ’40, era una ciudad más de trabajadores que de turistas. Estaba lleno de industrias, era muy distinto a como se ve hoy. De 8 Norte, para acá, vivía la gente modesta. Era la zona de ‘los arenales’. Allí se hacían puras casas de obreros. Eran cité. Recuerdo que al lado de la industria Gratry, en 15 Norte, donde hoy está el Líder, había una población para obreros, eran casitas de adobe, de un piso, revestidas por fuera en madera y por dentro eran rústicas. Allí había baños en común, vivían unas 200 familias, todos trabajadores de la Gratry. Esa era una industria grande que llegó a tener 400 ó 600 trabajadores. Yo trabajaba en la ULA, que era una industria de leche, de mantequilla y quesos. Era una industria más chica, unos 80 y hasta 120 trabajadores. Nos poníamos unos suecos para trabajar. A la ULA entré a trabajar el año ’40, porque al año después, me tocó hacer el Servicio Militar y cuando terminé volví a trabajar ahí. Como en todas las fábricas entraba como “jornal”, a barrer. Después se iba arreglando la cosa. Y los que entraban a la parte de tejidos (textil), llegaban como aprendices: en mecánica, en la parte administrativa, en todas las áreas, pero el “jornal” siempre entraba a barrer primero. No sé si ahora los profesionales entrarán como tales al tiro, o como aprendices. Antes, el que entraba a hacer el aseo se llamaba jornalero, ahora se llaman empleados de mantención, se están poniendo nombres más bonitos... Después trabajé en el laboratorio de la ULA. En la ULA preparábamos leche, quesillo, mantequilla, cremas, quesos, yogurt, manjar y otros derivados. Abastecíamos a todo Viña, hasta Peñablanca. No había otra industria del rubro en Viña, así que no tenía problemas de ventas ni distribución. Todos los días salían camiones cargados a entregar mercaderías. Años después se instaló otra indus-

tria del rubro en Casablanca, que duró poco tiempo. El último año que estuve en ULA, hicimos helados. El helado deja mucha plata, se vende todo el año como un buen postre.

En esta industria era mucha la explotación de los patronos. Por ese motivo me fui volviendo rebelde. Fue en ese tiempo que me hice sindicalista. Puse atención y fui aprendiendo de los viejos del sindicato. Al principio no tenía mucho interés en ser dirigente. Eso, porque había mucho dirigente arregla’o en los sindicatos. Pero, por esos años, formamos un grupo de muchachos y les dije: yo quiero ser presidente. Fuimos a la elección y salimos elegidos como directiva. En mi caso, lo hice porque sentí la necesidad de hacerlo. Era mucha la injusticia. En esta empresa (la ULA), fui 10 años presidente del sindicato. Tenía la visión de que había algo que hacer. Trabajábamos los pliegos de peticiones todos los años. Lo primero fueron los años de servicio. En ese tiempo, trabajábamos hasta el día domingo con un día de descanso cada 15 días. Luego, logramos que nos pusieran baños de acuerdo al reglamento. Después, reclamamos el derecho a tener ropa de trabajo, zapatos y casilleros. A la larga, hicimos un buen trabajo sindical y la gente empezó a tomarle cariño a su organización. Nosotros también teníamos harta actividad social y deportiva.

Del tiempo de mi sindicato, recuerdo la vez que el dueño de la Unión Lechera, el viejo Matte Larraín —los mismos que eran dueños de la Papelera—, me miró y me dijo: “Y voh ¿por qué te estai poniendo comunista?”. Miré al viejo y le dije: “¡Fue usted el que me puso comunista!”. “Y ¿cómo es eso?” me dijo. “Claro puh”, le dije, “porque cuando entré a trabajar aquí lo hice como ayudante y me pagaban como ayudante, pero de eso hace ya cuatro años, y ahora, trabajo como cualquiera pero me sigue pagando como ayudante...”. Así que tuve que rebelarme y empezar a formar el sindicato. Entonces le dije: “Son ustedes los que lo vuelven a uno comunista...”. Había que tratar de cambiar la situación. Entramos a la Confederación de Viña del Mar, y empezamos a hablar de esto de Las Achupallas.

Los “refineros” traían la idea de comprar terrenos en Achupallas. La refinería (CRAV) quería agrandarse y necesitaba el espacio de La Ciudadela (que llegaba hasta calle Simón Bolívar). Con Rubén Hurtado, a la cabeza de la Confederación, se hizo la gestión para llegar a la compra del fundo. Llegamos a tener 10 mil afiliados, inscritos para hacer este proyecto.

Con la Confederación de Sindicatos de Obreros Industriales, nació la idea de comprar el fundo Las Achupallas. Los asociados acordamos un descuento por planilla y compramos 90 hectáreas a un costo de 7 millones 500 mil pesos. Eso fue en 1950. Hubo gente visionaria y pensamos en grande. La idea era levantar una “Ciudad Satélite” para las familias de los trabajadores. Si lo miramos con ojos de ahora, hay que reconocer que fue una gran experiencia. Es cierto que el proyecto se retrasó bastante, por problemas que hubo con la urbanización, y con los dirigentes cabecillas, pero, a la larga, salimos adelante. Y ahora tenemos esta tremenda población con más de 40 mil personas. Este sector, tiene el valor que las casas fueron construidas por las propias familias. ¡Si este terreno se lo sacamos de las manos a los poderosos de Viña del Mar! Este cerro es plano, se puede andar en bicicleta, tiene espacios grandes. Y las calles son anchas, eso es lo lindo de este cerro. Por eso, amigos, perdonen que me haya extendido, creo que esta historia debe ser contada y conocida en las escuelas.

Hoy día, a mí me alegra que sean los trabajadores, sus hijos y familias los que se tomen los terrenos que quedan en el cerro. Y yo pido a las madres y padres, que eduquen a sus hijos, y a los jóvenes, para que participen y se organicen para defender sus derechos. Y para que esta historia de Achupallas no se pierda. Ahora veo que en este taller de Historia de Achupallas se está haciendo con los pobladores, incluso con los niños... Eso hay que continuarlo...

Yo creo que el gobierno de la Unidad Popular fue bueno para los trabajadores. Para empezar hizo fuerte a la organización sindical y a los sindicatos, que eran los que defendían a los trabajadores en ese momento; se empezaron a revitalizar algunas leyes que empezaron

a mejorar en algunos trabajos. Además estaba la ley de peticiones, donde cada año los trabajadores podían plantear sus peticiones, entonces eso daba fuerza a los sindicatos, porque nadie podía decir que no a la ley; la cosa era que el pliego de peticiones se amparaba bajo una ley que obligaba a presentarlo todos los años y donde se daba por descontado que iba a pedirse un aumento de remuneraciones. Y eso se empezó a respetar. Se empezó a respetar el fuero sindical de los dirigentes. También se mejoraron las condiciones de vida de los trabajadores, aumentaron las remuneraciones y se notaba más que nada en que la gente podía comprar más cosas. Ahí fue donde los ‘bandidos’ empezaron a esconder las cosas en sus casas; porque la gente comía más, podía vestirse mejor; si lo malo es que la gente no estaba preparada para vivir un gobierno así y con la derecha, que hizo todo lo que hizo en contra del gobierno. En ese tiempo, se producía más. En el caso de la ULA, antes de la Unidad Popular, se producían 40.000 litros de leche diarios, y después, 75.000 a 80.000 litros diarios; se dobló la cantidad. Se notaba que había plata. Eso fue lo malo, al final, los malditos empezaron a esconder las cosas, porque nunca faltaron, al otro día del golpe, aparecieron todas las tiendas con mercaderías.

Una cosa distinta de mi vida, que hasta ahora no había querido contar, porque, como verán ustedes, es muy difícil hablar sin que a uno no le vuelvan los malos recuerdos y las cosas que dan rabia, es lo que me pasó con el golpe de 1973. Pero el tiempo ha pasado y no es tanto lo que a mí me queda, y, por eso, me atrevo a decir cosas que creo también van a formar parte de nuestra historia como trabajadores y como pobladores de Viña del Mar.

Como dirigente con conciencia de clase, tengo que decir que finalmente me tocó enfrentar a los marinos que me torturaron. Eso fue en Las Salinas, en Viña del Mar, y en el cuartel Silva Palma en Valparaíso. El golpe militar me pilló siendo dirigente de la ULA, acá en la planta de 11 Norte. Yo fui el presidente del sindicato de la

ULA, hasta el 11 de septiembre de 1973. Empezaron a llamar por radio el día 23 de septiembre para presentarse a trabajar el 25 del mismo mes a las 9 de la mañana. Ese día parecía normal...

El que en ese instante oficiaba de jefe nos envió a cada uno a sus puestos de trabajo, me puse la ropa y me dirigí a preparar la máquina. Estaba en eso cuando un compañero me dice que la industria estaba rodeada de 'marinería', todos con rostros pintados. Al poco rato avisan por parlantes que se procederá a pasar lista. El primer mencionado fui yo, encabezando una fila de 18 obreros y un empleado, en presencia del gerente Ramón Olea García y Alejandro Martínez Camino, contralor de la industria, que se encontraba armado y acompañado de oficiales de la Armada. Nos sacaron de la industria con las manos en la nuca y sin poder decir una palabra, nos subieron a un bus y nos llevaron al cuartel Silva Palma, donde empezaron los malos tratos. Nos tiraron al suelo boca abajo y caminaron varios marinos por sobre nosotros. ¡Si estos milicos son unos puros cobardes!

Más tarde vinieron los interrogatorios, como lo llamaban, donde sólo era tortura, culatazos y combos. La primera pregunta que me hicieron fue si conocía a Guastavino. Combos, culatazos y electricidad se repetían. Luego me tendieron sobre una litera y me pusieron electricidad en la boca, luego en el pene y en el ano. Eso se repitió dos veces una misma noche. Quedé sin sentido. A la mañana siguiente nos llevaron a mojar la cara y se repitió el interrogatorio... A las cuatro de la tarde llegó el camión de la industria a buscarnos. Nos llevaron de vuelta. Todos nuestros casilleros estaban revueltos y por el suelo. Me robaron el reloj y el poco dinero que tenía. No nos dejaron ni bañarnos, y siempre escoltados por la marinería. Como presidente de sindicato pregunté: "¿Y ahora qué sigue?" Me dijeron: "mañana entran todos a trabajar a las 9 de la mañana". Yo dije a los demás que el que quería que volviera... Y que yo, volvería. Sólo algunos volvieron al otro día. Como a las 10, nos hacen subir a la oficina nuevamente escoltados por marinería. Me dicen aquí está su desahucio. Lo veo y como no correspondía nada más que a tres días trabajados, les dije

que firmaría sólo en la Inspección del Trabajo, porque faltaba el dinero de 32 años de servicio, ganados por pliego de peticiones, más el mes del fuero sindical de 18 meses por ser el presidente del sindicato. Ahí se dio una situación muy tirante, porque de un culatazo me tiraron al suelo. Las empleadas lloraban con ataques de histeria...

El 26 de diciembre de 1973, viví mi segunda detención. Como a las tres de la madrugada, me despertaron unos golpes en la calle. Cuando abrí, me topé con una patrulla naval, que para entrar echó abajo el cierre de mi casa. Encañonado, me dicen "¡vístete! y trae los documentos". Me ordenan pasárselo —de rodillas— al que mandaba. De un culatazo quedé en esa posición. Me sacaron de mi casa amarrado de las manos. Me pusieron un saco en la cabeza y me tiraron en una camioneta. Me llevaron a la Escuela de Armamento en "Las Salinas". Me tiraron al suelo y me pegaron. Al rato me ordenaron pararme y me llevan a la tortura: combos y culatazos. Me tiraron arriba de un mueble de madera y me ordenaron que me tirara de guata. Me sacaron los zapatos y calcetines y empezaron a pegarme en la planta de los pies, me pegaron hasta que perdí el conocimiento...; cuando volví en sí de nuevo lo mismo, y así tres veces más durante el día. En el último viaje me llevaron a la rastra y decían entre ellos: "Hay que mandárselo a los chicos malos para que lo maten...". En la noche me arrastraron hasta una escala, me tomaron entre dos y quisieron ponerme de pie, pero no pude porque las plantas de mis pies eran una bolsa de sangre... Me sacaron el saco de la cabeza y me llevaron al Cuartel Silva Palma, en Valparaíso. Así llega el día treinta de diciembre de 1973. Me llevan a ponerme la corriente y pegarme unos culatazos en las caderas. Y me dicen: "Hoy día te vas en libertad..., ¡y cuidado! porque de la próxima no te escapai".

Y así quedé producto de las torturas con las dos caderas quebradas. Después de la operación quedé inválido. Al final, milicos y patronos me robaron 50 meses por desahucio y fuero sindical. Después de una segunda detención, quedé obligado a ir a firmar a Carabineros ahí en 4 Norte. Quedé en una situación donde todos

mis derechos laborales fueron pasados por alto, me robaron mis derechos ganados. Tenía 32 años trabajados en la industria. Una cosa triste fue que después de la tortura y la exoneración, algunos trabajadores y vecinos de Achupallas que me conocían, se cambiaban de vereda cuando me veían, para no saludarme y creo que era por el miedo que tenían, ellos no querían comprometerse. Eso duele, pero yo lo entiendo. No todos nos paramos igual frente a la vida...

Hoy, a mis 87 años de edad, sigo tratando de aportar. Formo parte de la agrupación Julio Guerra, y participo en la Asociación de Jubilados de Viña del Mar. Pero también soy un poblador que participa en el Taller de Historia de Achupallas. Soy el integrante mayor del grupo, y, por eso, aquí trato de aportar mi experiencia. En la medida que puedo, apporto, pienso que vale la pena. Creo que los niños y niñas de Achupallas pueden sentir orgullo de la historia de su población. Y que ellos pueden seguir creciendo y aprendiendo mucho con esta historia de los trabajadores y los pobladores. Porque fue grande lo que hicimos. A nosotros, todavía nos quedan algunos terrenos por ahí. Y ¡qué mejor! que sean los mismos niños del sector los que aprovechen y mejoren esta obra que hicimos con el esfuerzo de todos los trabajadores. Los que compramos este territorio en la década del cincuenta.

Ahora, para despedirme de ustedes, porque ya se ha hecho tarde, les pido que los niños y jóvenes de Achupallas continúen con esta historia de una población, que yo creo que es única en Chile...

1 Testimonio de Eduardo Tapia recopilado por Luis Vildósola y difundido como parte del quehacer del programa de Historia y Cultura Local, de Ekosol, y el centro cultural SURCO. En este programa han participado, niños/as, jóvenes y adultos, durante más de una década, en la localidad de Achupallas, Viña del Mar.

Alfredo Hudson²
a Gonzalo Duarte, obispo de Valparaíso

Señor obispo:

Durante este tiempo de cuaresma he aprovechado de reflexionar y revisar mi acción pastoral, la acción y participación de la Iglesia en la sociedad y mi propia vida y vivencia del evangelio. Ha sido un proceso duro en el que he debido enfrentarme con mi pasado y presente y con todo lo que rodeó y rodea esas situaciones; el futuro también ha estado latente en esto. Parte de estas reflexiones quiero compartirlas.

Me duele la Iglesia de hoy, me duelen las palabras y actitudes de algunos miembros de la jerarquía: cómo no desasosegarse cuando se dice que “mucha justicia puede devenir en injusticia”; o cuando se afirma que la Iglesia no hará nada por establecer los hechos que llevaron a la muerte a sacerdotes durante la dictadura; o, cuando se niega la autorización para que el lanzamiento de un libro sobre el sacerdote Miguel Woodward se haga en la Universidad Católica de Valparaíso.

En 1973 fui entregado a la Armada por un sacerdote, Juan Enrique Barros. A Manuel Soto, estudiante de la Universidad Santa María, a cuyo hermano Ignacio habían asesinado los militares en Santiago días antes, le pedí que contactara al Padre Barros para conversar sobre el modo más conveniente de proceder dadas las circunstancias. Yo confiaba en el Padre Juan Enrique en razón de la amistad de él con mi madre. Pero él me fue a buscar en el auto de la Intendencia, acompañado de dos detectives, quienes me detuvieron; mientras en la Iglesia de los Jesuitas se celebraba el Te Deum del 18 de septiembre —la catedral estaba terremoteada—. Fui llevado al Silva Palma (Palacio de la risa) cuya autoridad era Raúl López Silva. Allí fui chequeado e interrogado de forma no violenta pero sí encapuchado.

A consecuencia de esa traición estuve detenido en la “Esmeralda”, fui colocado al lado del Subcomandante Eduardo Barison mientras ingresaban los estudiantes universitarios detenidos. Esto constituía tortura psicológica en cuanto se me hacía aparecer como soplón frente a jóvenes de los cuales yo había sido asesor en la Asociación de Universitarios Católicos (AUC). Nunca di un solo nombre a pesar de lo que vino después. Intenté conversar con Eduardo Barison en razón de que lo conocía, lo había casado, pero él se negó a hablar conmigo, manteniéndome al lado de él mientras ingresaban los universitarios detenidos que venían con las manos en la nuca. Desde la “Esmeralda” fui llevado en jeep al “Lebu”. Junto a los otros presos fuimos puestos en una bodega de fierro, bajo mar, sin frazadas y sin comida ni agua durante dos días. El baño era medio tambor de lata con un tablón. Este baño era para cien presos. En estas condiciones era obligado, durante la noche, a rezar el credo, el Padre Nuestro y predicarle a los demás presos; mientras rezaba se nos obligaba a tener los brazos en alto.

Hubo constantes allanamientos en búsqueda de armas, nos desnudaban a todos y nos revisaban. De nuevo fui llevado al Silva Palma y posteriormente liberado. Volví a mi casa en Rocuant Alto encontrándola absolutamente saqueada por los marinos; ellos mismos

regalaron algunos útiles de cocina a los pobladores y se llevaron los libros, los discos y el mobiliario. Insistían en búsqueda de armas, intentando revisar incluso el pozo séptico; el vehículo que tenía —una citroneta— fue baleado desde las ruedas hasta el techo.

Aún era ingenuo y fui a reclamar mis cosas al cuartel que tenían los marinos en el colegio Pedro de Valdivia. Ahí me tomó el Capitán Oelckers y en camioneta me llevó de nuevo al Silva Palma porque según dijo, faltaba que me tomaran un dato. De nuevo fui detenido, encapuchado, amarrado y trasladado por pasillos angostos y empujado de lado a lado para golpear la cabeza contra los muros. En esos días fui interrogado por al menos cinco personas: uno interrogaba y los demás golpeaban insistentemente en los oídos (el teléfono), en los riñones, en el estómago y el bajo vientre, hasta quedar extenuado y perder el control de los esfínteres, sufriendo una regresión a la infancia, y lanzado a un cuarto donde estaban otros prisioneros que ya habían sido torturados; ellos se encontraban muy maltratados y algunos en condiciones de agonía.

Durante los interrogatorios y las torturas se me preguntaba por personas a las que se suponía yo debía conocer. Se me insistía en que “aquí no vale el secreto de confesión”. Después, cuando estuve en condiciones de caminar, fui llevado nuevamente al “Lebu”, donde se repitieron los mismos tratamientos sufridos anteriormente. Allí, fui testigo de las torturas sufridas por ancianos sentados en la cubierta a pleno sol de octubre y sin agua, lo que implica estar como sobre una verdadera plancha ardiendo. Cuando pedí la comunión fui llevado a la presencia del capellán que me dio la comunión custodiado por dos marinos que me apuntaban con sus metralletas “con bala pasada”. Fuimos interrogados y puestos en la borda y apuntados por metralletas “bala pasada”. Fui interrogado en una sala y se me preguntó insistentemente por la acción social. Mis respuestas fueron siempre citando la *Popolorum Progresio*.

A través de la intervención del cardenal Raúl Silva Henríquez fui sacado del “Lebu” y trasladado directamente a Chiloé por monseñor Jorge Bosagna y monseñor Jaime Fernández, y entregado a mon-

señor Sergio Contreras, obispo de Ancud. Fui obligado a permanecer en Chiloé por tres años. Nunca supe si esta relegación obedecía a órdenes militares o de la Iglesia. Durante todo ese tiempo nadie de la Iglesia me prestó ninguna ayuda, salvo la visita que me hizo don Raúl Silva Henríquez y el apoyo de monseñor Sergio Contreras y monseñor Juan Luis Ysern. En ese tiempo me atacó una colonia de tuberculosis a consecuencia de lo vivido a manos de los marinos en sus barcos.

Durante un año viví con lo que llevaba puesto durante mi traslado, tenía sólo un sleep y una camiseta. Todas las noches debía lavarlas para poder volver a usarlas. Tenía sólo dos libros: la *Biblia* y *Juan Salvador Gaviota*. Nunca percibí alguna ayuda económica, fuera de la estadía y la comida. Viví de la solidaridad de algunas personas de buena voluntad. Después de tres años y medio (1977), de vuelta en Valparaíso y mientras fue obispo monseñor Emilio Tagle no tuve ningún cargo pastoral. Durante siete años pedí, una vez cada año, a través del vicario episcopal, monseñor Jaime Astorga, audiencia a monseñor Tagle y nunca me fue concedida. Continué viviendo de la solidaridad, y no precisamente de la solidaridad de la Iglesia.

Trabajé con jóvenes en formación social, me fue negada toda sede parroquial, lo que nos obligó a reunirnos en los bosques de Reñaca Alto y en juntas de vecinos en Gómez Carreño y Forestal Alto. Desde el clero nunca hubo ningún acercamiento, salvo Pedro Aguiar en Forestal Alto. Así aprendí a no tener contacto con obispos, vicarios y clero. En esas circunstancias supe que el decreto de reducción al estado laical de Pepo Gutiérrez y mío estuvo sobre el escritorio del obispo listo para ser firmado sin que se nos dijera nada oficial de lo que se estaba haciendo con nosotros. Recién cuando asumió como obispo de Valparaíso monseñor Francisco Valenzuela se me readmitió en la estructura de la Iglesia y se me dio un cargo pastoral, vicario parroquial, a petición del Padre Wenceslao Barra. Durante diez años fui absolutamente marginado, sometido a violento ostracismo.

Ahora usted me pide que participe en los encuentros y reuniones del clero. Frente a todo lo que he vivido y revivido dolorosamente

en este último tiempo y viendo que son temas que la Iglesia no asume con todo su peso histórico, tomando la postura del levita y del sacerdote que “pasa de largo” frente al dolor y el vía crucis de los familiares de las innumerables víctimas de la dictadura militar, se me hace cuesta arriba tal participación. El haber vivido los acontecimientos de 1973 desde el lado de las víctimas me hace sentirme hoy más cercano a los familiares que continúan la lucha por la justicia y la verdad que a los que fueron “espectadores neutrales” o a los que les tocó vivir esos hechos desde el lado de los victimarios.

Desde 1983, estando en la parroquia Asunción de María en Achupallas, hasta hoy en El Quisco, he hecho un esfuerzo de realizar una acción pastoral atenta a los signos de los tiempos, apoyando el trabajo pastoral y la mirada a la realidad en las ciencias humanas y sociales. Un gran número de laicos y profesionales ha estudiado esa realidad, elaborando informes y diagnósticos para conocerla tal cual es. Este trabajo nos iluminó el caminar y nos ayudó a tratar de responder a los desafíos de la historia.

Aquí en El Quisco, desde hace tres años, estamos abocados a una renovación de la catequesis familiar para que responda de mejor manera a esta realidad quisqueña. Han apoyado este trabajo un teólogo laico y dos licenciados en teología. Todos los informes, textos y planes pastorales han sido enviados al obispado más de una vez, al menos una vez a cada obispo, y nunca he recibido ni siquiera un acuso de recibo ni menos una respuesta. ¿Cómo entender esta incomunicación por un lado y la exigencia de participación por otro? Cuesta vivir en esta Iglesia de Valparaíso. Por todo esto necesito con urgencia un tiempo largo de reflexión. Necesito profundizar en el sentido de la fe, escudriñar en los signos de los tiempos para ver si estamos respondiendo, como estructura y personalmente, a la realidad o si, por el contrario, estamos de espaldas a la historia, intentando salvar la estructura y sus privilegios más que siendo servidores humildes de la humanidad; si estamos usando la fe para sustentar el status quo, traicionando así a Jesús, o estamos siendo constructores

del Reinado de Dios, sin miedo a perder los privilegios y la seguridad de lo establecido.

Estoy cansado y enfermo. Necesito tomar distancia y repensar mi fe, mi vida, mi acción pastoral y mis responsabilidades en la estructura de la Iglesia.

Que este tiempo de cuaresma nos sea propicio para ir al encuentro del Señor sufriente y nos encaminemos hacia la pascua final.

Fraternalmente,

Alfredo Hudson Tillmanns
El Quisco, el 25 de marzo del año 2001.

2 Alfredo Hudson falleció el 3 de febrero de 2011.



María Elena Díaz
11 de septiembre de 1973. Valparaíso

El grito de mi madre me despertó en la madrugada del 11 de septiembre: “¡Levántate, hay golpe de estado!”. Salimos al patio para despejar la mente o despertar de esa pesadilla que estábamos viviendo y allí estaba, la voz de Allende a través de radio Magallanes, hablando a su pueblo, enrostrando a los generales traidores y llamando a la calma a los trabajadores.

Salí de mi casa en dirección a la universidad, que quedaba al otro lado de la ciudad. La locomoción colectiva no funcionaba, seguí caminando y a la altura del hospital Ferroviario en Barón estaba un carabiniero joven, casi de mi edad, con metralleta en mano en medio de la calle; me acerque a él y lo increpé: “¡Cómo puede estar apoyando a estos golpistas, usted tiene que estar al lado de su pueblo, cómo es posible que esté pasando esto!”. Mi indignación me llevaba más allá de lo sensato, y este pobre policía asustado, con el miedo que se reflejaba en su cara, me decía que él no estaba de acuerdo y solo cumplía órdenes, mientras sus ojos seguían su cabeza de izquierda a derecha buscando algún fantasma que espantar.

Llegué al pasaje Quillota y luego tomé por Pedro Montt. Poca gente caminaba con paso apurado, algunos policías armados con metralletas en las calles, y también había grupos de marinos movilizadas y armados en diferentes puntos de la ciudad. En la esquina de Pedro Montt con Francia me encontré con un compañero y nos fuimos a la casa de Andrade, compañero de estudios, que era el que vivía más cerca. En su casa, escuchamos los bandos militares junto a otros estudiantes universitarios que también habían llegado allí, y pensamos que lo mejor era ir por los cerros hasta Playa Ancha, para poder llegar al Pedagógico. Decidimos partir, ya que pronto entraría en vigencia el toque de queda. Caminamos hacia el cerro y llegamos a una casa donde no podíamos quedarnos, pues nos dijeron que habían pasados unos compañeros del MIR y que la casa ya estaba vigilada. Seguimos avanzando mientras anochece, finalmente, llegamos a la casa de una compañera modista. Nosotros, un grupo de alrededor de 15 personas sentados en el living, trabajadores, estudiantes y pobladores escuchando los bandos y ella, trabajando en su máquina de coser, escuchábamos los bandos militares cuando sentimos ruidos extraños en la calle. Corrimos suavemente el visillo de la ventana y allí estaba un comando de marinos, pintadas sus caras para hacerse irreconocibles, armados con metralletas, golpeando la casa. Salimos hacia la parte trasera para tratar de escapar y también allí había otro pelotón metralleta en mano, esperándonos detrás del muro del patio trasero. Nos tomaron a todos detenidos, nos sacaron a la calle y nos tiraron al suelo, manos en la nuca y piernas separadas. Nos revisaron el cuerpo y nos tuvieron dos horas inmovilizados en el cemento de esa calle, en la cumbre de un cerro, hasta que llegó un bus “Pegaso” a buscarnos. Nos hicieron entrar y arrodillarnos con las manos en la nuca todo el tiempo frente a los asientos, para que así, de afuera, el bus se viera vacío. Cuando paró y nos empezaron a bajar, estábamos en el molo de abrigo del puerto, en fila india nos pusieron frente al primer murallón de éste y apuntándonos a la espalda, nos dijeron que nos iban a matar a todos. Pasaron por mis ojos los momentos felices, mi infancia, mis seres queridos y el amor más importante se dibujó claramente frente a mí.

Recordé cuando habíamos trabajado en la campaña de alfabetización para adultos, queríamos que no hubiera nadie en Chile que no supiera escribir ni leer, y nosotros íbamos a Puertas Negras, una tarde por semana, después de clases. Con mi compañero de estudios llegábamos a esta población que quedaba en la parte alta de Playa Ancha y allí nos encontrábamos con mujeres, ancianas y trabajadores que llegaban cansados al atardecer. Sacábamos nuestro material de estudio, grandes afiches que eran parte del método de Paulo Freire de alfabetización para adultos, y aprendíamos todos de todos. Todo esto, en medio de un clima de amenazas que se estaba sintiendo por parte de la derecha, azuzando a los militares a un golpe de estado, que si bien entendíamos se podía llevar a cabo, ya se había hecho el intento en junio del 73: habían sacado las tanquetas a la calle, habían rodeado La Moneda, y habían matado, entre otros, al camarógrafo Leopoldo Henrichsen, que filmó su propia muerte. Fue Carlos Prats, comandante del ejército, quien finalmente dominó la sublevación ese día. En el fondo, esperábamos una respuesta constitucional de parte del Ejército hacia el gobierno democrático de Salvador Allende.

Ese verano, la Universidad de Chile, dentro de su programa de extensión, había incorporado la actividad de trabajar en los campamentos populares, que eran un conjunto grande de espaciosas cabañas vacacionales para los trabajadores y sus familias, esparcidos en diferentes puntos a todo lo largo de Chile, con un gran salón de actos y restaurant común, donde se servía el desayuno, almuerzo y se realizaban los eventos culturales; éramos muchos los estudiantes que nos habíamos inscrito para participar en los trabajos voluntarios. Yo fui al campamento que se encontraba en Peñuelas, en La Serena y allí aportábamos de diferentes formas según nuestra área de estudio; se hacían talleres de teatro, talleres musicales, de pintura, recreación deportiva, campeonatos de fútbol, voleibol, trotes de madrugada a la orilla de la playa, fogatas al atardecer, charlas, visitas de grupos culturales, entre otros. Experimentábamos una actividad febril, las familias felices (para algunos era la primera vez que salían

de vacaciones), gente de otros países que participaba y sentía con nosotros que estábamos cambiando la historia, construyendo una nueva realidad con justicia social, con participación activa del pueblo, sus trabajadores y sus estudiantes.

Caminamos uno detrás de otro, sentía el frío bajo mis pies y los gritos de los marinos llegaban como crujidos de mar a los oídos. Nos dividieron, a nosotras las mujeres nos hicieron sentar en el suelo del muelle, al costado de La Esmeralda; a los hombres los llevaron más adelante, al buque Maipo. Estuvimos un largo rato sentadas con los brazos acalambrados de tanto tenerlos sobre la nuca, hasta que empezaron a levantarnos y llevarnos de una a una al buque escuela Esmeralda. Atravesé el puente entre el muelle y el buque, y en cubierta, estaba desparramado por el suelo el empaque de plumavit del armamento nuevo; el marino, que me apuntaba todo el tiempo con su pistola, me hizo un gesto de silencio con su dedo en la boca y nos bajaron a los camarotes que quedaban bajo cubierta. Los escalones eran muy angostos y la escalera con una pendiente muy pronunciada; con su pistola a la altura de mi cabeza todo el tiempo, mis brazos en la nuca, pensaba que caería en cualquier momento.

En este compartimento estaban los dormitorios, que eran camarotes de dos camas, una al lado de otra. Allí nos hicieron acostar y se paseaban entre nosotras, sus prisioneras, entre las que se encontraban Inés Bravo, estudiante de Educación Básica, Paulina Cerna de Castellano y Aurora López, profesora de Psicología del Pedagógico. En el dormitorio de más allá estaban Luis Vega, abogado de la Intendencia y Maximiliano Marholtz, diputado comunista, entre otros. Lo supimos porque los llamaban por su nombre, a Luis Vega le reconocí la voz. Los zambullían y los volvían a sacar, les pegaban, escuchábamos los gritos y los golpes, mientras nos pasaban la bayoneta por la espalda, insultándonos en tanto nos preguntaban dónde teníamos las armas. No lograban entender que solo éramos universitarias con bellos valores, ideales y una práctica social que no lograban concebir. Un suboficial, cuya vestimenta era de color caqui

y que medía aproximadamente un metro setenta y cinco, claro de piel, ojos verdes, me llevó a la sala de baño (que era grande) y me empezó a interrogar, a preguntar mi nombre, mi militancia política, apuntándome con su fusil y su bayoneta. Tocándome los botones de mi blusa, me dice que me la saque. Lo miré fijamente a los ojos y le respondí: “¡No lo voy a hacer. Hazlo tú, si te atreves!” ¿Qué habrá pasado por su mente? ¿Se habrá sentido *touché*? ¿Lo desconcertó el tono de mi respuesta? En ese instante, me llevó de vuelta al camarote. Creo que no habría pasado lo mismo si hubiese sido Villa Grimaldi y no la madrugada del 12 de septiembre en Valparaíso.

En la mañana, temprano, nos llevaron a la Academia de Guerra y nos interrogaron. Me preguntaron por las armas y dónde las teníamos escondidas. Me nombraron a Serey, que era un no académico muy conocido del Pedagógico. Me mostraron mapas, ya que nosotros, los de Educación Física, teníamos acceso a la piscina de la Escuela Naval y, según ellos, sabíamos más de sus movimientos, lo cual era muy absurdo. Estábamos todas en una sala, no nos habían dado qué comer, pero allí estaban algunos de los marinos presos que habían sido detenidos en Talcahuano en agosto y trasladados a Valparaíso; ellos nos dieron cigarrillos y nos sirvieron comida a la hora de almuerzo. En el patio, que, siendo septiembre, podría haber sido una fonda, estábamos todos presos, nosotras sentadas comiendo, atendidas por presos que nos consolaban diciendo que venía una columna desde el Sur, comandada por el general Prats.

Esa noche la pasamos todas en una sala de la Academia, y al día siguiente, en la tarde, nos repartieron a diferentes comisarías. A mí me dejaron en la de la Aduana junto a otra compañera, la que estaba desesperada, pues había salido de su casa con su marido y habían quedado sus dos niños pequeños solos. Mientras esperábamos en la antesala, divisó a un vecino que trabaja de carabinero y le digo que por favor avise a mi casa. Me dice: “Estamos súper mal, de 300 sólo dejaron 40 aquí”. Nos incomunicaron y me llevaron a una sala donde solo había un sillón, al rato después, me trajeron una manta y

alrededor de las tres o cuatro de la madrugada, nos sacan a mí y a mi compañera de nuestras respectivas celdas. “El capitán quiere hablar con ustedes” nos dicen. Cuando íbamos subiendo por esa escalera de caracol, pensé que nos iban a matar, a violar, nos llevaban un par de carabineros en la oscuridad de la noche y todo seguía siendo absurdo, casi irreal...

Nos esperaba el capitán, alto y corpulento, en una oficina pequeña donde tenía su escritorio. Lo primero que nos dice es si queremos un café y un sándwich... Ese día creo que no habíamos comido nada. Me preguntó dónde estudiaba, que si conocía al presidente de los estudiantes de la Chile, Jorge Olave, comunista; que él era su tío y trayendo en sus manos una botella de Chianti, nos dice: “Ahora, vamos a tomar este vino, porque es lo último que vamos a hacer antes que vengan los marinos a matarnos”. En esos momentos, ya nos damos cuenta de que él está bebido, y mi compañera, con sus ojos negros, muy abiertos, me muestra el miedo y la incertidumbre de no saber qué hacer. “Escuche, si vamos a morir, que sea sobrios, con dignidad, aquí nadie toma nada”, le dije. Ese hombre sabía que no tenía alternativa, lo habían dejado con una dotación de 40 subordinados y solo trataba de alivianar esta situación, tan penosa y macabra. Nos hizo pasar a la habitación continua y nos mostró la foto de su mujer e hijo, me pasó en las manos, con la ternura de algo muy preciado y querido, el revólver que en un ceremonia especial les había regalado Allende, chiquito, bello, con una cachapa de nácar; y con mucho cariño nos pide que vayamos a dormir nosotras a su catre de campaña, que está en medio de la habitación, que él velará nuestro sueño. Logramos convencerlo de que debía descansar y que nosotras lo cuidaríamos. Enseguida se durmió con sus ronquidos un poco trasnochados, un poco etílicos y al ritmo de ellos, nosotras estábamos sentadas frente a él, pensando qué hacer si en esos momentos venían a buscarnos.

¿Cómo haremos si creen que le hemos hecho algo? ¿Y si vienen los otros pacos a buscarnos ahora? ¿Dónde guardo el revólver? ¿Y si vienen los marinos?

Volvimos a sentarnos en la oficina donde nos habían dejado hace unas horas, y en la madrugada nos vinieron a buscar los mismos carabineros, advirtiéndonos que si venían los marinos a buscarnos de vuelta, dijéramos que ellos eran los más malos del mundo. Cada una volvió a su celda y a las 12 del día, frente al carabinero de turno, tuvimos que llenar una ficha con todos nuestros datos. Le pedí una copia para mí, ya que no tenía documentación (mi cartera con mis papeles se había quedado en la Esmeralda), y allí quedé un rato, esperando a mi hermano. Me subí a la moto y lo abracé como se abraza a la vida un día soleado de primavera. Atravesamos todo Errázuriz acariciados por el sol y viento que chocaba en nuestras mejillas, y respiré tranquila el olor salino de mi ciudad, que ya no era la misma de días atrás, sin su alegría ni colorido, solo el gris de una ciudad sitiada por las patrullas de marinos armados ese viernes 14.

Pasamos por casa de mi madre para abrazarlos a todos y luego seguimos a casa de mi hermano. Allí me quede esa noche, tranquila, a resguardo. Al día siguiente, en la tarde, voy de paso a mi casa y estoy en el patio cuando entra un tío a decir que me buscan. Nunca sabré si lo hizo con intención o el miedo lo atontó, pero ahí estaban los carabineros que me venían a buscar; me llevaron hasta la camioneta y se fueron a dar una vuelta en sentido contrario a la ciudad. Me llevaron al buque Lebu, otra vez de vuelta al Molo y ésta vez la bienvenida fue corte de pelo, pero solo la mitad de la cabeza, mi lado izquierdo. Al camarote donde me llevaron encontré a Paulina, a Inés, a María... Allí iba de repente una carabinera y nos daba algunas calugas y alguna fruta, a pesar de que nosotras pedíamos jempañadas! Estábamos cerca del 18 y había que mantener el ánimo arriba.

En ese camarote había una compañera que trabajaba en la Compañía Chilena de Tabacos, era mucho mayor que todas nosotras, la mayoría estudiantes universitarias. También llegó uno de esos días una trabajadora de Hucke, que traía sus ojos desorbitados, se había presentado a trabajar y la habían tomado detenida. También le tocó el peluquero del Lebu, que al ver su carnet de identidad con el pelo

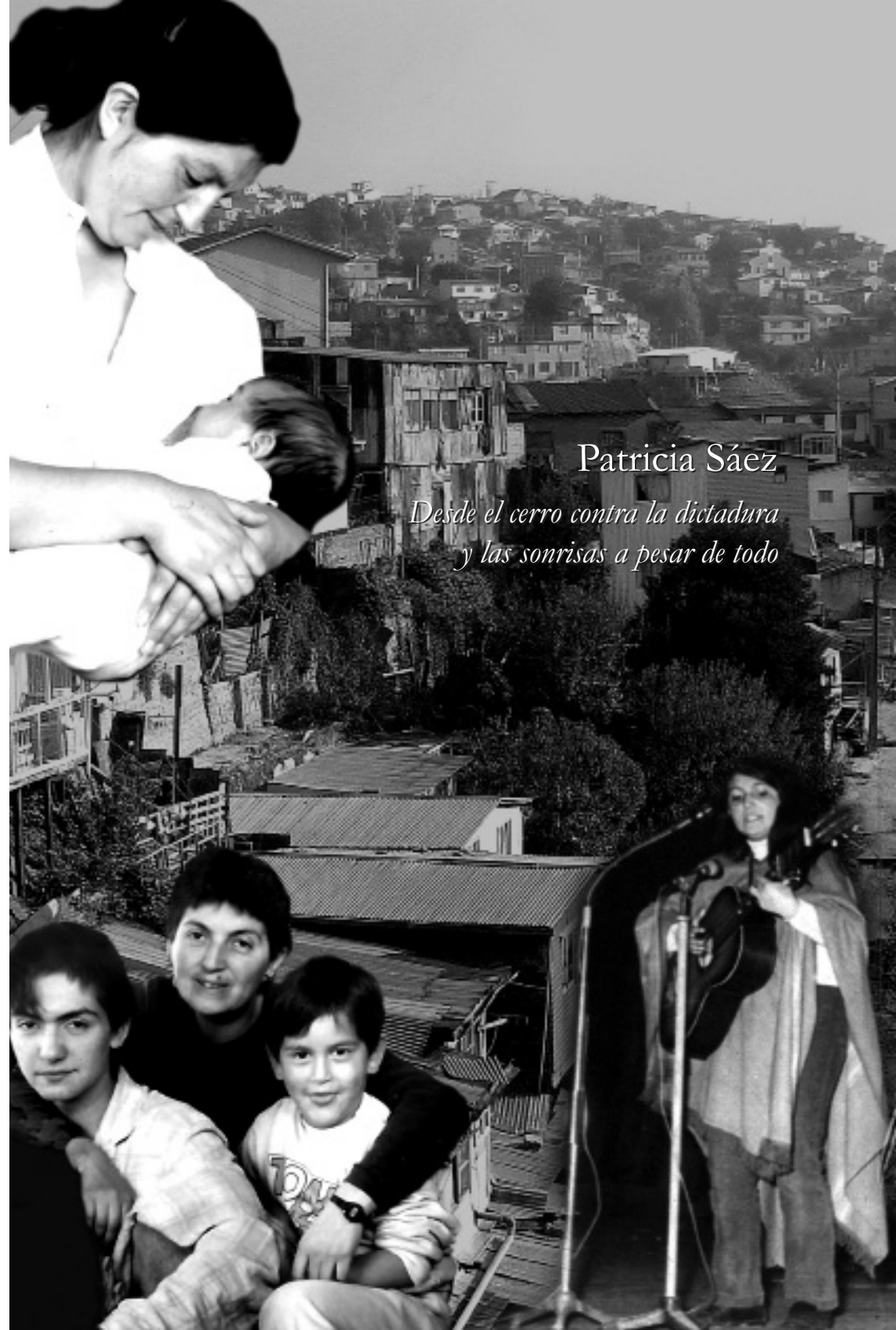
corto, le cortó de un tijeretazo su larga cabellera. Ella nos decía: “¡Pero si además yo soy demócrata cristiana!” Una de esas tardes, entró de vuelta Carmen, morena, delgada, estudiante de la Católica; la habían tomado detenida con Yantok, un compañero mirista de la misma institución. Traía sus muñecas sin poder moverlas, la habían tenido colgada de las esposas, y a Inés la quemaron con cigarrillos en un interrogatorio... Nos cuidábamos mutuamente y, a pesar del mal momento, conservábamos el buen humor y la risa, incluso teníamos sesiones especiales de chistes.

Después de un interrogatorio, me llevaron a una bodega en la parte de abajo del Lebu. Estuve sola, hasta que de repente apareció un tipo joven, vestido con ropa de camuflaje y hablando un español raro, preguntándome cómo salía de allí. Fue lo más extraño y absurdo que me pasó en ese barco fantasmagórico de reclusión. Salí del buque alrededor del 20 de septiembre, y tenía sentencia de ir a firmar a la fiscalía de la Armada dos veces por semana. Luego, lo cambiaron a la comisaría más cercana al domicilio de cada uno y generalmente, en la cola del día domingo, me encontraba con muchos otros compañeros que estaban en la misma situación. Me tuvieron firmando durante seis meses y con prohibición de hacer abandono del país.

Volví al molo de abrigo en busca de mi cartera y un suspiro profundo se me arranca cuando pienso en lo impulsiva que fui. Hablé con el marino que estaba haciendo guardia a la entrada y le dije que por favor preguntara por mi cartera, que mis documentos estaban allí. Me dijo que tenía que esperar en la vereda del frente y mientras lo hacía, veo salir un grupo de hombres que venían caminando desde el interior, gente que había estado presa en el buque Maipo y a los estaban dejando en libertad. En su mayoría, eran trabajadores de la KPD, y entre ellos venía Juan Orellana, entonces secretario regional de las JJ.CC. en Valparaíso, para mi sorpresa, con su camisa amaranto. Luego supe que se pudo salvar esa vez porque se hizo pasar por

un trabajador más de esta fábrica. Nos miramos y desde su paradero al mío, con un guiño de ojos, me dejó entrever que estaba bien. Sin embargo, esa fue la última vez que lo vi con vida, tiempo después lo tomaron detenido y lo hicieron desaparecer. Sus restos sólo lograron encontrarlos en el año 93. Lo asesinaron en la cuesta Barriga junto a otro compañero.

Este 11 de septiembre se cumplen 40 años de esta ignominia que sufrió el pueblo de Chile, y espero que nuestro país nunca más tenga que pasar por este río de sangre, mutilador de vida, de aire, de espacios, de derechos, de progreso. Que sea Chile una nación para los chilenos y su pueblo mapuche; que sus riquezas, su mar, sus montañas, sus fuerzas armadas y sus políticos estén al servicio de nuestros compatriotas y de los intereses de este pueblo, para seguir caminando por la senda de la alegría, la solidaridad y la justicia social.



Patricia Sáez

*Desde el cerro contra la dictadura
y las sonrisas a pesar de todo*

Ocho de septiembre de 1973. En la mañana, temprano, llego al hospital Gustavo Fricke con dolores de parto; mi hijo Salvador está por nacer. Las condiciones del hospital son terribles, pues una huelga de médicos ya muy prolongada en contra del gobierno de la Unidad Popular provocaba una situación muy compleja e insostenible. En ese ambiente hostil y deprimente nace mi primer hijo. El hospital es copado el 11 de septiembre en la mañana muy temprano, el personal de turno de la noche queda retenido y se les prohíbe dar a los pacientes cualquier información acerca de lo que está ocurriendo. Miro por la ventana de la sala en que estoy y veo, con horror, en una especie de terraza de un piso más abajo, marinos apostados con ametralladoras apuntando hacia la calle.

Como a las dos de la tarde, cuatro mujeres con sus guaguas salimos de alta con salvoconducto en una ambulancia, y allí comienza el periplo del horror. Soy la última a la que van a dejar a su casa, por lo tanto, veo en Forestal una cancha repleta de personas boca abajo y con las manos atadas en la espalda; en Miraflores, otro tanto. Con mis ojos desorbitados voy mirando la ciudad ocupada militarmente y mi mente trabajando a mil por hora, suponiendo lo que estaba pasando. Cuando llego a la casa de mis padres, me encuentro con una imagen aterradora: están borrando un mural precioso que habíamos pintado en una de las paredes de la casa, y me comunican que debo irme inmediatamente, porque estamos buscados mi papá, mi pareja y yo.

Comienza otro viaje de terror, nadie pudo siquiera decirme que tenía un hermoso bebé, ni nadie se alegraba de recibirme con la buena nueva. Ahí quedó un moisés de mimbre, amorosamente preparado por mi mamá; el miedo a lo que se venía, y lo que significaba un golpe de estado, me privó de ese momento hermoso que es llegar a la casa con un bebé recién nacido, en que pasa de mano en mano para conocerlo, mimarlo y quererlo; nada de eso pudo ser, pues, inmediatamente de haber llegado, tuve que partir con mi marido y dos hermanos pequeños de 10 y 8 años a buscar refugio en casa de algún pariente.

A los ocho días del nacimiento voy al hospital al primer control del bebé, y ya de regreso a la casa en la que estaba, a un paradero (donde había unas seis personas esperando la micro) se acerca una patrulla de militares en un camión con muchos de ellos. Se bajan y van directamente hacia una niña muy joven que está a mi lado y que llevaba unos libros en la mano -se veía que era estudiante-, le abren las piernas y le rajan los pantalones por las costuras de la parte interior, acto seguido le ordenan que de ahí en adelante solo debe usar faldas o vestidos, pues es una mujer y no un hombre. Quedamos helados y petrificados de miedo, nadie atinó a hacer nada; yo que me encuentro al lado, sentada y también estoy con pantalones, siento un sudor frío que me recorre la espalda, porque creo que soy la próxima. Pero se van, creo que no me vieron, porque tenía a mi guagua en brazos y mis piernas muy apretadas para que pareciera que estaba con un vestido largo (pues en aquella época se usaban los pantalones “pata de elefante”, que eran muy anchos). Cuento esta terrible anécdota para graficar de alguna manera el ambiente en el que vivíamos por esos días. Por un lado, el pánico colectivo cotidiano, porque todos los que estábamos allí no pudimos decir ni hacer nada, resultado de este tipo de arbitrariedades, así como los allanamientos selectivos, allanamientos masivos u “operaciones rastrillo”, detenciones y desapariciones. Por otra parte, la sensación de rabia contenida, impotencia, hasta desesperación, por lo que estaba ocurriendo se acrecentaba al ver este tipo de atropellos tan elementales a la dignidad humana.

La lucha por salvar la vida, en esos días, hacía casi imposible la reorganización para la lucha contra esta dictadura que se nos venía encima, y cuyas atrocidades jamás podríamos haber siquiera imaginado. En mi caso, pude volver a la universidad en donde cursaba el primer año de pedagogía básica, en noviembre del 73. Asistí a unas clases fantasmagóricas e increíbles, en donde en cada sala, un atónito profesor intentaba impartir su asignatura con un marino armado con su fusil, vigilando lo que decía. Eran unos simples marineros que no entendían nada de la clase que se estaba impartiendo, y cada uno de nosotros, los alumnos, tratábamos de concentrarnos sin poder lograrlo, ya que una situación así era impensable en un mundo supuestamente civilizado. Pero allí tenían que estar, sin decir una palabra, solo cumpliendo absurdas órdenes.

En esos primeros años, con muchos compañeros exiliados o expulsados de las universidades, solo quedaba armar el tejido social y político con enormes dificultades y con el miedo vivo, a partir de todo el horror que estábamos experimentando a todo nivel y en todas las esferas de nuestra sociedad. Creo que durante toda la dictadura, aun cuando el trabajo colectivo te infundía ánimo y hasta cierto punto algunos rasgos de valentía, el miedo fue algo muy difícil de superar. Había que luchar todos los días con ese sentimiento, de lo contrario, podías llegar a paralizarte. No me avergüenza confesarlo, siempre tuve que reconocer que lo sentía, de otra forma, era imposible de superar. Pienso que es muy difícil que alguien pueda decir que no sintió temor en esa batalla tan desigual, de un pueblo totalmente desarmado contra unas fuerzas armadas, con todo el poder a su disposición para reprimir y asesinar.

Después de vivir dos años en Argentina, regreso a comienzos del año 1979, para reincorporarme a la universidad y a la lucha contra la dictadura. Yo estudiaba Educación General Básica en la Universidad Católica de Valparaíso, en cuyo seno se darían los primeros atisbos de protesta, como lo fueron los cuchareos en el casino de la universidad, a la hora de almuerzo. Los míticos cuchareos de la Católica.

Aunque parezca increíble hoy, un simple cuchareo era toda una hazaña en esa época, porque cualquier indicio de protesta o rebeldía era susceptible de prisión o muerte. Bueno, estas primeras señales de protesta tuvieron un significado enorme por esos días, pues se empezaban a gestar las incipientes organizaciones que más tarde serían las que se llevarían a cabo en los distintos frentes; la organización de todo lo que fueron las protestas de los 80.

Las primeras señales de protesta fueron cosas muy simples, como por ejemplo los cuchareos; un mitin relámpago comenzaba con aplausos, incluso si uno andaba por el centro, y escuchaba aplausos, era la señal de que estaba comenzando algo, y había que sumarse. Los primeros rayados en las paredes fueron más increíbles aún, debido a la pobreza franciscana endémica en que estábamos sumidos por aquellos días para financiar actividades. Se compraban velas y tierra de color, se derretían y mezclaban en una olla y con esta mezcla se hacía una especie de lápices gordos y cortos, para que pasaran desapercibidos. Con ellos se escribía en las paredes de los colegios, en los baños de las universidades, en los ascensores de Valparaíso, en las micros; y así se denunciaba, se llamaba a alguna actividad, etc.

En septiembre de 1979, en el marco de la toma de las iglesias de todo Chile por parte de los familiares de detenidos desaparecidos para ayunar en ellas y mostrar al mundo lo que estaba sucediendo con sus familiares, se convoca a todas las organizaciones de defensa de derechos humanos y a toda agrupación de oposición a la dictadura en general, a generar iniciativas de apoyo. En la Universidad Católica estábamos agrupados en el Codeju, Comisión de los derechos juveniles, el que organiza un mitin relámpago en el centro de Valparaíso para visibilizar este primer gran ayuno simultáneo en todas las iglesias del país. Esta comisión nace en el año 1978 con el objetivo de defender el derecho a la vida de los jóvenes y de denuncia de los abusos que se cometían a diario en nuestro país.

En medio de la actividad en que se leyó una declaración a viva voz entre todos los asistentes, se nos avisa que debemos irnos por-

que ya se acercan las fuerzas policiales. Nos retiramos caminando lentamente, y algunos, entre los que yo iba, nos fuimos por las más transitadas, mezclándonos con los transeúntes. Después de caminar muchas cuadras, pensando ingenuamente que lo estaba haciendo súper bien para despistar, llego a un paradero de micro y allí me quedo. Estando en el lugar, me rodean tres hombres, y uno de ellos me toma del brazo. Me paraliza el miedo un par de segundos, pero en seguida, instintivamente no más, comenzamos a forcejear; logro zafarme y comienzo a correr hasta alguna calle transitada, pues en el paradero no había nadie, y en la esquina de Brasil con Bellavista andaba mucha gente. En esa esquina me encuentro a boca de jarro con dos carabineros, los que toman con mucha fuerza, y en mi carrera, caigo al suelo con uno de ellos. Yo hago, ex profeso, un gran alboroto, gritando mi nombre, medida básica en ese tiempo cuando se caía detenido.

En esos momentos llega un radio patrullas (cuca), con tres o cuatro funcionarios, y después de unos minutos me entregan a carabineros, los que me suben al vehículo y me tiran al suelo, en donde comienzan a gritarme y darme puntapiés por haber hecho ese escándalo, y sobre todo por gritar mi nombre tantas veces. Los tipos de civil les entregaron mis cuadernos que llevaba en la mano y que habían quedado tirados en la calle, junto con eso, algunas hojas con la declaración que habíamos leído en el acto. Pero ya en la comisaría ponen entre mis cosas muchos documentos que no eran míos, propaganda, panfletos, etc.

Fui trasladada en ese vehículo hasta la 2ª comisaría central de carabineros, ubicada en la calle Eloy Alfaro, Valparaíso; lugar que ya no existe, pues fue demolido hace muchos años. Llegando a ese lugar, sucede algo tragicómico: el cabo de guardia me pregunta amablemente por qué estoy allí y qué es lo que necesito. Al informársele que soy una detenida, fui literalmente lanzada a una sala pequeña por el mismo cabo que me había tratado bien hace unos segundos, su cara cambió como por arte de magia. En sala estaba detenido un

chico que rápidamente me dice que es de primer año de la carrera de Filosofía, de la misma universidad. No alcanzamos a decirnos nada, pues inmediatamente comienzan a pegarnos, por turnos; primero a este niño, del que nunca supe su nombre, el cual es salvajemente torturado, con su propia bufanda es arrastrado y ahorcado hasta quedar casi sin respiración. En algún momento, mirando eso, intento ayudarlo, lo que da comienzo a mi golpiza: golpes de puño en el estómago e innumerables patadas. No sé cuánto tiempo transcurrió en que nos hacían mirar la golpiza del otro, hasta que nos separaron y cada uno fue encerrado en un calabozo. Desde ese momento, no supe nunca más de aquel chico. De hecho, cuando volví a la universidad, traté de saber de él, pero, aparentemente, nunca volvió a clases. De lo que sí me informé es que también salió en libertad.

El calabozo era un cubículo insalubre, con un hoyo como baño, en general en condiciones espantosas. Allí estaba a oscuras, pero intermitentemente me prendían la luz, abrían la mirilla de la puerta y era insultada y amenazada con que sería entregada a civiles que me harían desaparecer.

En la madrugada, fui conducida a una sala en donde fui interrogada por civiles, haciéndome preguntas orientadas a mi militancia política, nombres de dirigentes, otros militantes, formas de organización, actividades que tuviéramos programadas; preguntas a las que no respondía o simplemente no sabía. De nuevo al calabozo, que esta vez está todo mojado, por lo que ni siquiera podía sentarme, porque aparte de lo asqueroso, era frío como una tumba. Estábamos en el mes de septiembre y aun hacía mucho frío. Nuevamente, se prende la luz y entra un tipo muy grande, de civil, el que comienza a gritarme y a amenazarme, me toma del cuello y me dice que si no respondo las preguntas que se me hacen la voy a pasar peor de lo que estoy. Estoy muerta de miedo y de frío.

En la mañana, muy temprano, me sacan del calabozo y me llevan a una pieza, hasta donde llega una persona ya mayor, de civil, que me

interroga muy amablemente y me dice que es mejor que cuente todo lo que sé, ya que de esa forma me podría ir tranquilamente para estar con mi hijo, el que seguramente está triste y echándome de menos. En ese momento me quiebro y lloro amargamente, y él me consuela. En vista de que le digo que no sé nada, voy de vuelta al calabozo.

En la noche del segundo día, me llevan frente a tres civiles que tienen en una mesa todos los soldaditos de plástico que yo había comprado para rellenar las sorpresas del cumpleaños de mi hijo Salvador. Me preguntan para qué tenía eso, les contesto el porqué, cosa que no me creen. Por el contrario, están seguros de que yo algo pretendía con esos soldaditos, y que estoy ocultando un plan para atacar contra las Fuerzas Armadas, y que, por lo tanto, estoy trabajando con un grupo armado a otro nivel. Yo les decía que comprobaran la fecha de nacimiento de mi hijo, pero de nada servían mis argumentos. Pasan los días, entre amenazas, casi sin poder dormir por el frío y el miedo, sin comer nada; pero era lo que menos me importaba, pues no sentía hambre, y aunque la hubiese sentido, no me hubiese atrevido a pedir algo. No recuerdo si al cuarto o quinto día me habla un carabinero, me lleva un pan y me dice que me conoce y que me quiere ayudar; si acaso quiero que le lleve noticias a mi familia. Pero le respondo que no es necesario, pues no los quiero preocupar. Sinceramente, pensé que era todo mentira.

Ya no recuerdo si pasan uno o dos días, cuando casi ya en la noche escucho unas fuertes voces de mujer y los carabineros: era una discusión, pero no logro distinguir de qué se trata. A los pocos días, me entero de que era la abogada Laura Soto González, quien me había estado buscando por las comisarías y retenes de carabineros de Valparaíso. Ella me cuenta que le costó mucho que reconocieran mi detención y que me negaron en reiteradas oportunidades. Informa a los carabineros de guardia que no me pueden tocar siquiera, porque estoy protegida con un recurso de amparo, el que en aquellos años no era garantía de nada, pero a mí me sirvió psicológicamente para enfrentar los días que aún me esperaban en ese lugar.

Cuando salgo en libertad, por requerimiento de la Intendencia de Valparaíso, se le ordena a la universidad que sea suspendida de la carrera, la que ya estoy a punto de terminar.

Comienzan en la universidad una serie de actividades, pues junto conmigo hay muchos alumnos que como yo están suspendidos. El casino de la universidad era el centro de las acciones para denunciar nuestra situación, pero por sobre todas las cosas, denunciar la arbitrariedad y los abusos que se cometían día a día, no solo en la universidad, sino en todo el país. En mi caso, algunos profesores me dejaban asistir a clases, pero otros no, y eso me dificultaba enormemente poder terminar los últimos ramos que estaba cursando. Así y todo, logré finalizar todas las asignaturas. En esos años, era obligatorio para todas las carreras de Pedagogía cursar el ramo de “seguridad nacional”, que estaba en el rango de electivo, pero obligatorio, y de lo contrario no se podía optar al título. Demás está decir que ese ramo jamás estuvo en la malla curricular, fue agregado entre gallos y medianoche por los militares. Ya imaginarán el tenor de esta asignatura. Recuerdo que lo impartía un marino de alta graduación de apellido Danyau, y en esa clase nadie opinaba, asentíamos a todo, incluso cuando paradójicamente él nos pedía que debatiéramos sus ideas, porque en esa clase el debate estaba permitido. Por supuesto, nunca lo hicimos, porque nunca le creímos. Fue una de las tantas arbitrariedades a las que fuimos sometidos.

El epicentro de estas actividades era el casino a la hora del almuerzo, pues es allí donde se reúne la mayor cantidad de alumnos. Y es que en realidad todos esperábamos ese momento para informarnos de lo que estaba aconteciendo. Arma de doble filo, pues sabido era que también se mezclaban entre los estudiantes los famosos “sapos”, realidad con la que convivimos durante toda la dictadura. En este casino se gestaron muchas actividades, por lo general de carácter relámpago, pues el riesgo era muy grande, la CNI no nos daba tregua, pero siempre pudo más el coraje y el convencimiento

de que nuestra lucha era justa, y que lo que estaba sucediendo en Chile debía terminar. Siempre nos asistió ese sentimiento, y es lo que nos animaba a seguir por sobre todos los miedos.

Hacer clases en ese contexto, con una educación absolutamente militarizada, en donde cada escuela, por pequeña que fuera, tenía un director designado por los militares, era una tarea muy difícil. En mi caso, y en el de muchos creo yo, fue casi imposible. Fui despedida muchas veces por enfrentarme a esos directores, en una escuela llegué a durar una semana, establecimiento del que fui despedida sin ninguna explicación. En las escuelas públicas, los alumnos eran tratados como pequeños conscriptos, en ellas, tanto los niños como el personal docente, paradocente y apoderados debíamos sentirnos felices de ser tratados como miembros de un regimiento, en donde todo funcionaba en perfecto orden. En todo era considerado así nuestro Chile.

La vida en los cerros de Valparaíso comienza a despertar y a rebelarse en contra de tanta injusticia. Se palpa la necesidad de no aceptar impávidamente lo que está sucediendo, y es así que surgen diversas iniciativas para organizarse. Ya la vida en el país es cada vez más insostenible, mucho se ha aguantado y la realidad está que explota, no solamente por la violación sistemática a los derechos humanos, sino también por los niveles enormes de pobreza, generados por una gran cesantía. En ese estado es que llega 1983, año de las masivas protestas. La primera convocatoria la hace la Confederación Nacional del Cobre para el día 11 de mayo. En la mañana, nos juntamos en el centro de Valparaíso, pero la real protesta se da a partir de las 20:00 con los famosos “caceroleos” y barricadas que se organizan en todos los cerros del puerto, y en todas las ciudades de Chile. Por primera vez, después de diez años de dictadura, la gente se tomaba las calles.

Las jornadas de protestas se repiten mes a mes, incluso a veces son dos días consecutivos. Ya en la tercera protesta, del 12 de julio, si bien es cierto que son convocadas por la CTC, son las organiza-

ciones juveniles y de los vecinos de los barrios las que van tomando el liderazgo del movimiento y les van imprimiendo su propio sello. En nuestro cerro ya no nos basta con tocar las cacerolas en nuestras casas, y salimos con toda la población que se va sumando mientras avanzamos, con el gigantesco ruido de las cacerolas, y la magnitud de la marcha. Los pobladores van perdiendo el miedo. Casi al finalizar la actividad, sufrimos la encerrona de dos vehículos sin patente, y comienzan a dispararnos a quemarropa. Así es como cae herida de muerte Carmen Gloria Larenas, estudiante de 19 años, militante de la Juventud Comunista, como un gran número de jóvenes heridos de bala y contusos, producto de las golpizas con cadenas propinadas por los agentes de los organismos de represión. Ciertamente es que con esos hechos, que provocan demasiado miedo porque finalmente se está arriesgando la vida, la población se replegó, y hubo que recomponer todo lo que habíamos andado; pero aun así, las protestas siguieron siendo masivas, no solo en las marchas del centro de la ciudad, sino que los gigantesco caceroleos en todos los barrios y las barricadas cada vez más numerosas en casi todos los cerros de Valparaíso.

A mediados de los 70, comenzaron a surgir las famosas peñas folclóricas en distintos lugares de Valparaíso como una forma de crear instancias de lucha antidictatorial, así como también un lugar de encuentro, o más bien de reencuentro, para todos los que repentinamente dejamos de vernos, y de escuchar la música que nos unió y que tanto nos entregó en los años previos al golpe de estado. Eso por un lado, y por otro, era una forma de contrarrestar el tremendo apagón cultural que se vivía, producto de la represión a toda forma de creación artística, que era considerada subversiva. Cabe recordar que a través de un bando militar se decía que se acababa la época de los ponchos y los charangos.

Hacer funcionar una peña con toda la represión imperante es en sí mismo un hecho histórico y de gran importancia, sobre todo en lo que tiene que ver con la mística que siempre nos caracterizó y que queríamos mantener a toda costa. Entre las más conocidas y con

más trayectoria, se pueden mencionar la peña del Instituto Chileno Francés, que funcionó no sin dificultades, pero con cierto grado de inmunidad diplomática al funcionar bajo el alero de esta entidad y en el mismo local del instituto. La otra es la peña *El Brasero*, que surge por iniciativa de estudiantes del Pedagógico de la Universidad de Chile, sede Valparaíso (hoy Universidad de Playa Ancha), funcionando en una quinta de recreo frente a la universidad. La idea original era crear una forma de organización de los estudiantes de dicha universidad, los que a esas alturas ya estaban funcionando en un frente antifascista. Pero como el trabajo en el interior de la universidad era extremadamente difícil por toda la vigilancia a las actividades de los estudiantes, y aprovechando la oportunidad que se presenta de hacerlo en una quinta de recreo justo al frente de la universidad, es que se crea esta casa folclórica, la que prontamente se transforma en un acontecimiento que traspasa el ámbito estudiantil. Yo llego a hacer mi aporte a la peña y en el corto plazo me integro al elenco estable del grupo de cantores que todos los viernes dan vida a esta tremenda iniciativa, junto con tantos compañeros que se encargan de un sinnúmero de tareas propias de un evento semanal, desde organizar los escasos recursos, hacer compras, preparar el vino caliente, mantener la limpieza, etc., hasta la organización artística propia de un evento musical. Tal fue la importancia que alcanzó esta peña, que se comenzó a trabajar en organizar otras en distintos cerros de Valparaíso y algunos lugares del interior de la región, con la idea de replicar esta iniciativa como una forma real y efectiva de lucha antidictatorial y de reivindicación de la cultura en nuestro país. Y es así como en Valparaíso, y me atrevería a decir que en todo el país, las peñas se van generalizando, con todo el temor implícito, pero comienzan a proliferar a pesar de la represión a la que son sometidas.

En *El Brasero* no pocas veces tuvimos que dejar de funcionar, a veces en pleno canturreo, porque llegaban los pacos con cualquier artimaña para clausurarnos. Por otra parte, tuvimos que aprender a funcionar y, de cierta manera, a convivir con los famosos sapos que entraban para vigilar lo que se hacía allí y a las personas que

concurrían a la peña. Se sospechaba de personas a veces con razón, y otras no tanto, tipos con el pelo corto, o bien vestidos con terno y corbata eran objeto de sospecha, pero eso tenía más que ver con la paranoia que muchas veces nos invadía que con la realidad, porque cuando los organismos de represión del estado querían vigilarnos, lo hacían no precisamente con gente vestida de esa forma, totalmente atípicos, sino que los agentes se vestían y actuaban de acuerdo a cada ocasión, y en el caso de una peña, con pelo largo, ropa chilota, barba y bigote. Se podría decir que el miedo instaurado y lo siniestro de la realidad cotidiana funcionaba como una forma de control de la conducta social por el Chile de aquellos años, de la cual era muy difícil desprenderse. Sin embargo, con todo aquello jugando en contra, fuimos capaces de sacar adelante esa titánica tarea de entregar cultura a través de las peñas folclóricas.

Mención aparte es lo que se refiere al toque de queda, pues funcionar con esto era un impedimento bastante difícil de sortear. Todo este tipo de actividades empezaban a funcionar muy temprano para terminar a una hora en que la gente se pudiera movilizar. Para los que organizábamos estos encuentros, era bastante más difícil, ya que normalmente nos quedábamos hasta más tarde y muchas veces nos quedábamos sin movilización; entonces, los que andábamos a “pata” (que éramos la mayoría) bajábamos al centro hasta encontrar una micro, que en mi caso, tenía que llegar al cerro Esperanza. Tomaba una micro hasta la Caleta Portales, y después, a subir el cerro a pie. Sacrificios que todos los viernes estábamos dispuestos a hacer.

El toque de queda cambió absolutamente la vida de los porteños. Así como también significó la muerte de la bohemia local, que era una de las características más relevantes del puerto. Este bando militar duró desde el mismo día del golpe hasta fines de 1986, y durante ese tiempo, varió en los horarios, pero se mantuvo siempre. Valparaíso en la noche era un peladero, muy poca gente se atrevía a salir de “jarana”, por lo demás, y debido a esas circunstancias, había muy poca oferta para ello. Muchas historias sucedieron producto del

toque de queda, como por ejemplo, las fiestas: o eran muy temprano, cosa que siempre se ha considerado como algo fome, o estaban las famosas de “toque a toque”. También sucedía que algunos pubs cerraban sus puertas y no dejaban salir a nadie si los pillaba el toque, porque arriesgaban el cierre del local.

Paralelamente a mi quehacer en la peña *El Brasero*, comencé a participar activamente en las iniciativas organizadas en mi cerro. Fueron muchas reuniones, conversatorios y discusiones para dar con la mejor forma de organización para la lucha antidictatorial.

En el cerro Esperanza se daba una característica, que me imagino se da en muchos cerros de Valparaíso, y es que en la parte baja viven los sectores relativamente más acomodados, y mientras más arriba, mayor es la pobreza. Eso ha ido cambiando con el tiempo por la cantidad de torres que se han construido en la parte alta, pero en esos años, esta diferencia era bastante notoria. Donde se refleja esta distinción es en los clubes deportivos, y este fenómeno no fue ajeno a las poblaciones del cerro. En la parte baja, estaba el club deportivo Orompello, en donde por varios años funcionó la rama cultural del club, la que increíblemente logró crearse, pues algunos de los mejores jugadores de fútbol que jugaban en él la echaron a andar sin que los dirigentes pudieran evitarlo, dada la importancia de aquellos jugadores; allí se realizaron muchas actividades, sobre todo peñas folclóricas de un marcado tono antidictatorial, que llegaron a ser muy conocidas. Todo esto, ante el horror de algunos dirigentes del club más proclives a los militares; finalmente, cuando estos jugadores dejaron de vestir la camiseta del club, los dirigentes aprovecharon la ocasión para expulsar a los jóvenes que habían seguido con la iniciativa.

En la parte más alta del cerro, en los sectores más populares, coexisten hasta hoy día dos clubes deportivos; uno, el club deportivo San Pedro, ligado a los pescadores de la Caleta Portales, pues la sede se encuentra justo al frente de la población de pescadores San Pedro I y II, cuyo funcionamiento tiene un gran arraigo en las

poblaciones adyacentes. Un par de cuadras más arriba, se ubica otro club de larga data, el Chilenitos, también de extracción popular. En la misma población de pescadores, se encuentra funcionando hasta hoy día el primer Centro de Madres fundado en Chile. Este centro tiene mucha historia ligada a la vida del cerro. Cuando se creó en el año 1949, una de las actividades más gravitantes y significativas fue dar atención médica a todos los niños del cerro, sin ningún tipo de distinción, por parte del pediatra Dr. Jaime Barros Pérez-Cotapos; a la sazón, regidor del partido comunista en Valparaíso, posteriormente elegido diputado y senador consecutivamente. Esta actividad se realizó ininterrumpidamente durante 20 años, hasta el golpe de estado. La actividad social que de allí emanaba era enorme, con un alto nivel de convocatoria en todos los sectores de la población. Una vez ocurrido el golpe, el centro es intervenido por las autoridades por considerar que era un peligro para la población, poniendo como presidenta designada a la esposa de un uniformado; por lo tanto, todo el quehacer social del centro fue truncado por las nuevas autoridades.

Tanto el club San Pedro como el Centro de Madres fueron los organismos vivos del cerro más controlados y vigilados, pero, a pesar de todo, siempre estuvieron dispuestos a servir para alguna actividad que pudiera escapar al asedio de la represión. Teníamos que salvar muchos escollos, partiendo por el solo hecho de reunirnos, que en sí, era una tremenda dificultad. En esos días, no se podían juntar más de 4 personas en un recinto, hacerlo significaba estar conspirando contra los militares. Lo hacíamos en diferentes casas para no despertar sospechas, pero era tan difícil, que intentamos buscar protección en la iglesia del cerro, sabiendo que en muchas partes del país la Iglesia Católica albergaba, como una forma de protección, a las organizaciones juveniles, de mujeres, etc., las que buscaban el alero de esta institución para poder funcionar con algún nivel de seguridad. Evidentemente, no siempre resultó así, pues eran constantes las intimidaciones a sus recintos, aunque sí daba la sensación de mayor protección. Se debía tener en cuenta, también, las

características del cura párroco de cada iglesia, pues no siempre estaba dispuesto a permitir que se desarrollaran actividades culturales en sus locales, ora por el miedo a la represión, ora por una cuestión ideológica. En nuestro caso, sucedió que el cura no estaba muy dispuesto a ayudarnos, y supeditó la ayuda a una extraña participación: como queríamos crear un centro cultural, en donde funcionarían diferentes talleres, incluido un taller de guitarra, entonces debíamos hacer un aporte a la iglesia, que consistía en cantar en la misa del día domingo. Horror, ya que los únicos disponibles éramos mi hermano Claudio, guitarrista, y yo, ¡cuál de los dos más ateos!, pero convencidos de la necesidad de un espacio físico para funcionar. Y con la presión del grupo, a regañadientes aceptamos. Comenzamos a ensayar algunos cánticos religiosos, pero a poco andar, nos dimos cuenta de que no íbamos a ser capaces de llegar a hacerlo, menos aún en una misa, ya que ni siquiera alguna vez habíamos participado de una. Y esa fue toda nuestra experiencia con la parroquia del cerro, hasta ahí no más llegamos, y en vista de que no fuimos capaces de cantar, fuimos elegante y diplomáticamente expulsados de toda posibilidad de allegarnos a ese recinto. Ni siquiera alcanzó para debut y despedida.

A pesar de no tener un lugar físico para funcionar, pero sabiendo que debíamos hacerlo a como diera lugar, es que nos lanzamos con nuestro centro cultural del cerro Esperanza. Por esos días, los organismos vivos de los barrios (fueran estos clubes deportivos, centros de madres, o sedes sociales) eran muy reacios a prestar sus locales para estas iniciativas, intimidados por el miedo instaurado desde el comienzo de la dictadura. Titánica tarea la que nos habíamos impuesto, sin plata y sin espacio físico, pero con tanta voluntad, que estábamos seguros de realizar un buen trabajo. Nos seguimos juntando en distintas casas, empezamos unos pocos, pero en el corto plazo se nos fue uniendo mucha gente, y con la habilidad o área de interés de cada uno, se fueron conformando los talleres. El modus operandi era el siguiente: una vez que se creara un taller con un encargado y su equipo, se debía hacer un programa de trabajo

que contemplara objetivos, contenidos, cronograma, espacio físico y posibles horarios de funcionamiento. Fue así que un taller funcionaba en un club deportivo, otro en alguna casa y cada equipo debía resolver todas esas tareas. Ya con todo resuelto, comenzaba la labor de difusión de los talleres que se ofrecían a la población, los que estaban orientados preferentemente a los jóvenes y niños. Éstos se hacían gratuitamente, como una forma de paliar la nula posibilidad de acceso a la cultura y a este tipo de actividades, ya que la oferta cultural por parte del estado no existía.

Cada uno de los talleres comenzó a funcionar con mucho ímpetu y con ganas de hacer bien las cosas. Había mucha gente talentosa entregando sus saberes y cuatro talleres llegaron a funcionar: el de música, de teatro, el literario y el infantil, más la edición de una pequeña revista llamada “Trasbiombo”. El taller de música impartía clase de guitarra y canto; el de teatro, clases de actuación y montaje de varias pequeñas obras; el literario organizaba todo lo concerniente a la edición de la revista literaria y de actualidad política (hasta donde se podía), revista que recibió los aportes de mucha gente del cerro. El taller infantil, que dirigíamos dos profesoras, fue el más prolífico y exitoso en términos de cantidad y calidad de las actividades que de allí surgieron; con cerca de sesenta entusiastas niños, impartíamos clases de plástica, música, teatro, declamación de poesía y baile folclórico.

Paralelamente al normal desarrollo del centro, seguíamos buscando un espacio físico para funcionar, habíamos crecido bastante y ya empezábamos a ser conocidos en todo el cerro. Aun así, no lográbamos conseguirlo, más todavía cuando el nivel de las protestas era cada vez más álgido y la mayoría de los integrantes del centro participábamos activamente de ellas, lo que era conocido por la gente y, evidentemente, también por los órganos de represión; eso era imposible evitarlo y, por lo mismo, el temor a ese tipo de actividades era muy difícil de superar por el común de los vecinos. Durante todo el tiempo que duró la dictadura, estos órganos del estado se encargaron de instalar el miedo como una forma de vida en el inconsciente

colectivo de toda la población, a través de todas las acciones de intimidación, operativos y montajes que a diario sucedían en todo el país, lo que siempre significaba dolor y muerte. Por lo tanto, evitar el miedo o superarlo era casi imposible. Y ese era el motivo sustancial de la reticencia a participar o a aceptarnos en sus espacios físicos. Muchas veces querían hacerlo, pero siempre había alguien que se oponía tenazmente, generalmente dominado por el miedo, logrando contaminar con este sentimiento al resto. Visto así, pareciera que hablamos de un pueblo paralizado, y si es que en los primeros años de la dictadura fue así, esto había comenzado a cambiar enormemente, e incluso con todo el aparataje represivo del estado, siempre logramos la ayuda necesaria para seguir con nuestra tarea, sobre todo de parte de los jóvenes y las mujeres, eso hay que decirlo.

Al cabo, aproximadamente, de un año de funcionamiento, nos pareció que ya era oportuno y pertinente mostrar a la comunidad nuestras actividades. Teníamos que demostrar lo que estábamos haciendo y el nivel que habíamos alcanzado en nuestro quehacer, por un lado para transparentar nuestro trabajo, y, por otro, para convencer a más gente de sumarse a esta verdadera cruzada cultural.

Después de varias reuniones debatiendo la mejor idea para llevar a cabo el objetivo que nos habíamos propuesto, decidimos realizar una jornada de un día completo en algún local del cerro, mostrando todas las actividades que hasta esa fecha llevábamos realizando. El taller literario organizaría una exposición de textos y poemas aportados tanto por integrantes del centro, como por amigos y pobladores, además de difundir nuestra revista. El taller de música montaría una completa muestra de instrumentos musicales, conseguidos de diversas partes y también una muestra de plástica del taller infantil. Junto con todo esto, y como parte central de esta jornada, está la presentación musical de los integrantes del taller de música, un montaje teatral, y la presentación de cincuenta niños en escena realizando un coro teatralizado del poema musicalizado de Nicolás Guillén, “La Muralla”. Como se puede ver, era una gran jornada que requeriría

de mucha dedicación y organización, y eso hicimos, nos dedicamos por entero a esa gran actividad, con mucho entusiasmo y entrega, muchas reuniones, discusiones, ideas buenas y otras no tanto; y, por sobre todo, el cómo ir resolviendo las innumerables dificultades para hacer de esta jornada un evento memorable en el cerro. Pienso que con toda esta efervescencia nos olvidamos un poco de que estábamos en dictadura, nos relajamos y no tomamos ninguna medida de seguridad, pues considerábamos que lo que estábamos haciendo era justo y bueno para la población. En estricto rigor, así era, pero no para los organismos de represión, y hubo una anécdota que nos reubicó. Saliendo de una reunión, caminando por la avenida principal, yo me quedo atrás del grupo, acompañando a un compañero que usaba muletas, por lo tanto, caminaba muy lentamente. Y por el lado del grupo de unas seis personas –gran error en esos tiempos– pasa un furgón utilitario muy lentamente, y todos nos quedamos mirando expectantes (cabe recordar que esos utilitarios los usaba mucho la CNI para detener personas en las manifestaciones, pues era mucho más fácil abrir esas puertas rápidamente, tirarlos arriba y arrancar); cuando llega muy cerca nuestro, vemos una pierna asomando lista para salir del vehículo, se para a nuestro lado y mientras permanecemos petrificados en la vereda, nos damos cuenta de que se trata de un grupo de amigos que vienen bromeando dentro del furgón y están tratando de tirar a un chico para afuera. Pasado el primer impacto, retomamos la caminata, mientras más abajo nos espera el grupo que también creyó que nos iban a detener. En medio de ese ambiente nos desenvolvíamos, pero no andábamos del todo errados, aunque nunca pudimos prever lo que se nos venía encima.

En medio de todo el trabajo, se nos ocurrió en el taller infantil ir documentando el desarrollo de las actividades de los niños con fotografías para montarlas en una exposición; para eso, comenzó a trabajar con nosotros un entrañable amigo, fotógrafo aficionado, pero de gran voluntad, Luis Tamayo; joven militante comunista, que vivía en el vecino cerro Los Placeres, para nosotros, el querido guatón Alejandro. Así, va inmortalizando todo el proceso creativo de

los niños, los ensayos, y, por sobre todo, el entusiasmo, la alegría y el empeño de estos pequeños, que solo quieren crear y ser parte de algo que para ellos es importante, que los hace sentirse importantes y capaces de realizar algo bello para mostrar a su comunidad.

En una de las últimas reuniones de trabajo, tarde en la noche, cruza la quebrada que une el cerro Placeres con Esperanza una compañera que nos avisa que ha habido un operativo en Placeres y que se han llevado detenidas a varias personas. No hay mucha información, pero como medida de seguridad, se deben retirar de circulación muchos de los integrantes de nuestro centro por la cercanía que tenían con ellos. Y nos quedamos con solo la mitad de los integrantes, con una actividad ad portas, de tremendas dimensiones. Decidimos en ese momento que debíamos continuar con la jornada; una, porque ya se había hecho mucha difusión, y otra, porque no debíamos sentirnos amedrentados por las acciones de los represores.

Llega el gran día de la actividad el 12 de agosto de 1984, un soleado domingo. Alrededor del mediodía, llega un atribulado militante de la Jota de Placeres a avisarnos que la CNI sigue tomando gente detenida, y que esta vez es Luis Tamayo. Pero al Alejandro no lo habían tomado detenido, lo habían asesinado. Después de matarlo, la CNI llega hasta el club deportivo Chilenitos, en donde estábamos realizando la jornada y en pleno desarrollo de la parte musical, buscan a varios de los integrantes del centro, pero no los encuentran, puesto que ya se habían puesto a salvo. Los agentes se ubican en toda la sede, amedrentando a la gente que comenzó a darse cuenta de que algo raro estaba ocurriendo. Para los que estábamos en el escenario, justo cuando actuaban los niños, fue aún peor, pues desde arriba los podíamos ver muy claramente y cómo se distribuían en el recinto, y a duras penas pudimos terminar el acto. De todas formas, logramos hacerlo.

La historia de Luis la supimos más tarde. En la mañana, llegaron a su casa, él estaba aún en cama, salió su mamá y trató de impedir que entraran, pues se había dado cuenta de que era la CNI que ya había montado un gran operativo en las afueras de su casa. Ella

es golpeada, y grita, y con eso le da un breve tiempo a su hijo para escapar; tiempo que no es suficiente, pues solo llega hasta el patio vecino, donde lo alcanzan y le disparan a quemarropa en el estómago. Queda vivo, y con el zapato en su herida, un agente le ofrece salvarle la vida si delata a sus compañeros. Él les dice que prefiere la muerte, y de esa forma, lo dejan morir desangrado. Todo esto ocurre ante los atónitos ojos de los vecinos y de la misma familia de Luis. No está demás decir que dicho operativo incluyó todo un montaje, muy publicitado por lo demás, en donde introdujeron en su casa una cantidad no menor de armas y elementos explosivos, puestos ex profeso en el momento del allanamiento.

Estamos todos devastados con la muerte de nuestro amigo y colaborador Luchín, pero ni siquiera alcanzamos a dimensionar ni llorar su muerte, pues inmediatamente después de este hecho, comienza una persecución encarnizada a muchos miembros de nuestro centro, lo que nos obliga a replegarnos y salvar la vida de nuestros integrantes que corren peligro. La actividad del centro se ve mermada producto de estos terribles acontecimientos, y tomará un tiempo volver a intentar dar vida al trabajo cultural nuevamente.

Eventos que me hacen pensar en uno de mis hijos. Salvador tiene la edad del golpe de estado, si bien es cierto que nació tres días antes, de todas formas él es de los llamados “hijos de la dictadura”. Por lo tanto, desde que tomó su primera leche materna, comenzó a vivir el horror, desde que salimos a escondernos en casa de parientes, él lo percibió. De allí para adelante su vida estaría marcada por el golpe de estado y la dictadura que sobrevino.

Tendría 6 ó 7 años, cuando lo encontré llorando desconsoladamente. Al preguntarle qué le pasaba, me dijo que nada, pero lo vi lagrimeando por los rincones de la casa, sin motivo aparente. Obviamente, algo le pasaba. Por fin lo convenzo de que me cuente, y lo que me dice me deja helada: lo que lo atormenta es que si los milicos hacen sufrir tanto a la gente, ¿cómo es que no se puede hacer nada?, y llora porque por más que lo piensa, no sabe qué hacer. Con mucha

dificultad encuentro las palabras para consolarlo, deben pasar varios días de mucho trabajo para convencerlo de que su único trabajo es ir a la escuela, y ser feliz, o por lo menos, tratar de serlo. Pero creo, que en el fondo, a duras penas, logro consolarme yo.

En ese tiempo, el mayor placer de los cabros chicos era salir a jugar a la calle, aún no aparecía este otro horror de los niños encerrados frente a un televisor o una consola de juegos o frente a un computador. Ese tema ni lo tocaré, porque daría para largo, y no es el caso. Como decía, Salvador era feliz jugando en la calle.

Aproximadamente un mes después del crimen de nuestro querido guatón, Salvador, que ya tenía 11 años y era parte del taller infantil del centro cultural, se encontraba jugando con sus amigos, y es a través de ellos, de la peor forma creo yo, que se entera de la muerte de su querido amigo Alejandro. Erróneamente, y creyendo salvarlo de la tristeza que eso le provocaría, no le contamos del suceso. Corre hasta la casa y se produce el siguiente diálogo:

- ¿Por qué no me contaron que mataron al guatón?
- Es que no quisimos provocarte esa penita.
- Ah, pensaron que me iba a poner a llorar.
- Sí, eso pensamos.
- No, si no pasa na.

Inmediatamente, corre a su dormitorio y llora desconsoladamente, pero no es solo él quien lo hace, sino todos. Por primera vez, después de todo ese tiempo, lloramos a nuestro amigo.

Salva se hizo adolescente y yo rogaba a los cielos que a esa edad ya no hubiera dictadura, porque obviamente sabía cuál iba a ser su opción, y así no más fue. Comenzó a arriesgar su vida, y sus acciones eran cada vez más radicales, se hizo dirigente estudiantil secundario, y estando en tercero medio tuvimos que sacarlo de la ciudad por el inminente riesgo que corría su vida e interponer un recurso

de amparo en su favor. Cuando vino el fin de la dictadura, no pudo soportar el cambio pactado con el dictador; después de haber luchado tanto, haber recibido tantas golpizas y arriesgado tantas veces su vida, sintió que una vez más habíamos sido engañados, que los mismos de siempre llegaban volando a gobernar con senador vitalicio incluido, con la misma constitución hecha a la medida de la dictadura y la justicia en la medida de lo posible. Abandonó la universidad y se fue a vagar por el mundo, y es así como se fue a vivir tres años con los indígenas del Amazonas, recorrió varios países de Latinoamérica, aprendiendo y mirando extasiado el devenir de la vida en otros parajes, tan distintos de nuestro país.

Estando en Bogotá, en una hermosa muestra internacional de artesanía en la que participé, me reencuentro con él después de cuatro años, y me doy cuenta de su cambio, de su aprendizaje, de la diferencia enorme con los que vivimos acorralados por las reglas de la “civilización” versus la vida simple y libre de prejuicios y banalidades de estas comunidades y etnias que habitan en nuestra América. Con todo lo que vivió, creo que Salvador ha sido y es profundamente feliz, le tocó crecer en los tiempos más oscuros de este país, como tantos otros niños provenientes de familias golpeadas por la dictadura, pero que han sabido encontrar el camino de la felicidad a pesar de todo.

Creo que escribir sobre mi hijo mayor Salvador es como una forma de catarsis para mí, porque por muchos años me invadió el dolor de no haberle procurado una vida plenamente feliz, lo que me hizo sentir tremendamente culpable. Cuando por fin, hace algún tiempo ya, conversando de aquellos años, llegamos a la conclusión de que solo nos queda sentir orgullo mutuo por nuestro accionar. Así, resañamos nuestros dolores y nos sanamos para siempre.

La represión es cada vez más feroz, la prisión y la muerte acecha a todo aquel que ose rebelarse contra los militares. En todas las esferas de la sociedad civil comienza a incrementarse una sensación

de rabia incontenible, y la impotencia va dando paso a niveles de organización mucho mayores, con un tremendo nivel de compromiso.

En nuestro cerro, la muerte de Carmen Gloria Larenas, Luis Tamayo Lazcano y la represión desatada genera en muchos jóvenes la necesidad de tomar acciones mucho más aguerridas y decididas para terminar con la dictadura. Ya no es posible seguir en este orden de cosas. Es así como se intensifica la participación en las jornadas de protesta, y éstas son cada vez mayores y con más gente organizada. Incluso sabiendo que se arriesgaba la vida, la lucha se intensificaba, cada protesta significa una cantidad de muertos, pero ya no era posible retroceder.

Mirado desde el contexto en que se vivía por esos días, se puede entender perfectamente por qué las formas de lucha se van agudizando: ya no se puede permitir que nos sigan matando con total impunidad. Los montajes hechos hasta con publicidad de los medios de comunicación o terminan con alguien en prisión o derechamente significan la muerte.

Los jóvenes son los que llevan la delantera en esta batalla y hay relatos realmente increíbles, dada la desigualdad entre opresores y oprimidos. No se puede ni comparar la capacidad operativa de los órganos represores del estado, con todo el poder de fuego con que operan, con todo a su disposición, y sabiendo que todo lo que hagan, desde amedrentar, torturar o matar, quedará impune (y en la mayoría de los casos, hasta el día de hoy).

Uno de los hechos más simbólicos enmarcado en este tipo de acciones es el que se dio en la parte alta del cerro Los Placeres. Debido al acuciante nivel de cesantía y pobreza que se estaba viviendo en los sectores periféricos de la ciudad, que en el caso de Valparaíso, se ubican en la parte más alta de los cerros (lo que a su vez, en jerga porteña se denomina “la punta del cerro”), un número importante de militantes organizados y pobladores del sector llevaron a cabo una acción audaz en el supermercado “Hipos”. Ésta consistía en que los vecinos, mientras los compañeros copaban el recinto, entra-

ran y sacaran todo lo que más pudieran para paliar un poco sus necesidades, en este caso, algo tan básico como el acceso a la comida. Acciones como éstas no estaban exentas de vicisitudes; un ejemplo es que uno de los integrantes del equipo era muy pequeño, de solo 14 años, y debía encargarse de las carnes, por lo que, primero, debía dominar al carnicero. Lo problemático era que se trataba de un hombre muy grande y que manejaba cuchillos enormes. El jefe de la acción, preocupado por la situación, se dirige a esa sección y encuentra al chico arriba del mesón, le hace un gesto para preguntarle dónde está el carnicero, y este le dice que está debajo del mesón. Va y no lo encuentra, el chico insiste que está ahí, y al buscarlo nuevamente se da cuenta de que en un rincón, casi en posición fetal, se encuentra el carnicero con un cuarto trasero de animal encima. El pequeño había encontrado la solución.

Esta acción limpia, además de ayudar a los pobladores más necesitados, fue un gran aliciente para estos jóvenes, al sentirse apoyados y comprendidos por la gente de los sectores más humildes de Valparaíso, al sentir que ni los unos ni los otros están solos en esta lucha, que todos se necesitan, y que esta unidad es crucial para lograr el fin de la dictadura.

Las barricadas en los cerros fueron un ejemplo de cómo la organización se fue incrementando. No era solo el momento de hacerlas, sino de mantenerlas y defenderlas. Ya no eran una o dos en cada cerro. Muchas veces surgían de forma espontánea por parte de los jóvenes de una calle o de una población, pero la mayoría concitaba un gran número de pobladores dispuestos a defenderlas. Con el tiempo, se transformaron en una actividad inherente a las jornadas de protesta. No por nada se decía que cuando se hacían los llamados a protesta, por las noches, Chile estaba en llamas.

Hay un relato muy íntimo que no puedo dejar de contar, que tiene que ver con el factor humano inherente a las acciones más riesgosas. Dos de mis hermanos menores, con solo 15 y 16 años, participando en una acción en donde las cosas no salieron como lo

esperaban, fueron emboscados a tiros; por lo tanto, para romper el cerco y lograr huir, hicieron uso de las armas que portaban. El menor me cuenta que ya muy tarde, una vez en casa, los dos acostados, se despierta sobresaltado y ve que su hermano no está en la cama. Muy asustado se levanta y comienza a buscarlo; no lo encuentra, hasta que por fin lo ve en la cama de nuestra mamá, acurrucado a su lado, rodeado por el abrazo de ella, buscando la protección y el alivio que solo ella puede brindarnos, tengamos la edad que tengamos.

Estos jóvenes, con su lucha, pavimentaron el camino para lograr el fin de la dictadura. Se equivocan aquellos que ahora tan livianamente y de memoria corta nos quieren hacer creer que sacamos al dictador con un lápiz y un papel, porque sin el trabajo incesante de muchos años, sin la entrega desinteresada de tanta gente rompiendo todos los cercos del miedo y de la muerte, no se hubiese podido. Porque llegar al nivel de movilización de las jornadas de protesta de los años ochenta requirió de mucho trabajo previo, porque si nada de esto hubiera pasado, jamás se hubiera llamado ni siquiera a un plebiscito.

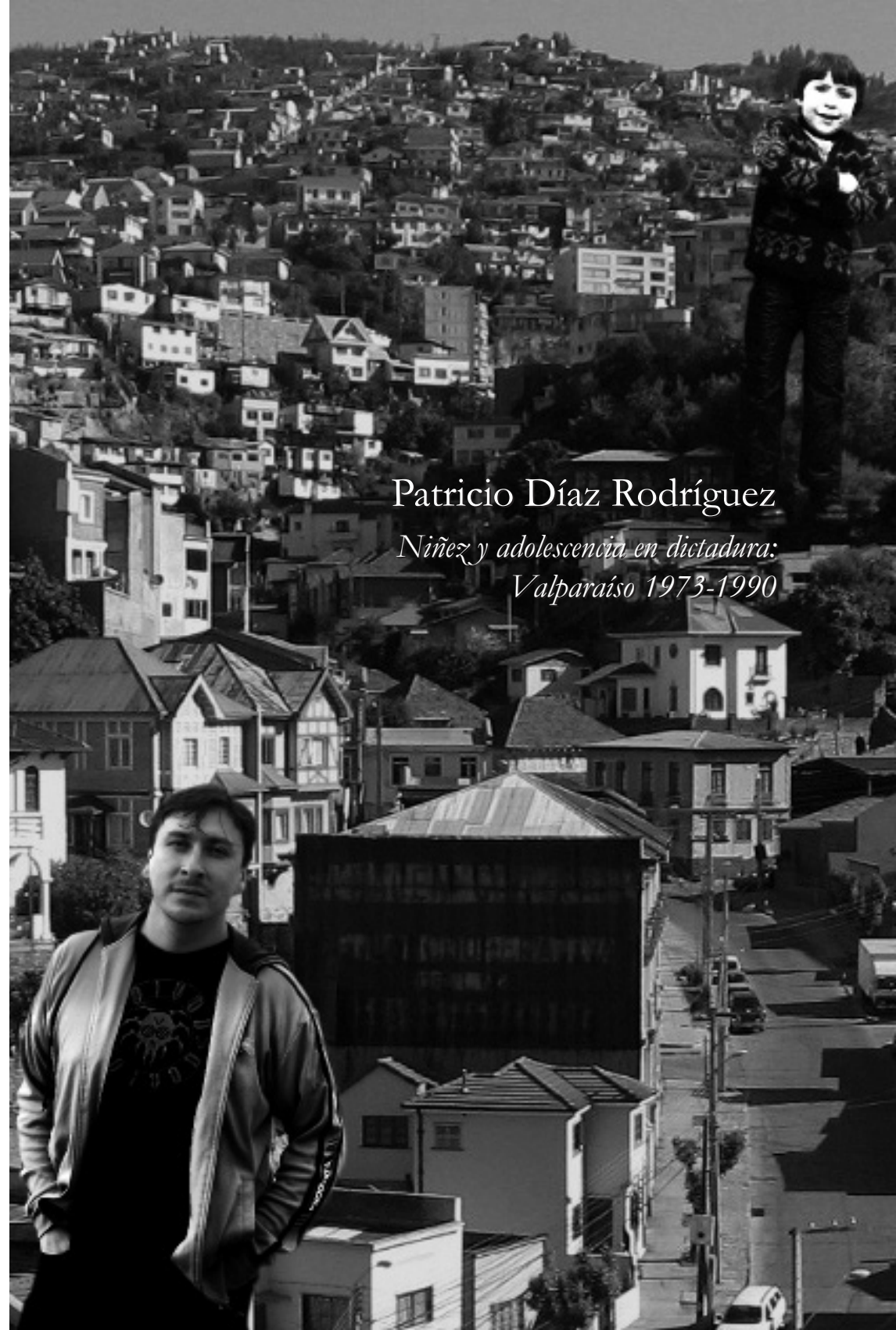
Desde el golpe de estado para adelante, tuvimos que aprender a resistir, después a defendernos, y luego a golpear decididamente a ese enemigo brutal. Aprendizaje que nos costó muchos muertos. Por eso mismo, yo creo que a mucho nos pasa que nos preguntamos ¿valió la pena? Al ver el país en que nos hemos convertido, suelo reiterarme la pregunta. No tengo la respuesta real y certera para ella, pero quiero creer que sí, y cuando veo a los estudiantes cada vez más inquietos, con la película tan clara de cómo los afecta el sistema en que vivimos, me vuelve la esperanza de que esto tiene que cambiar, de que no puede ser que sigamos siendo un país tan injusto y tan desigual. Y allí estaremos, no solo apoyando, sino que luchando para que así sea.

Releo lo que escribí, y veo lo trágico y triste que fue todo en aquellos tiempos; pareciera que nunca tuvimos tiempo ni siquiera

de reírnos de un chiste. Pero no fue así, con todo, siempre hubo espacio para la risa, las bromas, las cosas bellas. La capacidad de amar, crear o disfrutar de la vida a pesar de los pesares, siempre pudo más que cualquier horror.

Mis hijos Lautaro, Salvador y yo, somos el fiel reflejo de lo que digo, los tres estamos dedicados a crear con nuestras manos y nuestro espíritu, a convivir diariamente con el arte y la cultura; entre dibujos, danza, coreografías y música transcurre nuestra vida, los tres dedicados al arte como forma de vida. No es casualidad, creo yo, y de alguna forma hemos logrado que la belleza de lo que logramos crear, sea como la respuesta a todo el dolor que significó la dictadura.

Cuando veo las marchas de los estudiantes, llenas de colorido, música, danza y creatividad desbordante, elaborando nuevas propuestas tan propias de ellos, siento que siempre habrá esperanza de un mundo mejor. Mirado así, no lo lograron, no lograron derrotarnos, hemos triunfado. La belleza, el amor y la cultura siempre triunfarán por sobre el oscurantismo, así vengan todas las dictaduras militares del mundo.



Patricio Díaz Rodríguez

*Niñez y adolescencia en dictadura:
Valparaíso 1973-1990*

Desde el adultocentrismo y la cultura autoritaria las vivencias, pensamientos y reflexiones de niños, niñas y adolescentes siempre nos fueron negadas e invalidadas, impidiéndonos el legítimo derecho a ser sujetos de la historia. Frases tales como “este cabro chico no sabe nada”, “de que hablas tú si ni siquiera nacías todavía”, “hazme caso porque sí”, o “no te tengo que dar explicaciones porque soy tu padre —o madre— y punto”, son parte del violento discurso arraigado, aprendido y reproducido generación tras generación y que, de algún modo, hemos experimentado. Desde esa perspectiva, la historia oficial e incluso el trabajo con la “memoria” en tiempos difíciles, han dado escasa cabida a que los y las testimoniantes retrotraigan sus recuerdos a la niñez y la adolescencia con ojos de la más pura ingenuidad infantil y desde el despertar de la adolescencia. Pero no todo está perdido, pues hemos aprendido a atesorar nuestros recuerdos y a reflexionarlos, pero sin perder desde lo más íntimo y profundo de nuestro ser la mirada original de cómo experimentamos sensaciones, emociones y sentimientos. Y esa mirada no es otra cosa que la de niño, niña y adolescente. Esto tiene que ver con el gran esfuerzo que hemos hecho cada uno y cada una por sacarnos el ropaje ideológico —cuando se pudo— y volver a experimentar los sucesos asociados al golpe y la dictadura desde la pureza y bondad del infante y desde la apertura sensorial de la adolescencia. Todo para ser contado a ustedes.

Y nuestros recuerdos tienen geografía y lugares, que no siempre corresponden a Valparaíso, pero que de todos modos están ligados a él por una u otra razón. Valparaíso a cuarenta años del golpe se nos presenta como el viejo terruño donde crecimos, sufrimos, jugamos, nos fuimos, idealizamos, echamos de menos, regresamos, nos enamoramos y, ahora medio viejotes y viejotas, criamos, hacemos familia o carreteamos. Incluso algunos a estas alturas han arrastrado parejas desde otros confines para asentarlas en el viejo puerto. Y así Valparaíso continúa su historia, con aires de república independiente. De este modo es como los niños, niñas y jóvenes del ayer y adultos y adultas de hoy, vivieron y viven su historia y, seguramente, las nuevas generaciones están aprendiendo a tomar a la Historia por sus astas. Quizás para no repetir los mismos errores nuestros y para que tampoco pierdan la sana sabiduría infantil y la capacidad de asombro adolescente, incluso cuando para cuando llegue el otoño a sus vidas.

Aún era otoño en la mañana del 11 de septiembre de 1973 cuando Gerardo se preparaba para ir a la escuela. Tenía 12 años, vivía en el primer sector de Playa Ancha y justo ese día entraba más tarde a estudiar, rutina semanal que en esa jornada nunca se llevaría a cabo. De hecho, de esa mañana de martes tiene el recuerdo de cinco imágenes que lo acompañan hasta el día de hoy: la del padre regresando al hogar al poco rato de haber salido al trabajo (lo habían devuelto los marinos a la casa); la del vecino llorando y conversando con su papá de que había habido golpe de estado (era primera vez que veía a un adulto llorar); la de la hermana mayor sacando las cortinas donde había pintado un Che Guevara (durante meses fue la única casa del barrio donde había una pieza sin cortinas); la alegría y el embanderamiento de las casas de su calle al producirse el golpe (saca la cuenta de que en su calle no habían más de cuatro casas a favor de la Unidad Popular); y el hecho de que ingenuamente fuera a jugar a la pelota con sus amigos a una canchita cercana y que llegaran los marinos a echarlos a punta de garabatos y patadas en el traste para la casa. Aun así igual le costó entender que era un golpe de estado,

pues era una palabra que no estaba ni en el vocabulario familiar ni en el de sus amigos más cercanos. Para muchos fue así, aunque de distintas maneras. Para Rossana H. la cosa del golpe no fue de tanto descubrimiento, sino de susto al por mayor. Era pequeña y vivía con su familia en una casa que se ubicaba al fondo del patio de la Escuela N° 5, donde en la actualidad se encuentra el cuartel de la policía de Investigaciones del barrio Puerto. Sus recuerdos del golpe se remiten a estar sentada en el suelo del pasillo por horas, mientras de tanto en tanto silbaban las balas a través de los vidrios rotos. También recuerda el momento exacto en que llegaron a tomar detenido a su papá. Por otro lado, Freddy no se acuerda de nada del golpe de estado, pues solo tenía 11 meses de edad cuando ocurrió. Con el tiempo, y conversando con familiares, supo que se encontraba en calle Piedra Azul, en la subida del cerro Las Zorras, camino al barrio O'Higgins. Sin embargo, el enojo de Freddy cuando le hablan sobre el golpe es manifiesto, ya que su madre tuvo que salir de Chile en noviembre de 1973 y solo pudo regresar en enero de 1977. Los primeros años de su infancia los tuvo que pasar lejos de su madre y eso lo encuentra, hasta el día de hoy, injusto.

Pero no para todos fue injusto, por el contrario, Jacqueline piensa que el golpe de estado sigue siendo lo mejor que le pudo haber pasado al país. Cree ciegamente que las Fuerzas Armadas salvaron a Chile del cáncer marxista y que si no hubiese sido por el general Pinochet Chile sería otra Cuba. Jacqueline se emociona cuando da su testimonio. Para el golpe tenía siete años, vivía en la parte alta del cerro Placeres y se crió con su madre y abuela. Sus mejores recuerdos de infancia son la parada militar, la conmemoración del 21 de mayo y el festival de la canción de Viña del Mar. Añora estar sentada frente a un televisor junto con su familia viendo a los artistas pasar por el escenario de la Quinta Vergara. No le gustaba tanto Sábados Gigantes, a pesar de que con la Cámara Viajera conoció lugares que no tenía idea que existían. Dice que no lo pasó tan bien en su adolescencia, pues se burlaban mucho de ella. Jacqueline es peluquera, y con mucho esfuerzo recién logró hacerse una operación de

cambio de sexo a fines de la década de 1990. Nos dice que sufrió mucho, pues vivió su infancia, adolescencia y juventud en cuerpo de hombre siendo que siempre supo que era mujer. Actualmente coopera anónimamente en las campañas políticas a favor de la Unión Demócrata Independiente (UDI). Pero para muchos, aun siendo muy pequeños, el golpe de estado fue traumático; así lo siente Juan quien, a sus escasos seis años y viviendo en el cerro Barón, siente que “revivir el miedo nubla los sentidos y los recuerdos se agolpan cuando la memoria busca, en la niñez de los seis años, esa mañana gris de septiembre. En la casa de mi familia, en el Cerro Barón, el movimiento de mis padres era inusual, se entrecruzaban, se miraban fijamente, extraviados. Palabras que escapan a mi entendimiento se decían en voz baja, bombardeo, golpe, prendan la radio, llévenla a la pieza del fondo. Alguien proponía sintonizar una emisora clandestina. Recuerdo que mi madre me abrazaba con más fuerza mientras, todos reunidos e inmóviles, mirando la lucecita roja de la radio a tubo, escuchábamos el relato del bombardeo a la Moneda. María Elena, ¿Dónde está María Elena? Era la pregunta que repetían una y otra vez y nadie daba con la respuesta... mi hermana desapareció ese día”. Otros pensaron que era mejor desaparecer, al menos por un tiempo, para evitar ser detenidos, como el papá de Nayadeth que era bueno para los negocios, por lo que el 11 de septiembre de 1973, agarraron la plata que estaba en una caja en la casa y se la repartieron entre las hermanas, la mamá y el mismo papá. ¿Y eso por qué? Porque había situaciones que hacían prever un posible allanamiento al hogar y que se produjera desconfianza entre los uniformados por la cantidad de dinero acumulado por una sola persona en un barrio como el suyo: Rodelillo. La “Yaya” (Nayadeth) con diez años vivía justo al frente del retén de Carabineros y su familia era conocida de ellos. Y fueron ellos mismos los que les avisaron “junten cosas y váyanse para otro lado porque aquí va a haber enfrentamientos”. Y se fueron para “atrás” como dice ella, lo cual significa bajar unos metros en dirección hacia la quebrada donde vivía su abuela. La Yaya recuerda: “(...) ah, y nos hicieron pintar el techo de la casa, ya

que estaba escrito el nombre de Guastavino. Parece que mi papá era comunista, pero no lo tengo tan claro”.

“Tengo el recuerdo de las balaceras”, nos dice Denis. “Al momento de producirse el golpe tenía siete años de edad y estaba muy asustado” replica. Denis vivía en el cerro O’Higgins y las ráfagas de metrallas las escuchaba muy bien: algunas veces muy cerca, y otras veces lejos, porque probablemente el sonido provenía de otros cerros de Valparaíso. No tiene claro si eran enfrentamientos o ráfagas unilaterales de parte de los militares. El papá de Denis les hizo refugiarse en una pieza del fondo de la casa y tirarse o a dormir o a descansar en el suelo. Pese al susto que sentía, en algún momento logró zafarse del resguardo celoso del padre y se acercó a una ventana donde vio un jeep militar con soldados pintarrajeados. El susto aumentó, y parece que tenía que ver con el papá. Denis no entendía por qué su papá quemaba revistas, libros y música que le gustaba mucho, hasta que comprendió la conversación que su mamá y los hermanos mayores sostenían sobre que había que resguardarse para que no fueran a buscar al papá. Finalmente lo fueron a buscar igual y “por suerte” señala Denis fue poco tiempo. “Solo dos o tres días. Los carabineros lo devolvieron rápido”. Las cosas comenzaron a cambiar para el niño Denis. La costumbre de hacer la cola para esperar el pan, arraigada en el ser cultural porteño, le fue rota de cuajo. A pocos días de ocurrido el golpe, Denis con su hermano mayor fueron a hacer la cola para esperar el pan. La espera duró hasta la llegada de un vehículo militar: “las colas en este país se acabaron” gritaban los milicos. “Váyanse pa’ la casa y vuelvan en dos horas más que ahí va a estar el pan”. Y dicho y hecho, el pan estaba listo, pero frío.

Camilo el día del golpe no lo tiene retenido con exactitud. Tenía cuatro años de edad y era un cabro chico rucio medio desordenado y soñador, que tenía una trcalada de hermanos mayores con los que jugaba en la casa del paseo Atkinson en el cerro Concepción poco tiempo antes adquirida (su padre y su madre, el chileno y ella alema-

na, habían dedicado la década de 1960 a apoyar y a trabajar el modelo de cooperativas de vivienda y de autoconstrucción con los que se erigieron buena parte de las poblaciones de esa década en Viña del Mar y Valparaíso) al pastor de la iglesia luterana. Por ese entonces su principal preocupación era zafarse del pesote de Anton, un compañero de jardín infantil. Lo que sí conoce Camilo y de lo cual tiene imágenes difusas del día del golpe, es que a su padre, director del canal 4 UCV Televisión por aquellos años, los milicos lo fueron a buscar a la casa porque querían que pusiera películas y/o imágenes que no tuvieran relación con lo que estaba sucediendo en Valparaíso. Pero ocurre que el papá de Camilo no sabía poner películas, él era el director, no el técnico del canal. Se demoraron horas en encontrar a la persona indicada, por lo que UCV Televisión transmitió con su parrilla programática normal durante harto rato. Como había pocos televisores por aquel tiempo, no hay muchos recuerdos sobre la programación original. Sí se sabe que cuando los milicos lograron cambiar la programación, pusieron un capítulo de “Nino”, una telenovela argentina, y la película “Lo que el viento se llevó”.

Miguel nació en Valparaíso, en 1981, por lo que no experimentó el golpe ni los primeros años de la dictadura. Pero pese a esto, uno conversa con él y pareciera que hubiese sido uno de los combatientes que defendió La Moneda el mismo 11 de septiembre de 1973. En su mirada, que denota añoranza de años que no vivió y que idealiza como los mejores de toda la historia, hay sed de revolución. Habla de los años '70 y '80 como un protagonista más de la “Resistencia”. Y claro, todo es más que comprensible, pues comenzó a tomar conciencia de la realidad del país desde pequeñito. Partió de Valparaíso con su familia a refugiarse a Toronto —Canadá— cuando recién tenía tres años de edad. Allá, en su primera niñez fue asimilando discursos e imágenes de un Chile y un Valparaíso añorables, revolucionarios y combativos. Escuchó sobre Salvador Allende (un médico que ayudaba a los pobres y que había sido presidente de Chile) y sobre la implementación de un “Proyecto de Sociedad Socialista” que los más ricos habían boicoteado y hecho lo posible e imposible

por impedirlo y destruirlo, lo cual consiguieron. Volvió a Valparaíso en 1988 a la edad de siete años, pero solo de vacaciones, aunque experimentó las campañas en torno al Plebiscito del Sí y el No. Ese viaje le cambió la vida. Sus escasos años los había vivido de refugiado en Canadá y con los privilegios de una sociedad de bienestar y socialdemócrata que pa’ más remate era solidaria con los desventurados políticos del mundo. Comenzó a crecer en multiculturalidad y al alero de los Jesuitas canadienses, por lo que cuando llegó a Chile, a su cerro Barón, el contraste social le fue chocante y lo dejó marcado hasta el día de hoy. En su imagen canadiense Miguel no había visto ni vivido la pobreza de manera directa y (...) jugó en las quebradas y se hizo amigo de los hijos de la nana de una tía que lo invitaron a jugar en su propio territorio, es decir en la “pobla”. Todo era novedad y raro. Le llamaban la atención los pescadores y comerciantes ambulantes que a viva voz comerciaban sus productos y no concebía que niños lustraran botas en las calles, que cantaran en las micros y que las mamás los mandaran a vender Super8. No entendía cómo niños podían andar con zapatos rotos y ropa remendada (...) y la mamá, a cada pregunta de Miguel el pequeño, le hacía recomendaciones, que solo observara, que no dijera nada, que no recibiera ni pidiera nada en las casas humildes que visitaba. Le llamaba la atención que los niños fueran con uniforme al colegio, además de percibir el miedo que la comunidad les tenía a militares y carabineros. Miguelito cuando se fue dejó sus juguetes y la mayoría de su ropa. Solo se llevó a Canadá unos dulces que allá no había y que le habían gustado mucho. Miguel volvió cambiado a Canadá: el significado de la vida ya no era el mismo para él. Y había culpable para tanta pobreza, miedo y muerte: Pinochet. En los años '90, ya crecido, vuelve a Valparaíso con objetivos que él piensa que eran claros. Hoy en día su familia sigue en Canadá, y le alecciona constantemente a que se devuelva a Toronto, que no pierda el tiempo en Valparaíso, que ya no hay nada que hacer y que en Canadá está todo. Miguel vive una contradicción, pues volcó su vocación al servicio de los más pobres de Chile, sin embargo ya se está convenciendo de que en Canadá puede forjarse

un futuro y que volver a la sociedad de bienestar es una posibilidad real. Pero no está ciento por ciento convencido pues su mano, cada vez que puede, forma un puño en alto, añora años que no vivió y cree fervientemente que el medio litro de leche de Allende es la mejor política social que puede haber existido.

El 11 de febrero de 1975 Camilo lo recuerda muy bien. De hecho, aún conserva el ticket del vuelo. En su casa del paseo Atkinson había mucho movimiento y hacía mucho calor. Cuando estuvieron listos, llegaron los amigos más cercanos de la familia y partieron rumbo al aeropuerto en dos vehículos. Eran ya una familia grande que faltaba que se completara con la llegada de Sofía, que ocurrió en Alemania. El camino era larguísimo, además que no existían las autopistas de ahora, por lo que el viaje se hizo tedioso, por lo menos a sus ojos de niño. Camilo no entendía realmente lo que pasaba y sus recuerdos del viaje son más bien anecdóticos. La primera escala ocurrió en Montevideo, que tenía un aeropuerto bien rural por aquellos años. Lo que más le llamó la atención fue que de la pared colgaba la piel seca de una tremenda serpiente —tal vez una Anaconda— que estaba sobre el sofá donde a Camilo le habían dicho que se sentara. Camilo se asustó mucho, pues para él, a los cinco años, la serpiente era gigantesca y de muchos metros. Luego siguió la escala a Sao Paulo sin mayor novedad y después Dakar. Camilo nunca había visto gente de color negra en vivo y en directo. Para él todo era muy raro. Ya en Europa llegan a Bruselas desde donde toman un avión a Fráncfort. El viaje para él fue placentero y guarda un grato recuerdo del excelente jugo de naranja que le habían ofrecido las azafatas. También le llamó la atención que el avión tuviera un pájaro como logo. Con el tiempo se enteraría que era el símbolo de la línea aérea Lufthansa. Cuando aterrizaron en Fráncfort era de noche. El aeropuerto le pareció gigantesco y ya era ya una tremenda construcción en comparación con los aeropuertos sudacas. Ahí fue cuando el caos en su mente de pequeño fue total, pues por primera vez Camilo veía una escalera mecánica. Obviamente se maravilló y se asustó al mismo tiempo. Eran demasiadas sensaciones para un

niño en muy poco tiempo. Eso es difícil de olvidar. Al aeropuerto les fueron a buscar los tíos, que tenían un Opel combi beige, vehículo al cual se subió junto a su padre. El tío también le dio susto, pues le parecía gigante y un poco parecido a Boris Karloff. Al principio Camilo lo pasaba bien, todo era novedad. Pero después de dos o tres semanas le dijo a su padre en un paseo, cuando la primicia y entusiasmo por la nieve del invierno alemán y lo desconocido estaba pasando, “papá por favor vámonos para la casa, vámonos de vuelta a Chile, aquí hace mucho frío y allá hay sol, y además nos están robando los días”. Camilo no entendía que el sol en el invierno del centro-norte europeo comienza a ponerse ya a las tres de la tarde. Su padre solo le sonrió. Camilo nunca más volvió a ver a su abuelo y a su abuela. Camilo adoraba a su abuelo y era su nieto regalón. Tampoco supo nunca más de sus amigos del Kindergarten y menos supo de Anton, el pequeño matón que le hacía pasar rabia. Camilo recién volvió a Chile —y a Valparaíso— a mediados de la década de 1990 para traer los restos de su padre fallecido, cuya última voluntad era yacer eternamente en su tierra. Camilo al bajar del avión casi no hablaba el castellano y había sido el primero de su curso en el colegio en idioma alemán.

El chino Paz nació en diciembre de 1973, y debo señalar que por lo mismo compartimos el estigma de ser reconocidos generacionalmente como “hijos de la dictadura” o, lo que es peor, como la “generación X”, aquella que quedó en medio —en una especie de Limbo— entre la generación que le tocó combatir directamente al Régimen (absolutamente heroificada) y la que experimentó la niñez y adolescencia en tiempos de que la “alegría iba a venir” (absolutamente alienada). Por lo tanto, el desparpajo con el que hablamos nuestros temas cada vez que nos juntamos es terrible: el Rafa, el Juan, el Corvi, el Maldonado y otros que se van sumando de “cuando en vez” compartimos códigos difíciles de comprender para otros. De hecho, para los que no nos conocen, pareciera que cuando conversamos hablaríamos puras “huevás”, casi como glorificando la cultura de mierda que nos tocó vivir de niños y adolescentes en los

años '70 y '80. Pero en la práctica es todo lo contrario, pues configuramos un diálogo absolutamente irónico y sarcástico respecto de lo mismo. Y hay veces que nos ponemos graves y abrimos la coraza. Y eso ocurre cuando o el vino, la cerveza, el pisco o cualquier otro brebaje espirituoso del momento comienzan a hacer efecto en nuestras cabezas. El chino nos cuenta que su mamá y su papá eran militantes políticos para el golpe y que lo pasaron pésimo. La tortura hizo que su padre se metiera a diácono y que la separación matrimonial fuera una salida sana a la experiencia. El chino se tuvo que ir a vivir con su abuela a la subida del pasaje Quillota y le llegó el olvido. Y claro, su abuela pensaba que lo mejor era no hablar de ciertos temas y que la política era un mal del cual había que desentenderse. La abuela, que finalmente crió al chino hasta la mayoría de edad, era de la idea de que éste tenía que ir peinadito y ordenadito a la escuela. Lo que la abuela no sabía, era que en la escuela se vivía un mundo paralelo, un mundo real que terminó, a punta de golpes, por abrirle los ojos al chino (cosa rara abrirle los ojos a un chino, pero fue así no más). El chino estudió en la Escuela E-263 más conocida como “La Canadá” o como la “40”, una escuela de puros hombres. Por lo mismo, era una escuela de chorizos y casi todos los juegos terminaban en combos. Y claro, el que era mejor para pelear era el que “la llevaba”. Y el chino no digamos que era el mejor para los combos, pero sí era uno de los más inteligentes. Así fue que se hizo amigo del “Martin Luther King”, hijo de un pastor evangélico que según el chino era “seco pa’ los combos, respetado y temido”. El Martin Luther King se volvió el protector del chino contra los “patanes”, el grupo que le acosaba por ser buen estudiante. El chino nos cuenta que en una ocasión la violencia y nivel de agresiones al que habían llegado los compañeros era tan alto que el profesor Martínez tomó una determinación: instalar un ring para zanjar las constantes peleas. El discurso del profesor era que esa era la mejor manera de arreglar las cosas “entre hombres”. Y así fue como en más de alguna ocasión el Martin Luther King se tuvo que subir al ring para defender al chino. Pero lo contradictorio era que la violencia no se diera solo entre compa-

ñeros. El chino recuerda —y todos los de la misma generación en realidad recordamos— que en el mundo del profesorado abundaba la mano suelta y ávida por pegar cachetadas y coscorrones. O por lo menos ansiosa de tirar las patillas. Pa’ que mencionar varillazos y reglazos. Sin embargo, y para ser justos, no todos los profesores tenían esa “metodología”, aunque en su experiencia por lo general eran las mujeres las que pegaban más. Según su discurso “se ponían histéricas, comenzaban a gritar y ahí te llegaba el charchazo. Era como una rutina aprendida”. El profesor Martínez —el mismo que armó el ring— nunca les golpeó. El chino siempre ha pensado que lo del ring fue siempre una buena solución. Y claro, reflexionamos finalmente, que en una época donde la cultura en la que la violencia física y psicológica estaba legitimada y se practicaba cotidianamente, el ring fue una forma “pacífica” de resolución de conflictos. Al final de la pelea igual había que darse la mano.

El 8 de noviembre de 1984 Andrea fue a Valparaíso y le pasó de todo. Y por eso recuerda la fecha con exactitud. Andrea no salía mucho de su pequeña ciudad. Vivía en Limache y con diez años de edad estudiaba en la escuela de las monjas Adoratrices. En esa escuela no podía hablar mucho de su papá ya que era masón y parece que las monjas eran medio franquistas. El viaje a Valparaíso se debió a que con seis compañeras estaban acompañando a una de ellas que iba a recibir un premio por un concurso regional de pintura. Andrea nos dice que con las niñas sigue siendo amigas hasta el día de hoy. Y el viaje lo realizaron con la profesora más autoritaria del colegio. Como correspondía a su talla, la profesora no les dejaba hablar nada. Su recuerdo es que “la vieja nos trató pésimo”. Estaban tan desagradadas con la situación que la profesora les compró un helado y Andrea lo vomitó. Pero lo peor de todo no fue eso, era más bien el contexto lo que le hacía mal a Andrea. Andrea tenía en el bolsillo una carta que recién le habían entregado y que le había escrito su abuela desde Australia y que no podía sacar y leer, ya que temía que la profesora le preguntara de qué se trataba lo que estaba leyendo, cosa que no quería hacer para no arriesgarse. Andrea a su

edad tenía sospechas fundadas de que la profesora era pinochetista y eso no le simpatizaba, sobre todo porque la carta le daba noticias de su tío que estaba exiliado y de quien no tenía noticias desde hacía mucho tiempo. “La profesora nos tenía estrictamente prohibido hablar de política” nos dice Andrea.

Para Marcelo S. fue un hecho anecdótico el haberle tirado unas piedras a carabineros en la universidad. No estaba ni en sus pensamientos y menos le hervían las venas por hacerlo. Y eso se debe a una experiencia que vivió cuando pequeño, a los siete años, el año 1974 en la escuela Pedro de Valdivia ubicada en el pasaje Eusebio Lillo de Valparaíso (hoy escuela San Ignacio de Loyola). Marcelo S. vivía en la población Canal Beagle de Viña del Mar y todos los días se trasladaba a la escuela acompañado de su madre. Y para irlo a buscar sus padres se turnaban. Para el papá de Marcelo era más fácil recogerlo en la escuela, pues trabajaba en Valparaíso. Para su madre significaba movilizarse de Viña del Mar a Valparaíso y viceversa. Eran épocas donde el toque de queda comenzaba a las 19:00 horas y duraba hasta las 6:00 de la mañana. La historia cuenta que Marcelo estudiaba en la jornada de la mañana. Cuando terminó las clases no llegó a buscarlo nadie. Sin embargo él no estaba para nada preocupado, pues en la escuela lo pasaba bien. Almorzó con los otros niños (...) y siguió esperando. Hasta que dieron las seis y la jornada de la tarde se acababa. Marcelo S. se hartó de tanto comer el pan dulce de las colaciones escolares. Estaba feliz. La brigada del tránsito, compuesta de estudiantes mayores, y el inspector (el famoso chico Cataldo) le acompañaron hasta las siete de la tarde. Y la escuela había que cerrarla, por lo que el chico Cataldo lo fue a dejar a la comisaría que estaba al frente de la escuela. Marcelo estaba entretenidísimo en la comisaría. Se fijó en los calabozos y en unos carteles que decía “Se Busca”. Durante todo el día, tanto en la escuela como en carabineros habían tratado infructuosamente de contactar a sus padres. Recordemos que en ese tiempo los teléfonos no abundaban. El mayor de la comisaría, apiadándose de Marcelo S. le invita a su casa, diciéndole que tiene un hijo de su edad y que se podía quedar en su

casa hasta el otro día, sea para volver a la escuela o para encontrar a sus papás. Lo cierto es que Marcelo fue a la casa del oficial, jugó con el niño y volvió a tomar once. En algún momento de la noche Marcelo S. se preocupó y le dijo al Mayor “yo sé llegar a mi casa”. El Mayor confió en él y así fue que Marcelo arriba de un carro policial guió a los carabineros hasta su hogar, en Canal Beagle. Su madre se sorprendió mucho al verlo llegar a esas horas de la noche, más todavía acompañado de carabineros. La mamá estaba creída de que su padre le había ido a buscar al colegio y, como era frecuente, lo había llevado a acompañarle a jugar fútbol y a revolverla un rato con sus compañeros de trabajo. A su padre le gustaba un poco la juerga (brisca y esas cosas nos cuenta Marcelo). El papá llegó en la mañana, después del toque de queda y le llegó el tremendo reto de la mamá. Lo cierto es que se habían confundido, ya que mientras la mamá de Marcelo había pensado que el papá lo pasaría a buscar, el papá pensó todo lo contrario. Marcelo S. nos cuenta esta historia con emoción y mucha frescura. Ahora recién podemos entender el porqué del cariño que Marcelo le tiene a la institución de Carabineros.

Haber tenido en mis manos las primeras revistas de *Barrabases* y *Mampato* se lo debo a mi padre y a mi tío Hernán. Mi padre compró desde el primer número de *Barrabases*, el año 1953, hasta los del año 1958, de tal manera que cuando llegaron a mí estaban empastados en un solo gran tomo. Mi abuela paterna había sido la celosa guardadora de tremenda maravilla. A fines de la década de 1970 y principios de 1980 no lo podía creer: había existido hace algunos años atrás una revista que hablaba de fútbol donde los niños eran los protagonistas. Y qué protagonistas, todos unos crack estos Pirulete, Bototo, Sam, Guatón, Chico, etc, etc. Y lo extraño es que representaban a cabros chicos normales, no como los superhéroes que llegaban de afuera con poderes sobrehumanos y que prácticamente eran invencibles. Igual Superman me parecía bien, aunque mi héroe máximo era Batman. Pero esto era diferente. Y pa’ mejor todavía, en el verano de 1979, mi tío Hernán me deja ver sus revistas *Mampato*, las primeras, unas de 1968 hasta 1974 más o menos. Así

fue que mi niñez intermedia la viví entre los viajes que hacíamos a Valparaíso a ver a mis abuelos paternos y a Bulnes, a ver a la familia materna. Y soñaba con las historias de Pelucón y con tener un cinto espacio-temporal que me llevara a conocer el lugar que quisiera y la época que se me diera la gana. Un día, después de haber releído los *Barrabases* no sé en cuantas ocasiones, le pregunté a mi papá por qué ya no existían esas revistas. Mi papá me dijo que *Barrabases* lo había dejado de coleccionar porque estaba grande pero que sabía que había durado hasta 1974 o 1975, y que Mampato había salido hasta hace poco, 1978 parece. Pero mi papá no me contestaba la pregunta. ¿Por qué no había más *Mampato* y *Barrabases* si las revistas eran geniales? Eran más geniales que las *Mafalda* y los *Artemio* que mi tía Cecilia tenía escondidos en un baúl de su departamento de estudiante de la Universidad de Concepción. Pero mi papá no me explicaba bien. Tampoco me supo explicar bien por qué el año 1980 cuando veníamos de visitar a mi tía Cecilia rompía unas calcomanías que decían “Sí” que habían pegado en el vidrio delantero del Austin Mini familiar. Menos me explicaron bien por qué volvíamos a Valparaíso definitivamente a vivir a fines de 1981, cuando en realidad en Concepción estaban los amigos. Se nos decía que mi papá estaba enfermo, pero yo no entendía, ya que el viaje a Valparaíso mi papá lo manejó íntegramente, con casi siete horas frente al volante (las carreteras en ese tiempo eran otras). Y llegó el día en que había que crecer. Así, cuando estaba más grande y comencé a encajar las piezas de estos enigmáticos rompecabezas de silencio y evasivas fue demasiado tarde, mi padre ya había fallecido (yo creo que de pena más que de otra cosa) recientemente en 1986. Mi madre, hasta el día de hoy, argumenta que eran tiempos peligrosos y que lo hacían para protegernos.

El álbum del Mundial de Alemania de 1974 fue toda una novedad para los pequeños niños que éramos en esa época. Jugaba la selección chilena con sus grandes figuras, donde destacaban Figueroa y Caszely. Coleccionar las láminas era lo mejor que nos podía pasar, e intercambiarlas también. Eran láminas dibujadas y pintadas. Pare-

cían de tempera. Pero el dibujante era un maestro y los rostros de los jugadores se nos figuraban casi de verdad. Hace poco tiempo supe que el dibujante había sido Themo Lobos, el mismo de *Mampato*. Y ahí nos apareció por primera vez el rostro de Johan Cruyff y de algunos brasileños. Marcelo alucinó a sus ocho años con el álbum. Y también con el de Flora y Fauna. Pero también comenzaron a aparecer álbumes de otro tipo que marcaron a cuatro generaciones completas de cabros chicos de entre los siete y los 13 años. Y eran los álbumes de guerra o de las Fuerzas Armadas. El primero en aparecer fue “Alas de Chile”, un álbum de la Fuerza Aérea que relataba la historia y hazañas de la aeronáutica nacional. Como tal, la Fuerza Aérea no tenía muchos logros militares de qué jactarse (no iban a poner el bombardeo de La Moneda en Santiago), por lo que el álbum destacó en muchas de sus páginas los logros de la aeronáutica civil nacional. Pero igual se las ingeniaban para demostrar la cultura militar: los grados de oficialidad, los aviones de combate, entre otros. Eran álbumes muy bien dibujados. Claramente hechos por un artista. Pero ese fue solo el comienzo. Rápidamente apareció el álbum de la Guerra del Pacífico, del combate naval de Iquique, de los Carabineros, de los héroes de la Concepción. Y los repartían en las escuelas gratis. Y para eso, no ahí había discriminación de sexo. Y los mismos álbumes se repetían una y otra vez, con las mismas láminas, sin mayores modificaciones y siempre con poca letra escrita. Y para darle un remozamiento también le cambiaban el nombre. En vez de “El combate naval de Iquique” le llamaban álbum “Arturo Prat”, y en vez de “La guerra del Pacífico” le denominaban álbum “Héroes de Chile”. Y entremedio aparecía nuevamente el álbum de “Flora y Fauna” y el del “Cuerpo Humano”. El tema se había convertido en un rito. Ah, sí aparecían álbumes de vez en cuando con otras temáticas infantilizadas y con aires de inocencia: el álbum de Disney, los álbumes de “Superhéroes”, “Frutillita”, “Los Cariñositos”, entre otros. Y para qué hablar de los álbumes “Civilizaciones” e “Historia del Hombre”, verdaderas joyas de la historia universal y reproductoras del pensamiento liberal. Y los álbumes de los cam-

peonatos de fútbol y de los mundiales de 1982 (el de 1978 no se hizo en Chile por la casi guerra con Argentina) y de 1986. Toda una industria destinada a promover la infantilización y la ideologización cultural militar

A Rosana G. no la dejaban salir sola a la calle. No la dejaban salir sola porque el papá les decía que había que cuidar a las mujeres. Si salía solo la dejaban salir hasta las 20:00 horas. Cuando un poquito más grande quería ir a fiestas, y como no le daban permiso, las compañeras le iban a rogar a la mamá para que pudiera ir con ellas. Cuando lograba salir a una fiesta era solo hasta las doce de la noche, cual cenicienta. Pero no iba sola, pues por lo general asistía acompañada o de una tía o del hermano menor. Las otras hermanas de Rosana se arrancaban, pero ella no. Nunca lo hizo. Estudiaba en un colegio de monjas del cerro Alegre, y todo esto en los años en que se prometía que la alegría iba a llegar. Cuando dio la Prueba de Aptitud Académica y quedó en la universidad, eligió la de Antofagasta, lo más lejos posible del control parental. Y allí aprendió a ser mujer de fin de siglo. A la Yaya a fines de la década de 1970 le pasaba lo mismo. En Rodelillo la dejaban salir, pero solo a la puerta de la casa. Y pobrecita de ella si se arrancaba para otro lado. En el discurso oficialista de aquellos años circulaban ideas que hablaban que a las niñas había que formarlas como futuras madres para la patria. La Yaya finalmente se casó con un marino, porque quería viajar y conocer otros lados. Y después de más de veinte años de matrimonio, aún está a la espera del dichoso viaje. Pero para Gerardo la historia fue otra. A los trece años, cuando el fútbol comenzó a compartir el espacio de interés por el sexo opuesto, tuvo la oportunidad de abrir los sentidos y desarrollar la curiosidad adolescente. Y era que estudiaba a los 13 años en una escuela mixta, y las compañeras eran más desarrolladas física y mentalmente. De hecho, en las fiestas eran las niñas las que sacaban a bailar a los hombres y ellos se dejaban querer. Y bailaban blues, Camilo Sesto y Julio Iglesias. Bien apretaditos. Y la curiosidad fue en aumento. Aparecieron juegos como la “botellita” y la escondida con pareja. Cuando llegó a la educación media

e ingresó al liceo 2 de Playa Ancha, comenzó a frecuentar a las chiquillas del colegio María Auxiliadora. Los días jueves se juntaba con los amigos e iban a la virgen de Pompeya en Playa Ancha. Le decían “ir a Pompeya”, y más que hacer rutas o procesiones religiosas, iban a conocer chiquillas. Gerardo perdió la virginidad a los 16 años, con una amiga a la que había acompañado a su casa una noche en la que sus padres se habían tenido que quedar afuera.

A fines del año 1981 la crisis económica llegó fuerte a Valparaíso. El Plan de Empleo Mínimo (P.E.M) y el Plan de Ocupación de Jefes de Hogar (P.O.J.H) hacían carne en 1982. Y muchos chiquillos tuvieron que posponer o dejar definitivamente los estudios. Eran los mismos años en que el Estado le daba el perdono a los bancos. Pero para los niños pobres o empobrecidos no había perdón. Denis se puso a trabajar. Y no justamente para darse lujos, sino que para apoyar en la casa y ponerle más porotos a la olla familiar. Trabajaba en lo que viniera: limpiando escombros, jardines, de cabro de los mandados en almacén, de junior. Y su papá en el P.O.J.H. Denis tomó conciencia de su situación de cabro, por lo que de ahí a la resistencia militante hubo solo un paso.

El Rodrigo tenía siete años y estudiaba en la escuela Grecia. Debe haber sido el año de 1984 más o menos. Estaba en la sala de clases y un compañero se puso a llorar, desenfocado, mal, y Rodrigo no sabía qué pasaba. Con cuarenta y cinco niños en la sala y sin profesor, todo era un caos. Y el compañerito lloraba y Rodrigo no sabía qué hacer. Así que se subió arriba de la mesa y empezó a gritar “el que no salta es Pinochet, el que no salta es Pinochet, el que no salta es Pinochet (...)”, y los cabros chicos todos embalados en la suya, ven la acción de Rodrigo y algunos se suben a las mesas y otros que comienzan a pegarle a la pared y otros que comienzan a hacer sonar cualquier cosa y todos al unísono “el que no salta es Pinochet, el que no salta es Pinochet, el que no salta es Pinochet (...)”. Quedó literalmente la joda. Llegó la directora de la escuela, la famosa

Lidia Bonett (hoy fallecida) de recalcitrante militancia pinochetista con el fin de saber quién era el pequeño subversivo comunista que gritaba tales barbaridades. E identificó a Rodrigo. Obviamente la primera medida fue la suspensión del nene y el correspondiente llamado a los apoderados. Los papás de Rodrigo no sabían dónde meterse, pues si bien eran absolutamente contrarios al régimen, el papá trabajaba para el servicio oceanográfico de la Armada y podía quedar la grande. Menos mal que los papás supieron bajarle el perfil al asunto argumentando que eran cosas de niños, que probablemente lo había escuchado en otro lado. Rodrigo hoy es psicólogo social, y pronto va a regresar a Chile de su estadía doctoral en España.

Iba de la mano de su mamá con cinco años de edad y es uno de los recuerdos que tiene Lucho del año 1979. Vecinos del cerro Cárcel, iban bajando hacia el centro para hacer no sé qué trámite cuando ocurrió el hecho. Por Cummings apareció un gendarme con un detenido que iba esposado y con un grillete con su respectiva bola colgando del tobillo. “Igual que en los monitos animados” recuerda Lucho. En algún momento de descuido del gendarme, el prisionero se suelta y le pega al gendarme y trata de arrancar. Algo grita el preso tratando de llamar la atención. Pero no podía arrancar, la pesada bola se lo impedía, no avanzaba ni un centímetro. De la nada apareció un hombre de cuello y corbata, y de lentes oscuros. Éste extrae una pistola y comienza a dispararle al prisionero quien intenta esconderse y arrancar. Una señora llama a Lucho y a su mamá y les dice que vayan para adentro. Ahí encontraron refugio y por un lapso de media hora aproximadamente escucharon balas silbar. No entendían nada. Cuando pasó el entuerto, no supieron qué pasó. Estaba todo como si nada hubiera sucedido. Lucho dice con ojos de adulto “el compadre de negro tenía pinta de CNI”.

El Georgi era uno de los cabros más creativos, ocurrentes y maulillas de los que me ha tocado conocer en la vida. Sus ocurrencias iban desde nombrar a un perro de la calle como “dios” y amarrar a un palo a un chiquillo motejado en el grupo de muchachos chorizos

como “maricón” para ofrecerlo como ofrenda al “dios perro”, más conocido como el “dios Rasca”; hasta trasladar de la sala de los cines al patio común del conjunto de edificios donde vivíamos cerca del Mercado Cardonal las películas que hacían furor por la época. Así la serie de películas de “Las guerras de las galaxias” estrenadas cada verano fueron el contexto que nos llevó a abanderarnos por alguno de los bandos en pugna: “Los Imperiales” y “Los Rebeldes”. Todavía pienso en el simbolismo de la película, pues claramente el guión se refería a cómo unos rebeldes republicanos trataban de derribar un imperio convertido en una dictadura unipersonal. Yo creo que a la censura de la época se le pasó porque era película para “niños”. El tema es que de manera sucesiva nos íbamos haciendo o “imperiales” o “rebeldes”. Obviamente el Georgi era imperial. Y los cabros más malos se sentían atraídos por Darth Vader y los más buenos por Luck Skywalker. Los combates eran apoteósicos, y cada vez iban subiendo de tono. De inocentes simulaciones de peleas con espadas láser inventadas por nosotros mismos, pasamos a armarnos con palos para defendernos. Del juego se pasó al abuso directo, y no sé por qué, pero los más grandes tendían a ser los “imperiales”. Estos se organizaban y planificaban “secuestros” de los “rebeldes”, los cuales consistían en tomarlos por sorpresa y llevarlos a su “cuartel” que no era otra cosa que un punto ciego y oscurísimo ubicado en el subterráneo de una de las torres de los edificios, al lado del lugar de acopio de la basura vecinal. Era un espacio grande y los “imperiales” gozaban de la venia de los conserjes del edificio puesto que estos pensaban que solo eran juegos. La duración del secuestro era variable y dependía si el rebelde tuviera hermanos mayores o no. Los “rebeldes” lo pasábamos pésimo. Nos amarraban y a veces nos pegaban. Al “zorro” una vez que fue a comprar pan lo tomaron por sorpresa y lo tuvieron retenido desde las diez de la mañana hasta las siete de la tarde, más o menos. Entre los “rebeldes” el tema llegó a un punto de temor máximo. Mi mamá se extrañaba de que en pleno verano no quisiera salir, y eso que yo pasaba en la calle. El final del cuento es que un día nos juntamos en secreto con el “zorro”, el

“primo” (el mismo Georgi le había puesto así ya que le gustaba una prima que tenía), el “Té samba”, el “guatón Gonzalo”, el “capitán Veneno”, el “Bonito”, el “Pablo”, el “Lobo” y otros más que ahora no recuerdo. Y planificamos la venganza. En paralelo, cuando se decretaba una tregua porque al Georgi se le había ocurrido hacer un campeonato de “futbolito” (un juego con tapitas de bebidas que personificaban a equipos de fútbol completos, con sus números y nombres, y siguiendo reglas similares a las del fútbol) o era el cumpleaños de alguno de los chiquillos (donde asistíamos todos, invitados o no), la violencia disminuía un poquito. Yo tenía mi equipo de futbolito, el “Liverpool” de Inglaterra y con él llegué a la final del campeonato enfrentando al guatón Rodrigo, yunta del Georgi. El Rodrigo era un guatón de origen italiano más grande que nosotros y bastante bipolar, pues tenía momentos de buena onda y otras de agresividad total para con nosotros. El hecho es que habíamos planificado mi llegada a la final. Cuando me tocaba jugar con mis compañeros “rebeldes” se dejaban perder, y cuando tenía que jugar con un “imperial” todos me apoyaban para sacar adelante el partido. La final fue de máxima tensión y participaban como espectadores hasta los adultos del conjunto de edificios. Era un juego muy llamativo a la vista porque las tapitas estaban hechas con mucho cuidado, forradas incluso con papel celofán e imitando las camisetas de los clubes de fútbol originales. Y se produjo la venganza. En medio de la final, con cerca ochenta personas de asistentes, más los que iban y venían para observar, y mientras corrían los completos y las bebidas (toda una producción organizada por el Georgi), los cabros “rebeldes” toman desprevenido al Georgi en la entrada del edificio y lo obligan a ir al subterráneo. Ahí al Georgi lo amarran. Le quitan la ropa y le pintan en la guata “vivan los rebeldes”. La acción duró unos cuarenta y cinco minutos. Soltaron al Georgi y este en calzoncillos salió corriendo y apareció en medio del patio donde todo el mundo le comenzó a mirar con curiosidad. Los adultos no entendían nada, los jóvenes se mataban de la risa y los “imperiales” corrieron a socorrer a su líder. El Georgi no lloró, probablemente había comenzado a planificar alguna venganza, cosa

que nunca ocurrió. En conclusión pasó que el resto de los “imperiales” se asustó, mientras que los “rebeldes” aprendimos a no andar solos. Cuando los adultos se enteraron sobre lo que había pasado durante tres veranos seguidos se acabó el juego de los “rebeldes” y los “imperiales”. Obviamente la final del futbolito fue una anécdota. Empatamos 0-0 y nunca hubo un campeón.

Corría el año de 1983 y las protestas en la casa central de la Universidad Católica de Valparaíso ya habían comenzado a tener repercusiones tanto en Valparaíso como en el resto del país. Entre la casa central y el edificio de al lado, llamado monseñor Gimpert, habían construido un puente que los conectaba. Nosotros, cabros y cabras que vivíamos en un edificio cercano, éramos testigos directos de los enfrentamientos. Y al Georgi se le ocurrió una idea: “jugar a las protestas”. Y así ocurrió que una versión del “Paco o Ladrón” se transformó en las “Protestas”. Así partió el cuento, bombas de humo en un principio, lumas después. La cárcel era la “escalera negra”. Un espacio que conectaba dos de los tres edificios. Allí los que hacían de fuerzas de seguridad llevaban a los “prisioneros”, y nuevamente apareció el abuso. Ahora el orden de los bandos se componía, al parecer, de los que estaban de “acuerdo o no” con las protestas. Y los hijos de marinos y de investigaciones eran las fuerzas de seguridad y los que eran de civil, por lo general eran “estudiantes”. La cosa se puso peluda cuando a una niña, la Paola, hija de marino, se le ocurrió llegar con un alfiler a las “Protestas”. Y me toman preso, y me pegan un lumazo, me llenan la cara de tierra, y finalmente la Paola me pincha con el alfiler. El juego acabó al poco tiempo después. Quizás porque empezábamos a entrar a la adolescencia, quizás porque tanto violencia no podía durar tanto entre los niños. Una vez, siendo más grande y estando detenido, lo primero que se me pasó por la mente fue el juego de las “Protestas”. Me dio pánico pensar que esto se podría repetir. Menos mal que no pasó nada. La Paola se casó con un marino y su hermano fue “tira” que luego fue expulsado por carretero. El Georgi maneja una ambulancia. Yo me volví profesor de Historia y trato de hacer memoria de lo que hacíamos cuando niños.



Tokichen Tricot
¿De vuelta en el comienzo?

De alguna manera, el golpe siempre marcó a nuestra familia. Tal vez no viene al caso entrar en detalles ni melodramas, pero la verdad es que fue así. Por eso, el estar ahí esa mañana, no era más que otro paso en un corolario de vidas y sueños cruzados, derrotero que al parecer siempre conducía a las vetustas calles del puerto.

Esa mañana, la humedad no era por la bruma costera ni las lágrimas tristes. Ese día había amanecido preñado de puños apretados y la rabia vergonzante de ver cómo el dictador no tenía otoño, y que era recibido en el puerto para ser representante en el mismo parlamento que había cerrado. Iba a ser partícipe de la misma democracia que había destruido y que había costado 17 años de lucha recuperar (bueno, al menos parte de ella). La verdad, era paradójico: el honorable senador de cara al país sin asco, flanqueado por sus consortes fascistas, sin empacho asumía su rol de legislador; mientras afuera, desde los cerros de Valparaíso fluían olas de descontento hacia el plan de la ciudad, olas que eran recibidas con violencia por la policía. Pocas veces la ciudad se veía colmada de tal indignación y ésta fue una de aquellas ocasiones en la cual la afrenta que se sucedía en el

Congreso sería, al menos por unas horas y de manera casi primitiva, interpelada en las calles. Con el aliento oculto y mirando las multitudes avanzando por Avenida Pedro Montt, pensaba en cómo había llegado ahí, cómo la vida de alguna manera siempre me llevaba a las calles de Valpo. Había llegado hace poco más de una década, pero la verdad es que siempre había sido de ahí, no obstante haber nacido a miles de kilómetros de distancia.

Siempre fue raro eso de escuchar que hablaran o te preguntaran cuándo habías “vuelto a Chile”, porque nunca había sido de ahí, no hubo almuerzos familiares de domingo u onces, sino que anochece-res de 3 de la tarde, leche a la puerta y *fish and chips*. Era difícil con 10 años pensar que volvías a un lugar en el cual nunca habías estado, un lugar tan mistificado, ese del cual habían salido contra su voluntad tus padres, ese que añoraban, pero además temían. Sólo conocíamos Chile por lo que nos habían contado ellos, eran sus cuentos los que nos construyeron un país hermoso, idílico. Claro, nosotros imaginábamos un país tropical con jugos multicolores de frutas exóticas, calor, playas y una familia feliz que estaría más que contenta de recibirnos. Por supuesto, en este imaginario no estaba el paco enorme que nos recibió en el aeropuerto, el que con la afectuosidad que caracteriza a su institución nos conminó con amabilidad a mi madre y a mi hermano pequeño a que le mostráramos qué traíamos en las maletas. Sin duda, el arsenal de casetes de cuentos y el oso rosado de mi hermano hedían a insurgencia (no sé si lo negará o no, pero recuerdo claramente aquel oso, rosado y con un arcoíris en la guata, y que luego se convirtió en pelota de fútbol). Bueno, ahora en retrospectiva, lo más probable es que el hueón no fuera tan grande y yo lo viera así, una especie de orco de gorra verde que mugía ordenes que sólo mi vieja entendía.

Este fue nuestro primer encuentro con la autoridad, con una forma de relacionarse que no conocíamos, con una sensación que llegaríamos a conocer de cerca, con el miedo y con una habilidad que nos seguiría por el resto de nuestras vidas: el ocultar parte de tu vida. La

verdad, antes de partir, no mucho nos habían dicho al respecto, pero algo al parecer intuíamos, algo de miedo y resquemor nos transmitían también. Probablemente, no ayudaban mucho las palabras de mi padre, quien antes de viajar hacia Chile nos decía a mi hermano y a mí “Pórtense bien los hueoncitos, acuérdense que van a vivir con su abuela y si se portan mal ¡los va colgar de la bolas!”.

La ternura de aquellas palabras sirvió para que catalogara a mi abuela entre aquellas personas que debía tratar con recelo. Todavía me recuerdo sentado en la mesita de la cocina de mi abuela, mientras ella revolvía sus potajes y me enseñaba las tablas de multiplicar, imaginando de qué parte del muro me colgaría si me equivocaba. Pobre ella, feliz enseñándome, ignorante de mis absolutamente infundados temores. Es más, hasta que murió, ella siempre atesoró el haberme enseñado las tablas, y nunca fui capaz de admitirle ni que las aprendí bajo coerción psicológica ni que hasta hoy no me manejo muy bien sin una calculadora cerca.

Vivimos un tiempo con mis abuelos en su departamento en Playa Ancha. Para mi madre era volver a sus raíces, prácticamente al mismo lugar de donde había salido hacía poco más de una década. Para mí y mi hermano, era nuestro primer contacto con Chile, Valpo y la cultura de la cual tanto nos habían hablado. Habíamos salido de nuestra casa en un barrio obrero, en un pueblito al sureste de Inglaterra. Ahí crecimos hablando inglés con acento irlandés, yendo al colegio en medio de un bosque, donde éramos en ese entonces bastante exóticos: chilenos que hablaban inglés como irlandeses y puteaban en chileno, vaya mezcla. Ahí fueron nuestros primeros años jugando en el parque, celebrando *halloween* en el colegio y comprando chocolates y papas fritas en el negocio del pakistaní de la esquina. Demás está decir que el sol lo conocíamos por referencias de terceros y de la televisión, además de aquellas contadas ocasiones en que subía la temperatura en el verano, cuando mis viejos nos sacaban a empaparnos de los rayos de sol que nos eran tan ajenos u osaban algún paseo a la playa, donde nos regocijábamos de tomar

esos rayos y bañarnos en el mar, bajo un sol incandescente que sin duda se alzaba por los 20 grados Celsius.

Además del energúmeno del aeropuerto, Chile nos recibió con calor. Eran los primeros días de enero, y a pesar de que la verdad es que en Valparaíso nunca sube demasiado la temperatura, para nosotros era un infierno. No había cómo escaparse de aquellos rayos de sol que nos perseguían omnipresentes, que rápidamente volvieron nuestra piel fluorescente y luego en escamas. No había mucha preocupación por los efectos del sol por ese entonces y mis pecas son mudos testigos de aquel recibimiento del sol austral.

De nuestra bucólica vida de niños en Inglaterra llegábamos a vivir donde mis abuelos paternos, a un conjunto de departamentos ubicado justo en frente del viejo Hospital Naval de Valparaíso. Imaginarán la impresión para un niño cuya mayor cercanía a la violencia había sido ver por la televisión las protestas de los mineros en el norte de Inglaterra o las escaramuzas de los hooligans tras un partido de fútbol, de llegar a su nuevo hogar y hallar que se encontraba justo en medio de poblaciones de marinos, rodeados de marinos! Que si a esa altura sabíamos algo, era que los de uniforme eran los malos. Estaba lleno de guardias armados por todas partes, que te miraban con cara de pocos amigos mientras empuñaban sus fusiles para proteger a sus superiores.

Ahí había comenzado el golpe, desde ahí se había golpeado a la democracia y a Valparaíso, desde aquellos cuarteles que llegarían a ser nuestro patio trasero habían salido los efectivos camuflados que coparon la ciudad en la madrugada del 11 de septiembre. Ahí había comenzado también la historia para mi familia, pues en los patios en que ahora jugábamos con los otros niños del complejo, se habían llevado detenido a mi viejo. Desde ahí mismo salió mi abuela a buscarlo, hasta que logró, a diferencia de muchos, encontrarlo; desde ahí salió mi abuelo para decirle que sería exiliado; y desde ahí saldría también mi madre a iniciar una nueva vida, dejando parte de su corazón en Chile, dolor que la acompañaría por siempre. Esta vida

que había quedado en este país sería la que nos recibiría; de golpe, teníamos hermano, primos, abuelos, tíos y un sinfín de familiares de los cuales muchas veces ni siquiera habíamos escuchado.

Las sirenas ululaban a lo lejos mientras la turba se volvía a aglomerar, desde los distintos rincones a los cuales habían sido desperdigados, volvían a reunirse con una persistencia pocas veces vistas en el contexto de una protesta en el puerto. Como siempre, desde la Plaza Victoria avanzaba la columna reunida, pero no era como en otras ocasiones en que un poco de agua o gas servía para hacer huir a quienes tenían la osadía de enfrentarse los artefactos de la represión; hoy la necesidad era mayor, sabíamos que las instituciones, a pesar del discurso oficial, no funcionarían. Sabíamos que la justicia era una quimera que no se lograría y había sido transada a cambio de poder, por eso, esa mañana la política volvía a la calle. En consonancia con el pensamiento liberal que tanto les gusta enarbolar a los tecnócratas, cada quién tenía su razón personal para estar ahí esa día, cada persona tenía su propia justicia personal que agenciar aquella mañana en las calles de Valparaíso. Sin embargo, me gusta pensar que también como pueblo, como chilenos, como porteños, asumimos un rol soberano de interpelación a aquella afrenta abyecta que se llevaba a efecto en el Congreso, que como titulares del poder nos negábamos a ser cómplices de que en nuestro nombre se ofreciera un espacio en la Cámara Alta del país al dictador que había gobernado a base de terror durante casi dos décadas.

El olor de las lacrimógenas inundaba prácticamente toda la ciudad, aquel efecto de picor e irritación es algo que, como llegaría a aprender, los porteños conocen bien. Esa mañana, a pesar de que la policía había puesto la frontera en la avenida Francia como lo hacía usualmente, el aire se hacía irrespirable en casi todo el plan. Esta era una práctica habitual, y lo sigue siendo por lo demás; en general, cuando hay una actividad en el Congreso y existe la posibilidad de marchas o protestas, los carabineros se parapetan en la esquina de las calles Pedro Montt con Francia.

Ya resulta bastante simbólico que cada vez que se lleva a cabo una manifestación de descontento ciudadano, esta solo pueda llegar hasta aquel cruce. De alguna manera, la libertad de expresión era permitida solo hasta allí, pasada esa línea imaginaria se asumían las consecuencias de represión y de ser estigmatizado de ultra, radical, lumpen u otros apelativos creados desde el poder para denostar las expresiones de la calle. Esa mañana más que nunca la democracia estaba en las calles de Valpo. Aquellas instituciones que “funcionan” y desde las cuales tanto se había argumentado que serían el sostén y el cauce de la legitimidad democrática eran las que recibían en su seno al tirano.

Pero cuando llegué a Valparaíso, la ciudad estaba lejos de tener al menos esa libertad. Vivir y crecer en dictadura, viniendo del exilio y siendo un niño, tiene sus complicaciones; no sólo estábamos en un régimen donde había que ocultar muchas cosas, sino que, además, en una cultura diferente a la cual estábamos acostumbrados. Probablemente, no mucha gente debe haber creído nuestro invento de que nacimos y vivimos afuera porque mi padre estaba estudiando en la universidad en Inglaterra. Claro, no era cosa de andarle contando a cualquiera que venías del exilio, que tus padres habían pasado por campos de prisión y tortura, y que tu padre no podía volver al país porque había una letra L que mancillaba su pasaporte, permitiéndole viajar a cualquier país, excepto al único que quería, al único que importaba: el propio.

No era muy complicado imaginar que nuestra elaborada coartada del estudio en el extranjero fuera descifrada por muchos, sin duda, no debe haber ayudado mucho a nuestro ardid el que jugando a los pacos y ladrones nos negáramos con vehemencia a ser los pacos, o que jugando a los países, por lo general terminaríamos siendo Cuba o Nicaragua, o que en aquellas bizarras y pueriles discusiones de quién ganaría en una pelea, si Estados Unidos o la Unión Soviética, nosotros, por lo general, nos inclináramos, era que no, por la URSS.

Pero en cuanto a nuestra coartada, ésta era una y mi hermano y yo la recitábamos como unos expertos, impertérritos ante cualquier interpelación.

No nos podían atrapar en ese ámbito, nuestro relato y nuestras caras eran inmunes al asombro si alguien nos preguntaba por nuestro pasado, aunque esto no siempre era así ante otras situaciones que sí nos provocaban sorpresa. El vivir en un nuevo país para cualquiera es un sinfín de experiencias novedosas, si a lo anterior le agregas que es una cultura, situación económica y realidad política completamente distinta, tienes una mezcla con sorpresas interesantes.

Los ingleses, en general, no se caracterizan por el desarrollo o lo refinado de su cocina, probablemente, hoy sea distinto y hayan sido capaces de introducir especies e innovaciones a partir de la influencia de la inmigración proveniente de sus colonias. Pero lo cierto es que a inicios de los ochenta, en un pequeño pueblo inglés, más allá de las innumerables formas que habían ideado para comer papas y verduras cocidas, la variedad gastronómica no era una de sus características destacables. Pero había algo en que sí eran y aún son grandes, una cualidad de sus cocinas que había cooperado para formar generaciones de rechonchos inglesitos de cachetes sonrosados: sus dulces y sus golosinas. Podía vivir sin aquellos deliciosos dulces rebosantes de crema chantilly, mermeladas de frutas o *custard*, pero lo que sin duda me encantaba y no sería fácil de olvidar era poder ir al negocio del pakistaní de la esquina y comprar, con unos pocos peniques, papas fritas de sabores, por entonces inimaginables en Valparaíso, y los chocolates que quisiera. Es más, está grabado en mi memoria el día en que, estando de visita donde mi abuela materna, quien incidentalmente también había llegado a Chile de niña y quien había cometido la afrenta de dejar su casa de toda la vida en el cerro Playa Ancha para irse a vivir a Quilpué, le pedí en un momento que iba a comprar el pan para la once (ya de por sí un conjunto de actividades nuevas para mí), que me trajera un chocolate del negocio. Cuál sería mi sorpresa cuando llega de las compras, extiende su mano y yo

emocionado recibo por primera vez un ¡Súper 8! No se malentienda, no tengo nada en contra del Súper 8, pero cuando toda la vida has comido chocolate y te pasan una galleta oblea cubierta con una sustancia que suponemos es chocolate, se tiende a sentir un poco de decepción, situación sólo homologable a cuando me sirvieron mi primer té con leche; detalles en los cuales no ahondaré.

Pero más allá de cuestiones de tipo casi suntuarias, hubo otras que llamaban la atención por lo incomprensible que resultaban, tanto entonces como muchas que aún son posibles de ver en el país y en Valparaíso. En ese sentido, fue en el marco de la dictadura que tuve los primeros encuentros con el clasismo chileno, el que bien llegaría a conocer con los años. Que de dónde venía, cuál era mi apellido, en qué colegio estudiaba, en qué trabajaban mis padres, entre otras preguntas que se iteraban una tras otra y en diversos contextos. Era impresionante que la información recabada te categorizara, daba igual si estaba en mi barrio en Playa Ancha, donde mi abuela en Quilpué o visitando a mi familia de plata en Viña; el ritual y el resultado era el mismo, ponerte en una u otra categoría. Estos son los tuyos, con estos te mezclas, con esos de la quebrada o esos que viven en el cerro, no esos no. Y bueno, evidentemente había quienes no debían juntarse conmigo porque no tenía el apellido adecuado además de estudiar en una escuela pública. La verdad sea dicha: el que mi apariencia fuese la que agrada en ciertos círculos y el que hablara inglés les complicaba las cosas, sin embargo, mi hermano (sí, el mismo del oso del arcoíris) siempre llegaba para poner las cosas en su lugar, por muy europeo que pudiese parecer o idioma extranjero que hablara, su espíritu flaute le podía.

Mientras yo estaba inserto en mis cavilaciones en la calles de Valparaíso, la batalla estaba desatada. La gente reunida ya no solo marchaba o gritaba consignas, la afrenta, el golpe era demasiado y la rabia encubada por décadas comenzó a aflorar. Las calles que durante años debieron sufrir en silencio el ultraje de un modelo de modernidad que prefería el vidrio y el acero al adoquín, dieron cobijo a una de los enfrentamientos más grandes de los cuales se tiene

recuerdo en el puerto. La columna principal se enfrentaba a la represión apostada, como siempre, en la avenida Pedro Montt; el objetivo estaba claro, intentar por todos los medios llegar al Congreso. Como nunca, la presión de las miles de personas avanzando por la avenida hizo retroceder a la policía y aunque solo fuera por un momento, la dicha de ver a los orcos de verde tener que replegarse invadía las filas que avanzaban entre gritos, arengas e insultos. Este júbilo evanecía con rapidez, las fuerzas de la represión versadas en el arte de infligir dolor a sus conciudadanos desarmados; contraatacaban haciendo el avance prontamente estéril, trasladando la acción a las decenas de calles aledañas a la gran arteria principal del puerto, lugares donde se sucedían intensas y esporádica escaramuzas. A diferencia de otras protestas que suelen existir en las calles de Valparaíso, los carabineros se veían impedidos de utilizar su forma tan científica de detener gente por su apariencia, la forma en que se ven o la ropa que usan. Difícilmente alguien que estuvo allí aquel día podría osar una descripción de la de quienes protestaban, no eran sólo jóvenes pelilargos vestido de negro o pobladores provenientes de las periferias de la ciudad; las calles estaban colmadas de todo tipo de porteños y algunos no porteños. El motivo único tras la presencia ahí esa mañana era hacer patente la ira inconmensurable que producía que el dictador estuviese impune y que fuera, a contar de aquella mañana, un representante de la democracia chilena.

Nunca logramos eso sí acercarnos más allá de la calle Uruguay. Se podía ver a lo lejos el Congreso, mas nunca hubo realmente una posibilidad de acercarse a él. Este se ubica a un costado de la vieja plaza O'Higgins, en el mismo lugar donde solía estar el hospital Deformes, otra de las víctimas de la modernización de la ciudad. El sector, no obstante las promesas de explosión y bonanza económica una vez instalado el Parlamento en el lugar, sigue siendo un sector pobre y más bien marginal de la ciudad, que muchos intentan evitar de noche y que, por supuesto, está desaconsejado para aquellos blanquecinos turistas que suelen llegar al Puerto. A pesar de esto, justo al frente del Congreso se encuentra el terminal de buses interurbano de la ciudad,

que hasta donde yo sé, es el único al cual se le llama, aún hoy, Rodoviario. Éste sigue siendo básicamente el mismo desde donde salíamos a Santiago: un viejo y gris edificio que, la verdad, dista bastante de otras joyas arquitectónicas de la ciudad, y cuya función es llevar y traer a los porteños que especialmente van a la capital. Al menos, ese era el fin que le dábamos nosotros a fines de los ochenta.

Luego de un tiempo de estar separados de nuestro padre, por fin él pudo volver a entrar al país, instalándose en Santiago para seguir con sus “estudios”. Conociéndolo como lo conozco ahora, imagino lo duro que debe haber sido para él dejar atrás su añorado puerto para irse vivir a la capital. Puede que esa sea la razón por la cual ahora moverlo de su casa en Valpo resulta una tarea casi imposible, a pesar de que el Valparaíso que recordaba ya no existía ni existe; pero mientras tenga el Pacífico de fondo y la posibilidad de ver al Wanderers comiendo un completo (“italiano” para los capitalinos), tiene más de lo necesario.

Era entonces, cuando se encontraba en Santiago, que nosotros íbamos de vez en cuando a verlo. Por entonces, mi madre nos había llevado a vivir a Viña con mis hermanos mayores y viajábamos todas las mañanas desde ahí a Valparaíso, al colegio. Nuevamente, tuvimos que cambiarnos, recién comenzábamos a encontrar un lugar agradable cuando tuvimos que irnos de nuevo, y a Viña, donde nos insertamos, literalmente, en otro mundo. Ahí no parecía haber dictadura, ya no vivíamos rodeados de marinos y militares, y, la verdad, poco se hablaba de lo que pasaba en el mundo exterior. Sin embargo, por mucho que la gente del barrio luchara por aparentar normalidad, lo cierto es que la realidad te alcanza, tarde o temprano algo sucede que te recuerda que estás oculto en una burbuja. Así, por ejemplo, recuerdo con claridad las muchas veces que nuestras tardes se llevaron a cabo a la luz de las velas, escuchando una pequeña radio a pila e inmersos en conversaciones que intentaban esconder el nerviosismo de saber que algo estaba pasando. O como casi todas las semanas pasaban distintos niños provenientes de los cerros que rodeaban estas casas de clase media alta, y pedían pan duro. Pasaban por cada casa pidiendo pan duro.

— “Con eso hacen sopa”, nos comentaba la empleada de la casa.

Bolsas completas de pan duro para hacer sopa y alimentar a sus familias, las mismas familias que veíamos subir todos los días por las empinadas escaleras que llevaban a sus casas en las cimas de los cerros. Sabiendo esto ahora, no es difícil entender por qué, de vez en cuando, nuestras viviendas sufrían con lluvias de piedras, que desde la cómplice oscuridad de la noche caían cerro abajo, sobre los techos de las casas que representaban la vida que aquellos niños no tendrían.

— “Son unos resentidos”, espetaba la vieja de la esquina, que era dueña de 6 departamentos que arrendaba y de cuyas rentas vivía, sin trabajar ni pagar demasiado a sus empleados.

— “Rotos de mierda”, rebuznaba el viejo que solía quitarnos la pelota cuando se nos caía en su patio.

Ya lo había visto un poco en Playa Ancha, pero fue ahí, durante esos primeros años en Viña, que me topé de frente con ese clasismo rancio que separaba y separa aún a los ciudadanos según su clase, color de piel u origen. Diferencias o epítetos que probablemente no repetían cuando asistían a la iglesia del barrio, a la cual iban de manera asidua cada domingo, donde, sin duda, sus limosnas, padres nuestros y aves maría eran purga más que adecuada para adquirir la indulgencia y, por cierto, limpiar sus conciencias. Aunque visto ahora en retrospectiva, probablemente esta actitud de discriminación no fuera tal para ellos.

También desde allí, desde ese mismo Rodoviario en el plan de la ciudad, salimos con mi hermano para cruzar la cordillera. La dictadura no dejaba que nuestro padre volviera al país y estuviera con su familia, pero nosotros sí podíamos movernos, así que luego de pasados unos meses en Chile y aprovechando unas vacaciones de fiestas patrias, salimos con rumbo al otro lado de la cordillera. Éramos aún pequeños, recién llegados a Chile, todavía acostumbrándonos a un nuevo país, ciudad y forma de vida, pero ya nos encontrábamos en camino a cruzar la cordillera por primera vez. Muchas de las familias chilenas que vivieron el exilio probablemente habrán pasado por

situaciones similares para poder encontrarse con quienes querían; lo nuestro no era único, pero no por eso dejaba de ser extraño que dos niños que recién se empinaban a cumplir su primera década viajaran solos a otro país. Imagino a mi madre hablando durante días con la línea de bus, consiguiéndose el nombre y antecedentes del chofer y quemándole la cabeza durante horas, encargándoles a sus niños. Haya o no sido así, ese día en la mañana, antes de emprender el rumbo a Mendoza, donde nos esperaba mi viejo, habló mucho rato con el conductor. Y esas ocho horas, hasta saber que sus hijos estaban bien ya con su padre, fueron unas de las más largas de su vida. Probablemente, sólo comparables con esas horas que tuvo que pasar siendo interrogada en el Cuartel Silva Palma, lugar de detención y tortura enclavado, nuevamente, en el cerro Playa Ancha.

Y salimos desde Valparaíso hacia Mendoza, con un papel que nos permitía salir del país y un chofer probablemente amedrentado que, además de manejar, debía preocuparse por dos niños que iban en los primeros asientos de su bus y que estarían a su cargo por las siguientes ocho horas. Todo parecía que estaría bien, el viaje transcurría sin inconvenientes y nosotros nos entreteníamos mirando por la calle, viendo las grandes películas que pasaban en betamax en el bus y revisando las cosas que nos había preparado mi madre para el viaje: sándwiches de jamón con queso, bebidas, papas fritas, galletas, algunos juegos, una *Condorito*, un par de *Barrabases*, servilletas y unas bolsas de plástico, que la verdad no sabíamos para qué eran, y que al preguntarle, ella habría respondido con certeza: “Por si se marean”.

Pasamos la ciudad de Los Andes y emprendimos la ascensión de la cordillera. Para quienes hayan hecho alguna vez este trayecto, recordarán que la subida hacia las montañas y la próxima parada, el paso Los Libertadores, se realiza por una empinada y serpenteante cuesta de nombre Caracoles, a través de la cual se asciende lentamente curva tras curva, hasta alcanzar la cima. En las primeras mil quinientas vueltas (son muchísimas menos, pero para nosotros fue

interminable) iba todo bien, aún mirábamos por la ventana y bebíamos refresco y reíamos como siempre. Pero la situación comenzó a cambiar, la comida ya no se veía ni olía apetitosa y nuestros rostros lentamente fueron cambiando de color y expresión. Ahí entendí lo de las bolsas de plástico, y como hermano mayor consciente que era, las saco ante cualquier eventualidad, alcanzándole una a mi hermano y quedándome otra yo, aunque sabía que no la necesitaría o al menos eso creía. La realidad me probaría lo contrario cuando de improviso comenzaron unas náuseas irrefrenables que desembocarían en mí, esquivando de manera felina mi bolsa de plástico y vomitando por un costado del asiento; y, de alguna manera, dando cabida a mi hermano, quien, influido, comienza también a regar el pasillo del bus con todo lo que habíamos consumido en las horas previas. El efecto de contagio por suerte no se expandió por el bus, pero imagino que no habrá sido agradable para el resto de los pasajeros, quienes además debieron esperar mientras nos deteníamos en medio de las enormes montañas para que tomáramos aire fresco, y bueno, también para que el chofer y el auxiliar intentaran limpiar el desastre que mi hermano y yo habíamos provocado en la entrada del bus.

Años después, parado aquella mañana esperando un nuevo embate de la policía, mis remembranzas no eran tan anecdóticas o jocosas. La garganta apretada por los gases me hacía volver a aquellos momentos en que de niño debíamos transitar por el mundo, separándonos de quienes queríamos. Aunque niño, e ignorante entonces de muchas de las abyectas atrocidades de la dictadura, no era difícil imaginar la situación en la que estaba nuestra pequeña familia, y que no volveríamos a estar todos juntos. Es más, la verdad es que ese no era el gran problema, el pensar que no viviéramos como familia no preocupaba tanto como el que algún día no volvieras a saber de alguno de tus padres.

Con rabia, impotencia y el puño apretando una piedra que había recogido de las centenas que adornaban aquel día las calles porteñas, recordaba esa misma sensación que sentía cada vez que

subíamos a un bus y desde la ventana veíamos como se despedía nuestro padre, ignorantes de si alguna vez nos volveríamos a ver. De niño no se entienden razones y la lucha por la democracia, por muy racional e imperativa que nos parece hoy, en ese entonces solo nos significaba ausencia o pena. Dolor que veíamos resurgir como ira con las sonrisas del dictador en el hemiciclo del Parlamento. Así como las piedras se acumulaban como constelaciones, emergían poco a poco, desde distintas esquinas del plan de la ciudad hacia los cerros, barricadas encendidas que llenaron lentamente de humo la bahía. Cerca de la esquina de la calle General Cruz y avenida Pedro Montt, se había parapetado también un grupo de personas de aquellas que fueron desperdigadas por la policía. El resto de la gente con la que había llegado esa mañana también había desaparecido entre la muchedumbre, estaba solo, pero con personas que se encontraban allí por motivos similares, cargando con las misma rabia e intentando, desde esa esquina, hacer sentir su opinión. Se volvía a golpear a Valparaíso, pero así como la resistencia a la dictadura comenzó desde los cerros de la ciudad unos días después del golpe militar, desde sus calles sus ciudadanos nos resistíamos a este nuevo golpe a la ciudad. Las calles florecían con desobediencia ante una situación que no cambiaría, pero que no permitiríamos que pasara desapercibida. No en Valparaíso, no en el lugar que tuvo que ser testigo de cómo los militares se tomaron la ciudad y reprimieron a su gente.

Cuando volvimos de Argentina, mi madre ya había oído de nuestro impasse cordillerano y decidió que lo mejor era que ella nos recogiera en Mendoza. No estuvo mal la verdad, la extrañábamos, y a pesar de ser ya duchos en esto de viajes largos transcorderanos, no nos vino mal encontrarnos con ella y que amablemente nos recordara que no podíamos ir en el bus de vuelta a Chile cantando “Nicaragua Nicaragüita” o llamando compañeros a los amigos. Los días al otro lado de los Andes habían sido increíbles y no los olvidaríamos nunca, aún hoy, cada vez que paso por la ciudad, intento recorrer aquellos distintos barrios en los cuales estuvimos esa vez, menos pobre y ahora cautivado por otras razones, aunque igualmente amante de la comida

y la vida histriónica que tanto nos llamó la atención. Pero nuevamente quedábamos con aquella sensación de vacío, no solo estaba partida nuestra familia, además debíamos callar muchas cosas y cuidar lo que decíamos y dejábamos de decir, característica que probablemente nos acompaña hasta hoy.

Pasamos una noche en Mendoza para descansar y aprovechamos de conocer, bajo el sol incandescente, con mi madre, quien en vista de lo sucedido en la ida tomó todos los recaudos necesarios para evitar cualquier contratiempo durante nuestro viaje de vuelta. Se estableció una dieta equilibrada y liviana para evitar recargarnos innecesariamente y provocar algún tipo de molestia estomacal. La verdad, aguantamos estoicos... al menos hasta casi el final de la maldita cuesta, momento en el que comenzamos nuevamente nuestro espectáculo emético, el que esta vez se extendió a lo largo de todo el pasillo del bus.

Ya de vuelta en Chile y arguyendo cansancio después del largo viaje, me fui a mi habitación y comencé, a escondidas de mi madre, a desempacar el bolso que traía conmigo. No es que quisiera mantener secretos con ella, pero sabía que si descubría lo que había contrabandeado, se molestaría; sabía bien que si le decía que además de los turrones y el “Elije tu propia aventura” que le había mostrado había agregado, oculto entre mis ropas, una copia de la icónica novela de los ochenta *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde* de Omar Cabezas y un viejo casete donde había grabado una copia del “Concierto por la Paz”, realizado en Managua unos años antes, a decir lo menos, se preocuparía. El libro lo perdí pronto, no tengo idea dónde habrá quedado, pero el casete se convirtió en una compañía constante para mi hermano y para mí, que lo escuchábamos a escondidas cantando y recordando la visita a nuestro padre.

Las canciones de Viglietti, Silvio o León Gieco nos hacían compañía y fueron parte de nuestro aprendizaje musical. De alguna manera, fueron el suplemento necesario a aquella profunda educación musical que recibíamos en la escuela, donde en poco tiempo fuimos obligados a aprender los himnos de la Armada, la Fuerza Aérea y Carabineros.

Por suerte, teníamos ese casete. Recuerdo bien, aún hoy, una de las frases de una vieja canción del cantor popular Nica, Carlos Mejía Godoy, quien en una de ellas entonaba una frase nacida desde la pluma del revolucionario sandinista Tomás Borge, el que, en referencia a su torturador, en la primera estrofa de un poema decía:

*...mi venganza personal
será el derecho de tus niños a la escuela y a las flores
Mi venganza personal
será entregarte este canto florecido sin temores.*

Aunque la melancolía de la canción atraía de manera hipnótica, me sigue siendo difícil comulgar con la idea planteada en sus letras, probablemente porque nunca he estado en el poder, ni lo estaré; pero no siento pulsión alguna por ser magnánimo con quien fue partícipe del golpe militar, el golpe a mi ciudad y el golpe a mi familia.

Posiblemente, haya quienes tengan más capacidad de indulgencia, comulguen con mitologías judeocristianas asentadas en ideales de justicias divinas o incluso quienes tengan la grandeza de poder dejar al lado estas situaciones a cambio de un bien mayor. Sin embargo, yo no soy ninguno de los anteriores, y ni olvido ni perdono. Cómo olvidar o perdonar el exilio, la represión, la tortura. Cómo olvidar que la compañera de mi padre (mi madrastra) pasó parte de su sexto mes de embarazo detenida e incomunicada. Cómo olvidar que la siguiente vez que vi a mi padre luego de nuestra visita a Argentina fue postrado en una cama de la vieja penitenciaría de Santiago, donde había sido trasladado luego de las sesiones de tortura a las que fue sometido por parte de la CNI, en las dependencias de la Policía de Investigaciones.

Como siempre, seguíamos viviendo en Valparaíso, donde supimos de la detención de mi viejo. Recuerdo bien la tensión de aquel momento, mi madre contándonos a mi hermano y a mí, y a pesar de ya no estar con mi padre, debía esforzarse para contener las lágrimas;

no solo porque rememoraba todo lo que ya había vivido unos días después del golpe, sino porque además sabía bien que significaba una incertidumbre que no se alejaría de nosotros por mucho tiempo. Mi hermano lloraba sin consuelo, sin poder entender qué sucedía, cómo era posible que su padre, aquel que le hacía reír con sus historias y lo besaba con cariño antes de dormir, que jugaba a la pelota con él como un niño más, estuviera preso. No lo entendíamos, a esa edad cómo comprender que tu padre está preso y en el hospital a causa de las torturas a las que había sido sometido, cómo comprender que su vida corría peligro. Parado, miraba a mi madre sentada en su cama. Sin poder reaccionar, por alguna razón no lloraba. No era pena lo que sentía, no era tristeza, era rabia e impotencia que, como sucedería años después, se me apretaba en la garganta y llenaban mis ojos de lágrimas que nunca mostraría a nadie. Al igual que siempre, ocultábamos todo. Habíamos venido del exilio, nuestro padre estaba preso en una cárcel de la capital donde lo visitábamos los fines de semana, pero nadie a nuestro alrededor se enteró.

Esas visitas a la cárcel se hicieron habituales, ya no salíamos desde el Rodoviario del puerto a ver a mi padre donde estuviese para salir al cine o jugar en una plaza, ahora viajábamos esas dos horas hacia la capital sabiendo que lo encontraríamos en la cama del lúgubre hospital de la penitenciaría. Fueron meses en que nuestros fines de semana transcurrían ante una ventana de bus. Ya no montábamos espectáculos que hacían detener el viaje, pero veíamos el tiempo transcurrir a través de aquellos sucios vidrios.

Llegábamos desde un Valparaíso lleno de colores, vida y ese olor a mar tan característico que los porteños añoramos cuando nos alejamos por alguna razón del puerto, a la capital, una ciudad de Santiago que nos era enorme, una urbe que a finales de los ochenta nos parecía, sin duda, hostil, colmada de construcciones horribles y cuyo aire penetraba nefasto, haciendo arder tus ojos, doler tu cabeza y extrañar aún más la brisa del mar. La manera más clara de describir lo que sentíamos cada vez que íbamos es que era un viaje gris; una vez que el bus hacía su entrada por el poniente de la ciudad, los colores

morían, se perdían entre el argento de la ciudad, del aire y tristemente, de la gente. Fue una época oscura, manteniéndose esta sensación a lo largo de toda nuestra estadía en la capital.

Bajábamos en la terminal de buses de la Universidad de Santiago, donde tomábamos el metro hasta Los Héroes, lugar en el cual combinábamos con la línea amarilla hasta Rondizzoni. Acostumbrados a los destartados buses porteños, pequeños y viejos, pero que escalan por pendientes imposibles, el viaje en metro parecía de otra realidad, que contrastaba aún más al llegar a nuestro destino. Al bajarnos en la estación del metro, comenzábamos a caminar hasta la cárcel, buscando la avenida Pedro Montt, no la nuestra, la de verdad, aquella donde por años transitaríamos construyendo nuestras identidades de jóvenes porteños, sino aquella otra, enclavada en el sur de la capital, la que tenía secuestrada parte de nuestras vidas, de nuestra infancia.

Resultaba bastante paradójico que luego de todo el gris y el cemento, llegáramos al frontis de la penitenciaría, que se alzaba alta, alba e inmaculada en medio de la polvareda de sus alrededores, amén de los cientos de pies de familiares de los presos que se agolpaban en su entrada. Parecía hasta ridículo que el gris viaje se coronara con esa pulcritud blanquecina adornada, además, con cuatro enormes palmeras que probablemente estaban ahí desde la inauguración del penal hace más de un siglo. Sin duda, ironía del destino, que se burlaba impune de nuestros sueños pueriles de exilio de un Chile tropical. Muy paradisiaco no era aquel lugar, pero, extrañamente, esas palmeras de la entrada asemejaban un vergel de esperanza en el lugar más inapropiado para aquello.

Estuvimos ahí muchas veces, primero visitando a mi padre en el hospital, donde tuvo que permanecer unos cuantos meses debido a las torturas. Estuvo ahí hasta que logró volver a caminar, alegrándonos infinitamente cuando ya podíamos movernos un poco en cada visita. Una vez mejor, lo trasladaron con el resto de los presos, y ahí fue cuando conocimos la cárcel por dentro. Las visitas se hacían

todos juntos. En una especie de gimnasio, esperaban a los presos a sus familias que venían a verlos. El gimnasio prontamente se hacía pequeño ante la llegada de cientos de familiares, quienes luego de pasar la exhaustiva revisión de los gendarmes de la entrada, se agolpaban raudos para ubicar la mejor posición (aquella que otorgara mayor privacidad) y así disfrutar las pocas horas que tendrían con sus seres queridos. Rápidamente, se instalaban improvisados campamentos, tolderías harapientas que servirían de cobijo para los almuerzos familiares, reuniones políticas o, incluso, encuentros amorios furtivos.

Ahí nos reunimos a partir de entonces, en un contexto bizarro y bastante caótico, pero cuyo desorden nos permitió, nuevamente, nuestros pequeños triunfos. Como aquella vez que, por alguna razón, solo comprensible para el limitado desarrollo cognitivo de los gendarmes, se nos negó el acceso a las visitas. Luego del ya mentado viaje, llegamos a las puertas del penal y no nos dejaron entrar. Mi abuela, un tío, mi hermano y yo, parados frente a la Penitenciaría sin poder entrar y viendo cómo la gente pasaba ante nosotros sin problemas. De alguna manera, aún no sabemos cómo, mi hermano pequeño se escabulló a hurtadillas entre los visitantes y los guardias, y logró entrar a la cárcel, avisándole a mi padre lo que estaba pasando. Lo que sucedió después, la verdad lo desconozco. Imagino que comenzaron conversaciones tendientes a destrabar el entuerto. Mi padre con sus amistades, conocedores y versados en las lides de la diplomacia, sin duda se deben haber comunicado con la persona encargada para hacerle ver que, probablemente, se estaba cometiendo una equivocación y que debería ser solucionada a la brevedad. O quién sabe, tal vez le hizo una oferta que no podía rechazar; lo cierto es que al cabo de unos minutos vuelve a aparecer mi hermano por entre las piernas de los visitantes, y nos señala que está todo bien, que ahora podemos pasar. La cara de sorpresa de la gendarme que nos había negado el ingreso fue impresionante, aún hoy recuerdo cómo ella no era capaz de comprender que ahora sí podíamos entrar sin problemas, seguramente, muy a pesar suyo.

De la misma manera conocimos las galerías interiores de la cárcel, aquellas donde estaban los presos políticos. Evidentemente, el estar ahí estaba más que vedado, sin embargo, al parecer nuestra apariencia impoluta no preocupaba demasiado a los carceleros. No solo vimos las condiciones en las cuales vivían, las celdas y baños, sino que, además, pasamos por distintos patios, desde los cuales vimos cómo eran custodiados día y noche por guardias armados, desde torres ubicadas de manera sistemática a lo largo del muro de la cárcel.

Es así como con el tiempo encontramos un nuevo hobby. Se había transformado en uno de nuestros pasatiempos favoritos planear escapes desde la cárcel. Ambos participábamos en esta extraña entretención, pero indudablemente mi hermano logró elevar los niveles de desarrollo y prolijidad, mucho mayores a los que mi imaginación era capaz de alcanzar, concibiendo elaboradas estrategias de elusión, fabricando con sus plumones planos detallados del lugar en cuestión, anticipando posibles complicaciones y planteando tácticas y estrategias a seguir. Incluso llegó a entregarle uno de estos dibujos que contenía alguno de sus planes a mi padre en la cárcel, explicándole con claridad lo que debía hacer para liberarse de tan desventajosa situación. Evidentemente, aquellos muros no eran impedimento para nuestros sueños de niños. Pero el momento de estar juntos nuevamente debería esperar.

Nuestra vida durante la semana seguía como siempre, continuando una típica rutina de un niño de Valparaíso de nuestra edad, jugando con nuestros amigos, haciendo tareas y levantándonos de madrugada cada mañana para ir al colegio, que por entonces significaba además, caminar prácticamente toda la avenida Argentina desde la avenida España. Volvíamos cada tarde a nuestra casa y seguíamos una rutina más o menos similar: almorzar, hacer las tareas si las había, esperar ansioso que terminara la típica comedia brasileña de las tardes para poder ver nuestro capítulo diario de Robotech y después salir a jugar con nuestros amigos al fútbol, al macha patá, al burro —que no es lo mismo que el caballito de bronce— y al soo, entre

otros. No hace falta decir que en vista del tipo de juegos en los cuales me veía participar, la cantidad de patadas que pegué y, por sobre todo, las que recibí cuando niño, fueron ingentes.

Es decir, llevábamos una vida más o menos similar a la que probablemente llevaban muchos niños chilenos por entonces (bueno, tal vez las patadas en nuestro caso estaban un poco exacerbadas). Pero la diferencia radicaba, básicamente, en que casi todos los fines de semana partíamos a visitar a mi viejo, esperando siempre que esa fuera nuestra última visita a la cárcel, que la vez siguiente mi padre estuviese libre. Ignorantes casi por completo de los vericuetos políticos que sucedían a nuestro alrededor, algo comenzamos a vislumbrar cuando mi madre, una tarde que nos pasó a buscar al colegio, nos comentaba que tal vez, con la coyuntura que planteaba el plebiscito venidero, podría presentarse una oportunidad para que cambiara la situación en la que se encontraba mi viejo.

Ya estaban frente a nosotros desde hace mucho, pero fue como que si emergieran por todas partes las referencias, conversaciones y, por supuesto, el *merchandising* al respecto del plebiscito. Nuestras discusiones infantiles comenzaron a girar en torno al referéndum, las posibilidades del No y lo que pasaría si ganaba el Sí. En nuestro fuero interno, teníamos nuestras razones, sin duda; pero éstas, evidentemente, nunca salieron en las discusiones que sosteníamos con los otros niños del barrio al borde del cauce de aguas servidas, que servía para nuestras carreras de barquitos. Pero así como se abría la posibilidad de que existiera democracia para el país, para nosotros representaba la que nuestras vidas volvieran algo a la normalidad, que nuestras visitas a nuestro padre no fueran en un gimnasio repleto de gente desconocida, sino en donde debieron ser siempre, en Valparaíso, en nuestra ciudad, paseando por avenida Altamirano, comiendo churros en el carrito del Pato Peñaloza y jugando en las torpederas.

No recuerdo si fue antes o después del plebiscito, pero en torno a esa época, mi padre fue liberado. Sin mayor aviso, una noche le dijeron que se iba. Por supuesto, nosotros no supimos nada hasta el

día siguiente, cuando pudo conseguirse unos pesos para llamarnos por teléfono. Cuando nos contaron, imaginaba cómo habría sido salir por fin caminando bajo ese frontis blanco que tantas veces habíamos odiado a la distancia, si le habrían sorprendido esas malditas palmeras tanto como a nosotros y si habría hecho el mismo camino hacia el metro Rondizzoni que tantas veces hicimos. De una cosa sí estaba seguro, lo primero que seguramente hizo al salir, sin nada como acostumbra los “choros” y no con sus pertenencias como hacen los “giles”, fue buscar el primer lugar que encontrase abierto y comprarse un completo.

Finalmente, había tenido que correr de los pacos, sostuvimos junto a mis improvisados aliados nuestro emplazamiento en la esquina de la calle General Cruz y avenida Pedro Montt por el mayor tiempo posible, pero finalmente se dio la lógica y tuvimos que claudicar. Tuve que salir de ahí lo más rápido posible, cruzando campo traviesa por el parque Italia y huyendo por la calle Freire, lugar en el cual ya me había despojado de los atuendos que pudiesen causar alguna suspicacia de parte de las iluminadas mentes policiales, desacelerando mi marcha de manera paulatina. De no ser porque luchaba por recobrar mi aliento entre la toxicidad del aire y el caos reinante a mi alrededor, nadie podría haber notado en qué andaba hace sólo algunos instantes. Si a esto agregamos el endémico clasismo de nuestras fuerzas armadas, difícilmente alguien se molestaría en alterar mi tránsito por la ciudad, por muy semi sitiada que estuviese.

Y así fue, caminé tranquilamente por la calle Victoria en dirección a la plaza Aníbal Pinto, lugar que habíamos acordado sería nuestro punto de reunión en caso de separarnos. Fui el primero en llegar, así que me fui a la esquina de Melgarejo, donde me recibió un vendaval típico de aquel lugar. Para no quedarme ahí, decidí entrar al viejo *Café Riquet* a tomarme un cortado. Debe haber sido uno de mis últimos cafés que tomé allí, porque pronto, una plaga neoliberal que azotó la ciudad dejó como marca un infinidad de farmacias, una de las cuales se instaló en donde alguna vez estuvo ese mítico lugar del puerto.

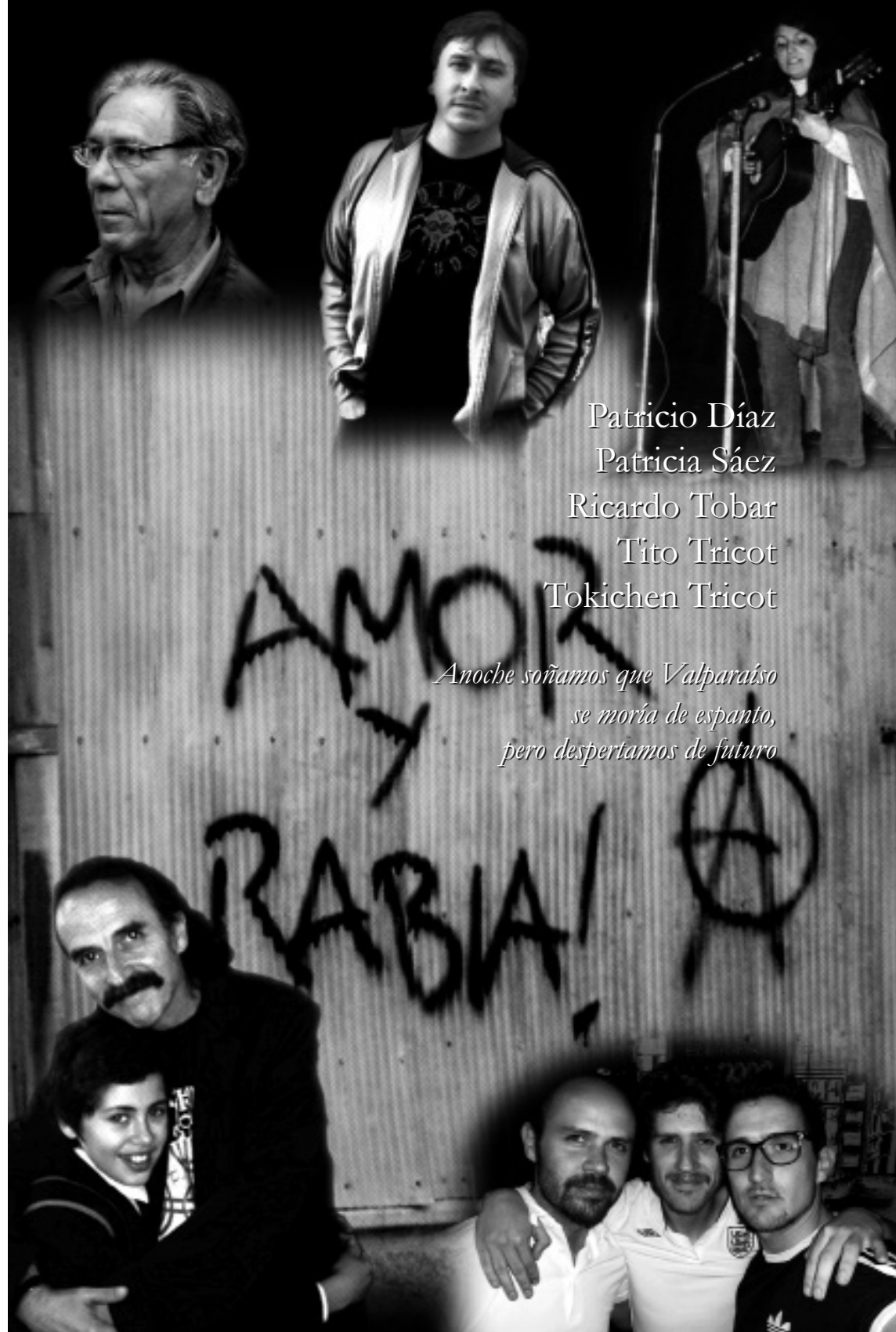
Sentado ahí con mi café y disfrutando una porción de las mismas galletas que comía con mi madre cuando era pequeño, pensaba en lo que había sucedido y cómo tal vez nunca nadie lo supiera, o incluso importara; pero de la manera que para mí sí hacía sentido. El haber estado en la calle esa mañana fue y sigue siendo un momento que grafica la forma en la cual como los porteños hicieron sentir su malestar. Esa mañana, la democracia estuvo en las calles de Valparaíso y el terrorismo, en el Congreso. Me hacía recordar una canción que cantaban a mi hermano y a mí cuando éramos pequeños y aún vivíamos en el exilio. Una canción que hablaba de lobitos buenos, piratas honrados y brujas hermosas, una canción que hablaba de un mundo al revés, un mundo donde los dictadores eran senadores y quienes planteaban lo deleznable de la situación eran reprimidos. La dictadura nos legó un Valparaíso distinto al que vivieron y nos soñaron nuestros padres, no conocimos ni conoceremos lo que vivieron ellos, lo que nos contaron en el exilio. Lo diferente no es malo per se, pero los porteños no fueron partícipes de la ciudad que tenemos, y aquel día recordamos que en la calle podíamos también mostrar nuestro malestar y exigir nuestra participación.

Terminaba de beber mi café y comencé a conversar con un joven más o menos de mi misma edad, tal vez un poco más joven, que se encontraba en la mesa de al lado, revisando una guía turística de la ciudad. Su acento era extraño, bastante híbrido, pero hablaba un español fluido. Nos pusimos a conversar y nos pedimos otro café y el contexto, evidentemente, llevó nuestro diálogo hacia la dictadura y golpe militar. Sus padres habían salido hacia el exilio desde Valparaíso luego de pasar por el campo de concentración de Ritoque, y habían recalado después de varias escalas en París, donde se habían asentado. Él había nacido ahí y era la primera vez que viajaba a Chile y, por supuesto, al puerto del cual habían sido expulsados sus padres. La batalla y, concretamente, la represión que lo recibió cuando arribó no había sido algo demasiado prometedor, pero al parecer se estaba reencantando con la ciudad.

— “Esos pacos son unos infelices. Pero de seguro lo paso igual picho caluga, te apuesto que hasta me sale algún brillo”.

No pude evitar esbozar una sonrisa. No me causaban gracia los anacronismos en sí, sino que recordaba como nosotros, cuando llegamos del exilio, habíamos vivido situaciones similares. Claro, él seguramente había aprendido español con sus padres que lo hablaban hace más de dos décadas, cuando era normal usar ese tipo de terminologías.

Muchas veces nos argumentaban la lejanía de la dictadura y como esta ya no afectaba a nadie; pero esa mañana, tanto en las calles de Valparaíso como en el café, quedaba patente la necesidad de no olvidar.



Patricio Díaz
Patricia Sáez

Ricardo Tobar
Tito Tricot
Tokichen Tricot

*Anoche soñamos que Valparaíso
se moría de espanto,
pero despertamos de futuro*

Era tan fría la noche de invierno, que la escarcha se posaba desafiante en las plateadas alas de los escasos pelícanos que, encaramados en las rocas más altas, intentaban ahuyentar las olas con graznidos inútiles. Quizás sea por ello que anoche soñamos que Valparaíso se moría de espanto, cuando le acribillaron su alma marina de un solo golpe de estado, en la más oscura madrugada de que se tenga memoria. Y lo remataron sin piedad en la caleta El Membrillo, con pescadores artesanales feneciendo de hambre al no poder competir con la pesca industrial; y también en el puerto, cuando lo privatizaron, despidiendo a millares de trabajadores y donde ahora planean despedir aún más. Es que a nadie le importa que en los antiguos almacenes portuarios —dicen— antes había un hombre sereno y modesto que, en las tardes de estío, se sentaba en un cajón de manzanas a entonar los más bellos tangos de la historia del universo. El puerto se paralizaba, las grúas miraban asombradas por sobre sus hombros y los estibadores se quitaban los cascos en señal de respeto, porque —dicen— cuando Palacios cantaba, callaban los martillos. Pero Palacios ya no cantará más, menos aún en un borde costero que se repleta de rascacielos vernáculos, de multitiendas, cemento y guardias de seguridad coloniales ocultos tras palmeras de plástico.

Y todo comenzó hace cuarenta años, cuando se agrietaron las ventanas de la ciudad con ráfagas de furia atávica, porque la derecha siempre ha sabido cuándo matar, siempre ha sabido dónde clavar la daga que rasga el aliento, lo congela, lo pasma de miedo. Y Valparaíso se murió un poco de asombro, un poco de horror, pero también sobrevivió un poco de coraje y un poco de rabia; por la libertad, por la democracia que dicen algunos que llegó. Pero solo sabemos que al puerto le incrustaron por la espalda una mole de concreto en el lugar exacto donde nacieron generaciones de porteños. Es que al desaparecer el hospital Deformes, se esfumó parte importante de la historia de Valparaíso. ¿Cuántas porteñas y porteños lloraron sus primeros segundos de vida en aquel centenario recinto? ¿Cuántas madres derramaron sus desbordadas lágrimas de ciclópea alegría? ¿Cuántas historias de amor o desamor? El hospital era antiguo, sin duda, pero el barrio El Almendral también lo es y, por lo mismo, nadie tenía o tiene derecho a destruirlo. Porque no solo construyeron el atroz edificio del Congreso, sino que, además, parte importante de la calle Victoria, allá donde finaliza en la avenida Argentina, comenzando en la avenida Francia, en el mismo lugar donde termina la democracia en el puerto. O, quizás, empieza en la avenida Argentina y se extiende hacia el sur. Aunque, la verdad, da lo mismo, porque en Victoria había una miríada de tiendas de telas, de paqueterías, vidrierías, boticas, suelerías, artículos de primera comunión, de santos de yeso, de costureras mágicas; era una de las principales arterias del barrio Almendral. Hoy está repleta de tiendas de ropa americana usada y vituallaría china. Murieron una muerte indigna y silenciosa el teatro Rivoli con sus butacas de palo, las que te imposibilitaban ver tranquilo la película, porque sólo querías que terminara pronto la función para poder descansar el trasero. Pero, desafortunadamente, decenas de estas joyas arquitectónicas ubicadas en el plan de la ciudad, en algún momento solo para la aristocracia porteña y después transformados en cines populares, también desaparecieron.

Al Brasilia lo convirtieron en un caracol, al Real en un supermercado; al Imperio en una feria de artesanía donde, a estas alturas, uno

rara vez se encuentra con artesanía de verdad. El Pacífico y el Lux, allá en las cercanías de la plaza Echaurren, se desvanecieron en el viento salino. El cine Valparaíso, en el centro social de la ciudad, a un costado de la parroquia del Espíritu Santo, fue demolido para que una multi-tienda taladrara la belleza porteña. Por cierto, la Parroquia también fue derribada para construir una monstruosa torre de cemento. Algunos teatros, que solamente mantienen funciones de películas, han tenido que renovarse para poder seguir existiendo, aunque son especies extrañas y casi en extinción, como el cine Central, sito en la Galería Prat, que exhibe películas eróticas para intentar atraer retazos de público que, en la época de internet, es muy escaso. Los que sí se extinguieron irremediamente fueron los teatros y cines de los cerros de Valparaíso, que antiguamente orlaban las alturas de la ciudad. El Iris y el Odeón —el primero en un cerro— en Playa Ancha. El Iris, donde había funciones triples, fue destruido para construir minimarkets y un edificio, sin vergüenza alguna. Y así continuaron desmoronándose los espacios de esparcimiento teatral o cinéfilo, para consumirse en concreto o modernizarse, al estilo del poder económico, en salas transnacionales, como el Metro, en uno de los puntos nucleares de la ciudad, a mitad de camino entre la plaza Victoria y el Congreso. En el lugar en que destruyeron el Deformes, en vez de construir un hospital público para la ciudad, instalaron un símbolo de la dictadura convertido en piedra, para que nadie se olvide que la dictadura está siempre a la vuelta de la esquina o, quizás, para recordarnos que la transición chilena no sólo fue pactada con los militares, sino que es esencialmente frágil. Y esa fragilidad proviene del carácter negociado del proceso transicional, pero también del hecho que en nuestro país mandan los grandes conglomerados económicos y no el pueblo; una clase política obsecuente, y no la ciudadanía.

Por lo mismo, jamás se le consulta a los porteños su opinión cuando se trata de aprobar e implementar proyectos que afectan la historia, el presente y el futuro de la ciudad. A pasos del Parlamento, en la plaza O'Higgins, se piensa erigir estacionamientos subterráneos que alterarán para siempre aquel rincón porteño, donde diaria-

mente se juntan decenas de personas a jugar tranquilamente ajedrez o dominó; donde todos los fines de semana se despliega la feria de antigüedades. Plaza en cuyas esquinas se esparcen puestos de anticuchos, choripanes y sopaipillas con pebre o mostaza. Y centenares de escolares que repasan a última hora las pruebas que darán en los múltiples colegios de la avenida Argentina, sin posibilidad alguna de aprobar. Aunque, sobre todo, ellos y ellas buscan los primeros atisbos de amor, que esperan, ansiosos, se conviertan en besos y caricias; mientras otros irrumpen con la urgencia de los 15 años y sólo sueñan con noches eternas de sexo salvaje. Al final, ni estudian ni tienen sexo salvaje, pero están ahí, en la plaza de sus abuelos, que devastarán en cualquier momento. Acaso ellos son como una fortaleza simbólica, una alabarda desafiante ante los embates de los fusiles antes y del supuesto progreso hoy.

Es la democracia de piedra que se ha afincado sin permiso en mitad de El Almendral para convencernos de que Santiago no es Chile. Claro, con la imposición del Congreso llegaría el progreso, el comercio se incrementaría gracias a la generosidad parlamentaria, se crearían nuevos puestos de trabajo y el alicaído barrio se transformaría en un borboteante paradigma de la modernización del estado, de la descentralización y de la preocupación por el desarrollo regional. Sin embargo, aquel barrio antiguo sigue tan fosilizado en el tiempo como siempre ¡Y qué bueno que así sea! Porque que el barrio persista abigarrado de feriantes, vendedores ambulantes, amantes furtivos, increíbles cocinerías, putas insólitas, estudiantes, ancianos, lustrabotas y vetustas casonas sobrevivientes de feroces terremotos en este país donde todo se compra y todo se vende, pasa a ser una forma de resistencia cultural, quizás inconsciente, que opone la memoria al dinero, la identidad local a la uniformidad del consumo que te consume el cerebro, la palabra, la crítica, el asombro y el alma. El asombro de los enamorados de la plaza O'Higgins, que ven cómo desaparecen los callejones del puerto para convertirse en centros comerciales colosales que obnubilan el sentido de lo nuestro, para

encontrarnos en cualquier país del mundo o en ninguno. Por ello, no sirve la democracia de piedra que no ha hecho nada por Valparaíso, al igual que los militares que solo construyeron el miedo. Además, cada vez que los porteños osan aproximarse al Parlamento y ejercer su elemental derecho al disenso, son violentamente reprimidos por la policía. Es que en Valparaíso, la democracia comienza en la plaza Sotomayor y termina abruptamente en la avenida Francia, donde se convierte en un murallón de carabineros de Fuerzas Especiales: especiales policías para especiales represiones que circunscriben la democracia a un par de cuadras, pues cruzar esas fronteras produce especial temor a los especiales policías que se han especializado en cuidar esta especial democracia mediante la violencia. Así, los parlamentarios y burócratas pueden continuar disfrutando tranquilos el océano Pacífico desde su atalaya de mármol. Pero que cada vez se distingue menos en esta ciudad con un vasto mar que se nos va alejando, a veces gradualmente, otras fragosamente. Valparaíso se está quedando sin mar, porque, hace décadas, las autoridades de la dictadura primero, y de la Concertación después, comenzaron a regalarlo. La privatización del puerto se ha realizado sistemáticamente y continúa actualmente con la adjudicación de la construcción del Terminal 2 del puerto a la empresa española OHL. Más contenedores y menos mar, menos vista y mayores utilidades para la empresa privada. La Armada cerró el borde costero a los porteños, dejando sólo breves espacios para tocar el mar. Antes del golpe, cuando en Valparaíso aún era posible dibujar sueños de libertad, se podía deambular sin prisa por la costanera, aunque se te hiciera un nudo en la garganta ante la abrumante negrura del mar, sobre todo ahí en la terrible orilla, besada furiosamente por olas tan antiguas que ni las cansadas rocas se atrevían a mirarlas por temor a encontrarse, de súbito, con su propio pasado. Es que uno podía descender desde cualquier cerro para acercarse más a la inmensidad del océano. Porque los porteños somos una especie de marino de tierra o terrícola de agua, navegantes con rumbo fecundo y confines de niebla que jamás saben dónde llegar, pero siempre saben dónde ir.

Pero los militares convirtieron a la costanera en un fortín inexpugnable para repulsar a sus enemigos: los niños, las abuelitas, los vendedores de barquillos, los remadores del club de regatas Neptuno, con las inolvidables carreras de los domingos en las mañanas. Así, el puerto comenzó a quedarse sin mar, sin agua, sin olas, sin barcos que se pudieran rozar, sin estrellas fulgentes o lunas espectrales; la pétre dictadura y la democracia de piedra alambraron el mar, lo alejaron, lo exiliaron, lo condenaron al ostracismo: lo privatizaron. Como quieren seguir haciéndolo con la edificación del mall Barón, otra argamasa de cemento y plástico para arruinar la costa, a los pequeños y medianos comerciantes que perviven en Valparaíso, a los pescadores artesanales, a la gente común y corriente, a quienes les quieren imponer en Barón, la puerta norte de la ciudad, un centro comercial gigantesco que es como implantar un trozo de Miami en medio de una ciudad-puerto que poco a poco se asfixia de tierra.

La vida no ha sido fácil para un Valparaíso aquejado de telurismo y devastado por periódicos terremotos, pero que se ha levantado una y otra vez, y que, aunque magullado y baldado por el impacto, se niega a morir. Pero ningún golpe fue tan estremecedor como el golpe en Valparaíso y a Valparaíso, hace 40 años. El martilleo ha sido incesante desde entonces, moldeándose en la fragua una ciudad distinta por empresarios alquimistas que intentan devorar a Valpo, no para destruirlo, sino para reconstruirlo en sus términos, que son los términos del lucro. Y punto. No les ha sido fácil, aunque, lamentablemente, tampoco tan difícil; ha habido ingentes movilizaciones contra la privatización de la ciudad, la pobreza, el desempleo, las agresiones al medioambiente; como el Puertazo a finales de la década del 90, que contó con el apoyo del comercio establecido, pescadores artesanales, empleados públicos, pobladores, jubilados, colectiveros, lancheros, feriantes, universitarios, profesores, comerciantes ambulantes, artesanos, trabajadores marítimos y portuarios, desempleados y cesantes, carteros, mapuche y la cámara aduanera, entre muchos otros. El lema fue: “Todo por Valparaíso, Todos por Valparaíso”. Ha transcurrido el tiempo y se han generado otros mo-

vimientos, otras demandas, otras reivindicaciones, otras movilizaciones, pero todo nos remite al origen de la evitable debacle: el golpe militar, violento germen de la dictadura, la misma que negoció con la clase política chilena para que pareciera que las cosas cambiaban, pero sabiendo que seguirían igual. Mientras tanto, Valparaíso miraba desde lejos cómo en Santiago se tomaban decisiones que no miraban hacia el poniente, porque siempre han sido miradas invaginadas, desdeñosas y arrogantemente centralizadas. Así sucedió con los Carnavales Culturales, cuyas primeras versiones privilegiaron a los artistas santiaguinos en desmedro de los artistas locales; con los proyectos relacionados con la postulación de Valparaíso como Patrimonio Cultural de la Humanidad, elaborados también en Santiago y, por supuesto, la remodelación del Parque Cultural de la ex cárcel, donde la comunidad artística de diversas agrupaciones porteñas se habían asentado para recuperar dicho espacio. Hoy, aunque se llevan a cabo actividades artísticas, la comunidad parece estar ausente; además, se eliminó esta antigua cárcel, que albergó en sus entrañas también parte significativa de la historia del puerto. Y parte de la dictadura también, porque ahí estuvieron centenares de presos políticos de la zona. En ese lugar se asesinó a compañeros y se humilló a sus familiares antes de cada visita. Se organizó, asimismo, el montaje de un supuesto motín que se utilizó como excusa para incrementar la represión contra los prisioneros políticos.

No se invoca a la nostalgia que, en algunos casos, puede ser paralizante, sino que a preservar la memoria trizada por el golpe y objeto de un sistemático agravio por los sucesivos gobiernos de la Concertación. No es sólo remembranza o recuperación de huellas del pasado, no es solamente recuperar las boticas, los burros de mudanza, los afiladores de cuchillos, lustrabotas, pescados a la puerta de la casa, las verdaderas casas de putas, la vida nocturna con los vendedores de huevos duros y tortillas a la salida, la pensión La Rosa para tomar el reponedor caldito de las 6 de la mañana o el callejón de los meaos donde el Quilapayún cenó después de su presentación en el festival de Viña, durante la Unidad Popular. O los cargadores

de muebles a pie subiendo los cerros, el vendedor de motemey, las peluquerías, el mercado Puerto. No, se trata de reconquistar parte de la historia, la buena y la mala, la resquebrajada a punta de balazos, fisurada a punta de torres colosales. La memoria que se duele de los torturados, los asesinados, desaparecidos y violados en la Academia de Guerra Naval, en el regimiento Maipo, en el cuartel Silva Palma, en la Comandancia en Jefe de la primera Zona Naval, edificio de la Intendencia en el momento del golpe y que jamás ha sido devuelto al Estado. En el buque escuela Esmeralda, en el cuartel de Investigaciones, en las comisarías de Carabineros, en la universidad Santa María. En los buques Maipo y Lebu que, surtos en la bahía, se transformaron en campos de concentración flotantes y desde donde sacaron prisioneros, trasladándolos a Colliguay, para construir el campo de concentración de Isla Riesco o Melinka. Los oficiales, cadetes, infantes de Marina, marineros y civiles tuvieron la cobardía de violentar a gente inerme, pero jamás han tenido la valentía de dar la cara y asumir sus crímenes. Ellos son los culpables de que en esta mala historia de Valparaíso se halle la mala muerte: la que duele, la que no buscamos, la que no elegimos. La que se dejó caer un martes de madrugada en estallidos de escarcha sobre la ciudad que, turbada hasta los huesos, intentó batirse con arañazos de moribundo. Es que quería escoger el día preciso para su muerte, mirarla de frente y olerla sin miedo, como hacen los puertos del mundo curtidos de naufragios. Y Valparaíso se defendió de espaldas, de pie, de costado; se defendió de esa mala muerte y, si era inevitable el ocaso final, al menos escoger la buena muerte, aquella con las familias, los amigos, los vecinos, los barcos, los faros, los cerros, los feriantes.

Pero el puerto eligió la vida, fue como una garúa de luciérnagas, un rocío escarlata, un ojo de buey con vista al océano para siempre. Así nació la resistencia a la dictadura y por la democracia, que parecía que llegaba, que se rozaba con los dedos, que sonreía entre las quebradas. Pero apareció tan fugazmente, que algunos creen que nunca llegó, que se perdió en algún callejón de Valparaíso, que se enmarañó en las redes de los pescadores de la Caleta Portales. Que

se lanzó desde la Piedra Feliz para evaporarse en el mar verdinegro, como lo han hecho los amantes del puerto cada vez que se les parte el corazón. Nos quedó el edificio del Congreso que se tragó al hospital de todos los porteños. Y pareciera que existe una especie de maldición con estas edificaciones suntuosas, porque mucho antes de que llegara a Valparaíso la democracia que no llegó, el Congreso, en 1828, funcionó en la ciudad, en pleno barrio puerto, detrás de la iglesia La Matriz. Allí se estableció después la segunda comisaría de Carabineros, que durante el golpe y los meses posteriores, se constituyó en uno de los más crueles recintos de tortura en la ciudad. La comisaría fue demolida, y no esperamos que el edificio del Congreso lo sea, sino que sea convertido en un hospital que posibilite el fin de la saturación del Van Buren, donde llegan millares de personas buscando la atención para la cual deben esperar horas eternas en inhóspitos pasillos. El mismo hospital donde llevan a los detenidos después de cada protesta a constatar lesiones, y donde, al fondo, casi taladrada en el cerro, se encuentra una iglesia más de las decenas que existen en la ciudad. En algunas de ellas hay pastores evangélicos, como los hubo en la Academia de Guerra Naval, sabiendo perfectamente que ahí se torturaba día y noche. Ellos vestían de uniforme y todo lo veían o escuchaban. En otras, hay sacerdotes católicos de una curia porteña que se negó a interceder por otro sacerdote, Miguel Woodward, quien fue torturado en la Academia y asesinado en la Esmeralda. La Academia continúa desafiante en el mismo lugar y la Esmeralda arrogante en el molo atracada, mientras Miguel todavía está desaparecido y sus victimarios libres. Es que en Valparaíso no ha habido justicia y sólo algo de verdad, gracias al tesón de familiares de desaparecidos, torturados y prisioneros políticos.

Tampoco existe equidad en este modelo gestado en el marco de la Declaración de Patrimonio Cultural de la Humanidad. Es decir, ¿quién decidió qué patrimonio, qué cultura, qué humanidad? El barrio Puerto Antiguo se perpetúa en su precariedad, mientras los cerros Alegre y Concepción se llenan de un sinfín de cafés, restaurantes, hoteles, boutiques y de los otros, bed and breakfast, tiendas

de artesanía cara, cuatro por cuatro y, por supuesto, miles de turistas extranjeros y chilenos que colapsan el cerro, especialmente los fines de semana. Excelente comida, pero sólo para aquellos que pueden pagarla. Precioso lugar, mas los residentes antiguos observan con ansiedad cómo se va transformado el cerro, desvaneciéndose la vida comunal, los almacenes de barrio, las casas y los mismos vecinos, porque santiaguinos y extranjeros se están poco a poco apoderando del Alegre y del Concepción, convirtiéndolo en lugar de veraneo o segundo espacio privado. Las coloridas casas permanecen vacías para ser habitadas algunos fines de semana o en vacaciones; entretanto, son reminiscencias de un pasado más tranquilo, fantasmas perdidos en la sombra, particularmente de santiaguinos que se creen dueños del lugar y de Chile. Sin duda que ambos cerros siempre han tenido un carácter elitista en relación a los otros 40 de la ciudad, pero al menos eran de Valparaíso, de su paisaje, de su historia, de su memoria colectiva. El Patrimonio Cultural se ha convertido en esto: la sectorización clasista de la ciudad, el abandono del Mercado Puerto, de la calle Serrano, de Bustamante —donde funcionaban las boites la *Caverna del Diablo* y el *American Bar* y cerca, muy cerca, el *Roland Bar*—. Ya hacia la plaza Echaurren, en la mítica calle Clave, se esfumaron las casas de putas, los Siete Espejos y la Casa Amarilla. Toda esa área desahuciada y asolada, primero por el toque de queda militar y, posteriormente, por una estrategia de desarrollo que privatizó el puerto y privilegió los grandes centros comerciales. En otras palabras, se militarizó y plastificó la ciudad, entronizándose la pobreza, mayormente, en sus partes altas. En Valparaíso hay pobreza, desempleo y delincuencia, pero ni más ni menos que en otras partes del país; sin embargo, en la capital y algunos medios de comunicación, también de Santiago, se tiende a dibujar un puerto con tal nivel de violencia que es muy peligroso visitar. Esto no solo no se condice con la realidad, sino que hace inexplicable que esos mismos santiaguinos vengán regularmente a divertirse a este lugar presumiblemente peligroso. Algo no cuadra y se hace sospechoso ¿O es que buscan que los porteños se escondan en sus casas para que los

santiaguinos pudientes tengan la ciudad sólo para ellos? ¿Les molestan la pobreza y los pobres? No todos son iguales, por cierto, mal que mal Valparaíso siempre ha sido un espacio para inmigrantes, después de haber aniquilado a la población indígena, por supuesto.

No obstante, Valparaíso sigue vivo, porque somos porteños y porteñas altivos, dignos, luchadores, trabajadores, lindos. Choros del puerto. Aunque, seamos honestos, también un poco flojos, cómodos, demasiado relajados, temerosos, endeudados y feos. O sea, simples seres humanos. Pero admitamos también que hemos sido los pioneros en muchas cosas, buenas y no tan buenas: el primer equipo de fútbol de Chile, el Cuerpo de Bomberos, la primera película, la Bolsa de Comercio, la primera escuela laica, entre otros. Lo peor de lo nuestro, el golpe de estado, pero es menester precisar que no fue nuestro realmente, sino que de la Marina, de los empresarios y parte de la clase política nacional. Y, especialmente, del imperialismo norteamericano. En conclusión: no fue nuestro. Lo que sí reivindicamos es la resistencia armada del 14 de septiembre de 1973.

Esa resistencia, que se prolongó durante todos los años de la dictadura, prosigue y se refleja de alguna manera en las movilizaciones en defensa del borde costero, del comercio minorista, de los derechos de los pueblos originarios, de espacios para el desarrollo de la cultura, por una educación gratuita y de calidad, en la creación de la Defensoría Popular Pública, contra la construcción del mall Barón, la privatización del puerto, la pesca industrial, la destrucción de barrios históricos, la centralización política y económica en Santiago, entre otras demandas y luchas. En Valparaíso coexisten la memoria y el dolor, la alegría y la resistencia, entre cerro y mar. Pero también en el mismo cerro y en el mismo mar, bregamos por hilar un tapiz distinto, una ciudad que mire hacia atrás, pero que no se congele en ese mirar. Una ciudad que no sólo perviva, sino que trace su presente tratando de movilizarse por sus derechos. No están todos, ni la mayoría siquiera, pero ello no es obstáculo para continuar desbrozando el camino hacia un futuro de justicia social,

con una ciudadanía partícipe del proceso de toma de decisiones, con la propalación de sus identidades, sus culturas, sus afectos, sus risas, sus sueños. Y en este andar hay lugar para todos y todas, para acabar de una vez y para siempre con el golpe en Valparaíso y a Valparaíso. Aquí caben todos: recolectores de cartones, vendedores ambulantes, chinchineros, estudiantes —mateos y flojos—, repitentes de curso, profesores (incluso los de matemáticas), ancianas y sus recuerdos, nietos ingratos, los niños bien educados y los insoportables, jóvenes embarazadas, detenidos por sospecha, organilleros, pescadores artesanales con pocos peces, desempleados y cesantes, allegados, deudores de todo tipo, las prostitutas del puerto, travestis, transexuales, homosexuales, lesbianas, sindicalistas, marinos mercantes, estibadores, portuarios, feriantes, gordas en tanga, cantores de micro y del metro, adultos jóvenes, adultos mayores, bohemios, mariguaneros, pobladores, jóvenes, lindos, feos, chicos, grandes, narigones, cabezones, flacas, gordas, indígenas, la amante del vecino y el marido de la amante del vecino, anticuarios, librerías, lancheros, uno que otro político honesto, profesionales, punk, okupas, artesanos, los desaparecidos, los asesinados, los pionetas, peluqueras, imprenteros, los perros domésticos y vagos, los gatos domésticos y vagos. Y todos los demás. Claro, los únicos que no tienen derecho a urdir el futuro de nuestra ciudad son los sacerdotes pedófilos, los neonazis, los delincuentes irredentos, los feminicidas, los violadores de derechos humanos y los otros, los policías represores, los empresarios explotadores, los políticos corruptos y binominalistas. Son los menos, pero demasiados aún.

Porque lo único que desea Valparaíso es mirarse al espejo marino y ver sus cerros, lo único que anhela es mirarse al espejo térreo y ver su mar. Un juego de espejos, una danza de cristales que lo liberen del golpe en Valparaíso y a Valparaíso. Tal vez por ello anoche soñamos que Valparaíso se moría de espanto, pero en el instante feroz del último aliento, nos envolvió su aroma oceánico a estrella de mar

y cochayuyo tierno en una tremolina de besos, suspiros agónicos y noches orgásmicas, de las que despertamos de pronto con la mirada fija en los ojos azabache de una morena de pelo de lluvia o de un trigueño con ojos de agua. Y todo fue distinto, porque Valparaíso ya no moría de espanto, sino que, simplemente, clamaba por el derecho a que lo dejaran tranquilo para seguir siendo un rincón con vista al océano, porque, entre cerro y mar, siempre hay lugar para la esperanza.



La vida sigue casi igual

La Estrella

ALVARADO, MEXICO Y 24 JUNIO DE 1934
AÑO 12 - Nº 430 - PAGO \$1.20

El comercio habló claro: "Llegó el momento de decir ¡basta!"

ULTIMA HORA

El comercio habló claro y se manifestó en forma de un comunicado, en el que se expresan las ideas de los comerciantes de la ciudad de México, en relación con el problema de la moneda y el problema de la inflación. El comunicado se refiere a la necesidad de una reforma monetaria y a la necesidad de una reforma fiscal. El comunicado se refiere a la necesidad de una reforma monetaria y a la necesidad de una reforma fiscal. El comunicado se refiere a la necesidad de una reforma monetaria y a la necesidad de una reforma fiscal.

El comunicado se refiere a la necesidad de una reforma monetaria y a la necesidad de una reforma fiscal. El comunicado se refiere a la necesidad de una reforma monetaria y a la necesidad de una reforma fiscal. El comunicado se refiere a la necesidad de una reforma monetaria y a la necesidad de una reforma fiscal. El comunicado se refiere a la necesidad de una reforma monetaria y a la necesidad de una reforma fiscal.

Desbarrancó automóvil: dos muertos

UNA PAGINA CENTRAL





4 Hasta las 10 del pasado viernes se celebró una sesión de la Junta de Gobierno. El día de hoy se celebró una sesión de la Junta de Gobierno. El día de hoy se celebró una sesión de la Junta de Gobierno.

Lo usaban en tarjetas de racionamiento en Ramaditas

Requisan el timbre a JAP

UNA PAGINA CENTRAL

Incentivando la sedición contra el gobierno popular



Marcha en Valparaíso durante la Unidad Popular



La Estrella mintiendo para aterrar a la clase media



Llamado al golpe de El Mercurio de Valparaíso





*Academia de Guerra Naval,
principal Centro de Detención y Tortura en Valparaíso*



*Buque Escuela Esmeralda,
Centro de Tortura, Asesinato y Violación*



Cuartel Silva Palma, centro de detención y tortura



*Miguel Woodward, sacerdote
asesinado en La Esmeralda*



*Prisioneros en el buque Lebu de la
Compañía Sudamericana de Vapores*



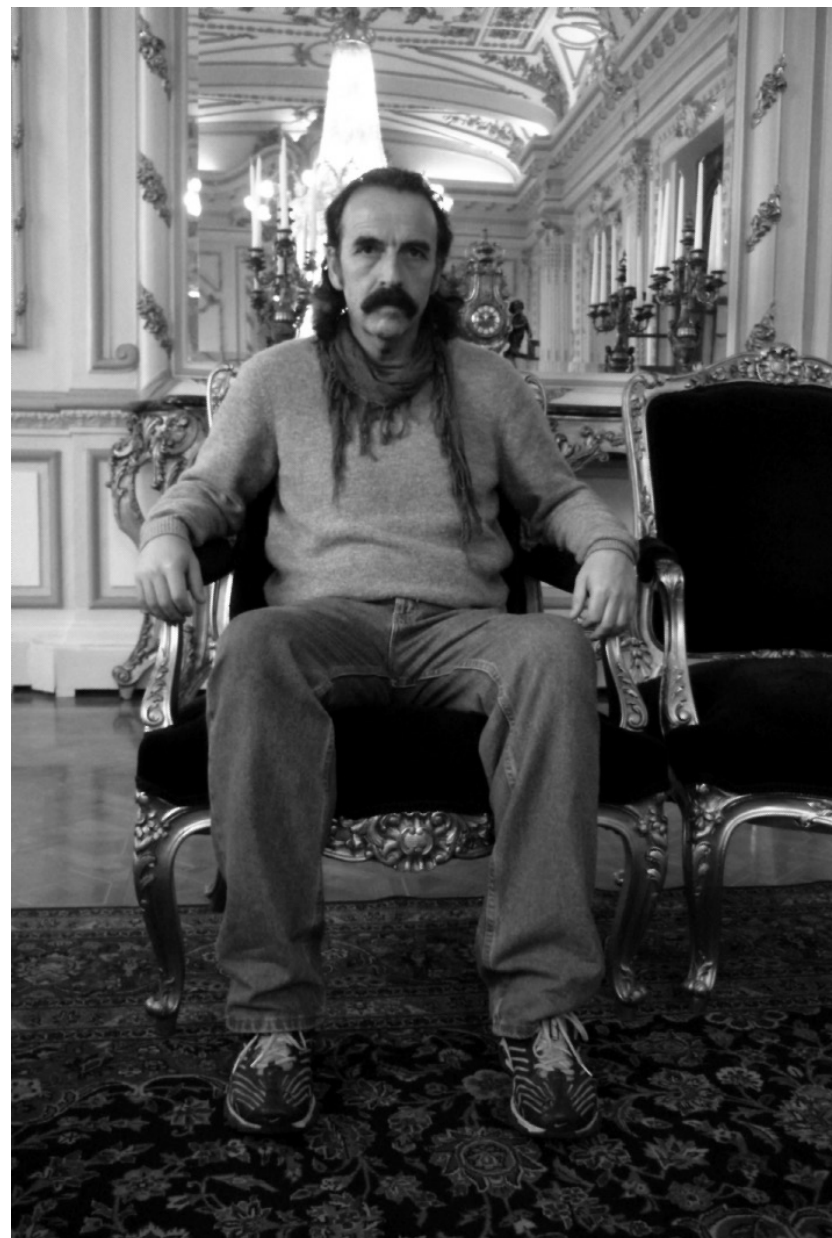
Presos políticos de la región



Comienzo de mural en Cerro Esperanza durante la dictadura



Manifestación contra la impunidad



Tito Tricot (2013) sentado en la misma sala de la ex Intendencia donde fue sometido a Consejo de Guerra en 1973



El Puertazo, porteños contra las privatizaciones



Tradicional estación Puerto convertida en Mall, patio de comidas, hotel, universidad privada y gimnasio



Antiguo hotel porteño ocupado en parte por cadena de farmacias



Manifestación en defensa de la ciudad



Paro de octubre 2011. En defensa de Valparaíso junto al movimiento estudiantil



Paro estudiantil en agosto 2011



Jóvenes y abuelas por un futuro con justicia social



Mural de Salvador Allende entre el Plan y el cerro



Índice

Igor Goicovic <i>Prólogo</i>	11
Tokichen Tricot <i>El golpe en Valparaíso y a Valparaíso</i>	19
Ricardo Tobar <i>Yo sólo quería ser marino: el golpe por dentro</i>	25
Tito Tricot <i>Todo tiempo pasado fue mejor ¿O no?</i>	57
Luis Vildósola (<i>compilador</i>)	
Eduardo Tapia <i>El vecino valiente de Achupallas, me dicen</i>	
Carta del sacerdote Alfredo Hudson a Gonzalo Duarte, obispo de Valparaíso	91
María Elena Díaz <i>11 de septiembre de 1973. Valparaíso</i>	109
Patricia Sáez <i>Desde el cerro contra la dictadura y las sonrisas a pesar de todo</i>	121
Tokichen Tricot <i>¿De vuelta en el comienzo?</i>	173
Patricio Díaz Patricia Sáez Ricardo Tobar Tito Tricot Tokichen Tricot <i>Anoche soñamos que Valparaíso se moría de espanto, pero despertamos de futuro</i>	199
La vida sigue casi igual	215

VALPARAÍSO GOLPEADO

Crónicas porteñas del Golpe de Estado

La mañana del martes 11 de septiembre de 1973, las calles de Valparaíso amanecieron copadas por las Fuerzas Armadas. Aquella mañana, otoñal aún, los militares, la Derecha, la Democracia Cristiana y el imperialismo norteamericano, intentaron acabar de golpe con un Chile y un Valparaíso que se construían con la participación activa y desde los sueños de muchos.

La violencia del golpe estremeció a Valparaíso, fue más que un temblor, de éstos que en medio de la noche te despiertan desconcertado, tratando de distinguir entre sueños y realidad. Fue artero el golpe, un golpe bajo, un golpe cobarde por la espalda. La ciudad cambió, adquiriendo un tenebroso color azul marino, pero la resistencia comenzó desde el inicio, salvando vidas, escondiendo gente, protegiéndose. Así surgieron los diferentes comités de Derechos Humanos y las incipientes organizaciones de familiares de detenidos y ejecutados. Asimismo, la solidaridad en las poblaciones, en los barrios, en los cerros y en el plan. En medio de la represión, emergió la nobleza porteña, aunque también la vileza de muchos que denunciaron a sus vecinos, a sus parientes, a sus amigos. Era la guerra inventada. Guerra que, de alguna manera, en nuestra ciudad sigue de manifiesto y que sus ciudadanos enfrentan cada día, muchas veces sin saberlo, la violencia de la cual fue objeto. El expolio del hermoso edificio de la Intendencia por parte de la Armada, el cual nunca fue devuelto; los centros de tortura que aún vigilan amenazantes desde el cerro Playa Ancha la bahía de Valparaíso; las familias separadas por el exilio, los torturadores y asesinos que aún caminan por las calles del Puerto en la más completa impunidad. A ello hay que adicionar la conformación de una ciudad que ha visto cómo se ha impuesto un modelo de desarrollo privatizador que la está destruyendo.

Valparaíso es hermoso y encanta con sus escaleras, colores y adoquines; sin embargo, la vida a todo ello se la entregamos nosotros, los porteños, quienes transitamos por sus callejuelas, morimos en sus cerros, compramos en sus kioscos y nos perdemos entre sus pasajes para amar a escondidas. Por eso, el golpe en Valparaíso y a Valparaíso fue cruel y aún no termina, porque parecen consumirlo el mercado y el centralismo. Pero la memoria histórica y la fuerza de los movimientos sociales forjarán un taller de reparación de sueños trizados, donde porteños y porteñas podamos acariciar dichos sueños, jaspearlos de arcoíris y echarlos a volar nuevamente hacia el horizonte oceánico.

ISBN: 978-956-9071-42-3



9 789569 1071423